



FICHA TÉCNICA

NOMBRE: **Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción**

AUTOR(ES): Iraburu, José María (Fundación Gratis Date)

FECHA: No especifica

LUGAR: España

FUENTE: Fundación Gratis Date (www.gratisdate.org)

COMPILACIÓN: Prof. Santos Nicolás Salomón www.santosnsalomon.com.ar

y Portal Católico www.unioncondios.org

OBSERVACIONES: No presenta.

Oraciones de la Iglesia en tiempos de aflicción

IRABURU José María

Indice

Bibliografía y siglas.

Introducción.

1. La oración de petición.

2. Israel suplicante. –El Éxodo. –Jeremías. –Ezequiel. –Daniel. –Judit. –Los siete hermanos. – Los salmos. –Israel, modelo perenne en la súplica. –Las siete notas de la oración bíblica. –Validez de la oración de Israel en la Iglesia de hoy.

3. Tres primeros siglos. «Ven, Señor Jesús». –Cristo. –Los Apóstoles. –San Pablo y la oración por la paz. –Apocalipsis. –San Clemente Romano. –San Policarpo. –San Justino. –Orígenes. –San Cipriano. –Pablo, mártir.

4. La época de los grandes Padres. –La conversión del Imperio romano. –Tiempos terribles de guerras, cismas y herejías. –De nuevo, en la aflicción, el clamor suplicante de la Iglesia. –San Agustín: todo es providencial. –San León Magno: la Roma eterna. –San Gregorio Magno: hacia la Europa cristiana. –La oración de los fieles. –Letanías de los santos. –Las «estaciones». –Septuagésima. –Los Sacramentarios y la guerra. –Pervive la liturgia antigua en la liturgia actual. – En este valle de lágrimas. –Liturgia humilde, ávida de la gracia. –De rodillas, postrados ante el Señor.

5. Edad Media. Clamores en la aflicción. –Clamor en la tribulación. –Señor, ten piedad. –Preces en postración. –Procesiones de penitencia. –Ante la Eucaristía. –El Rosario. –El Rosario hasta hoy. – El Ángelus

6. El Renacimiento. Las Cuarenta Horas. –Viernes, tres de la tarde. –Las Cuarenta Horas. –El Salvador, «cuarenta horas» muerto. –Adoración de la Cruz. –Adoración del Sepulcro. –Adoración de la Eucaristía. –1527: el agustino Antonio Bellotto en el Santo Sepulcro de Milán. –1529: el dominico Tomás Nieto en el Duomo de Milán. –1537: Paulo III aprueba las Cuarenta Horas milanesas. –San Antonio María Zaccaria y los Barnabitas. – José de Ferno y los Capuchinos. –San Felipe Neri y los





oratorianos en Roma. –La Cofradía de la Oración y de la Muerte. –San Carlos Borromeo en Milán da forma a las Cuarenta Horas. –San Carlos Borromeo y la Hora Santa. –1592: Clemente VIII y la encíclica *Graves et diuturnæ*. –1592: Instrucción sobre las Cuarenta Horas.

7. Difusión de las Cuarenta Horas. –Apoyo continuo de los Papas. –Difusión en la Iglesia. –Las Cuarenta Horas en Roma. –En Carnaval. –Formas espectaculares. –1705: Clemente XI, Instrucción clementina. –Escritos espirituales sobre las Cuarenta Horas. – San Benito José Labre. –1899: Concilio Plenario de América Latina. –1917: Código de Derecho Canónico. –Importancia decisiva de las Cuarenta Horas en la devoción a la Eucaristía fuera de la Misa.

8. La Adoración Nocturna. –Las Cuarenta Horas interrumpidas. –Las Cuarenta Horas permanecen continuas en Roma. –1810: La Adoración Nocturna en Roma. –1848: La Adoración Nocturna de París. –La tradición devocional de las Cuarenta Horas. –El Señor quiere las Cuarenta Horas. –La Adoración Nocturna debe restaurar las Cuarenta Horas.

9. La devoción al Corazón de Jesús. –Gran devoción y culto. –Cristo debe reinar universalmente. –Súplica y expiación. –Corazón de Jesús y adoración eucarística. –El Rosario de la Misericordia divina. –El Corazón Inmaculado de María.

Final. –No tenéis porque no pedís. –Pedís y no recibís, porque pedís mal. –Toda la Iglesia oraba incesantemente a Dios. –Acerquémonos, pues, al trono divino de la gracia.

Bibliografía y Siglas

–Bibliografía

Bergamarchi, Dell'Origini delle SS. Quarantore, Cremona 1898. –Cargnoni, Costanzo, Quarante-heures, en «Dictionnaire de Spiritualité» París 1986, 12, 2702-2723. –Chiappini, Aniceto, Quarantore, «Enciclopedia Cattolica», Città del Vaticano 1953, 376-378. –Dompier, P., Un aspect de la dévotion eucharistique dans la France du XVIIe s.: les prières des Quarante-Heures, «Revue d'Histoire de l'Église de France» 67 (1981) 5-31. –Glottin, E., Réparation, «Dictionnaire de Spiritualité» París 1987, 13, 369-413. –Martimort, A. G., La Iglesia en oración; introducción a la liturgia, Herder, Barcelona 1964, 501, 505-506. –Naz, R., Heures (Quarante), «Dictionnaire de Droit Canonique», París 1953, 1113-1114. –Rouillard, Ph., Quarante-heures, «Catholicisme», París 1990, 341-343. –Santi, Angelo de, S. J. (Trieste 1847 - Roma 1922) veintitrés arts. sobre La preghiera liturgica nelle pubbliche calamità, «La Civiltà Cattolica» 1915,3 – 1917,2, y L'Orazione delle Quarant'ore, ib. 1917,2 – 1919,2. –L'Orazione delle Quarant'ore e i tempi di calamità e di guerra, Ed. Civiltà Cattolica 1919, 391 pgs. Cito normalmente estos estudios del P. de Santi por los artículos de la Revista, más fáciles de hallar que el libro.

–Siglas

AdS = Angelo de Santi, S. J., arts. citados en bibliografía, aparecidos en la revista «La Civiltà Cattolica».

DSp = «Dictionnaire de Spiritualité», París 1937-1995.

Dz = Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum, dir. H. Denzinger - A. Schönmetzer, Herder 1967 = El magisterio de la Iglesia, dir. H. Denzinger - P. Hünermann, Barcelona, Herder 1999.

ML = Patrologia latina, dir. J. P. Migne, París 1884ss.

MG = Patrologia græca, dir. J. P. Migne, París 1857ss.



Introducción

«Clamaste en la aflicción y yo te libré» (Sal 80,8)

La Iglesia hoy, como siempre, al menos en determinadas regiones, sufre muchas aflicciones de origen interno y grandes persecuciones del mundo. La mayoría de los bautizados se mantiene habitualmente alejada de la Eucaristía y de la oración. Sobre todo en los países más ricos, muchos padres cristianos apenas tienen hijos, y profanan la santidad del matrimonio. El aborto, legalizado por el Estado y socialmente admitido, es un crimen frecuentísimo. Las vocaciones sacerdotales y religiosas son muy escasas. El sacramento de la penitencia ha desaparecido prácticamente de no pocas Iglesias, y es sustituido a veces con sacrilegios. La abundancia de los cristianos ricos, más ricos que nunca, no es capaz de socorrer de verdad a muchedumbres famélicas hasta la muerte. Innumerables errores doctrinales y morales son difundidos entre los fieles sin que hallen una rectificación suficiente. El Evangelio en el mundo avanza muy poco, o más bien retrocede. El terrorismo, la guerra, la droga, el sida, el vaciamiento de la cultura, la ignorancia y el rechazo de la tradición, la perversión de las costumbres y de los medios de comunicación, como la televisión... Son muchos los males que abruma al mundo y a la Iglesia.

Pues bien, es la soberbia la causa principal de todos estos males de la Iglesia: es ella la que produce rebeldías doctrinales y disciplinares, la que se avergüenza de la Cruz de Cristo, y lleva a gozar del mundo lo más posible, despreciando la Voluntad divina y olvidándose de los pobres...

Es igualmente la soberbia la que lleva a las Iglesias locales más enfermas a buscar remedio para sus males allí donde en modo alguno van a encontrarlo. Ella, la soberbia, ciega a la Esposa y le impide volverse a su Señor humildemente, solicitando su ayuda desde lo más hondo de su miseria: «desde lo más profundo a ti grito, Señor» (Sal 129,1).

En esta vida la Iglesia, como Pedro aquella vez en el lago, camina hacia el Señor sobre las aguas, únicamente sostenida por su fe y su esperanza. Por eso, cuando su fe vacila en medio de la tormenta, ha de clamar: «¡sálvame, Señor!» (Mt 14,30), «¡sálvanos, Señor, que perecemos!» (8,25). Y entonces la salvación de Jesús llega, poderosa e infalible.

Pero hace falta que la Esposa, «desde lo más profundo» de su ignorancia y debilidad, desesperada completamente de sus propias fuerzas, ponga toda su esperanza en su único Salvador. Entonces, necesariamente, recibe con abundancia maravillosa la salvación. Es ésta una ley permanente en la historia de la salvación, que no puede fallar: «invócame el día del peligro, yo te libraré, y tú me darás gloria» (Sal 49,15).

Es, pues, urgente que hoy aprendamos a clamar al Señor en la aflicción, enseñados por Israel y por la Iglesia de nuestros padres:

«¿No hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a Él día y noche, aun cuando los haga esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,7-8)

1. La oración de petición

Este libro se apoya en la fe católica sobre la eficacia de la oración de petición. Por eso conviene que, ya desde el principio, reafirmemos esta fe. Podemos para ello recordar lo que Rivera y yo mismo exponíamos en la Síntesis de espiritualidad católica (1999⁵, 298-300).

–Petición, alabanza y acción de gracias son las formas fundamentales de la oración bíblica. No se contraponen entre sí, sino que se complementan. La petición prepara y anticipa la acción de gracias, y en sí misma es ya una alabanza, pues confiesa que Dios es bueno y fuente de todo bien. La alabanza y la acción de gracias brotan del corazón creyente, que habiendo pedido a Dios, recibe



todo bien como don de Dios. Por eso los tres géneros de oración se entrecruzan y exigen mutuamente (por ejemplo, Sal 21,23-32; 32,22; 128,5-8).

No menospreciemos, pues, la oración de súplica, como si fuera un género inferior de oración. Después de todo, el Padre nuestro, la oración que nos enseñó Jesús, se compone de siete peticiones. Pero eso sí, pidamos bien.

–*Pidamos en el nombre de Jesús* (Jn 14,13; 15,16; 16,23-26; Ef 5,20; Col 3,17). Esto significa dos cosas: primera, orar al Padre en la misma *actitud filial* de Jesús, participando de su Espíritu (Gál 4,6; Rm 8,15; Ef 5,18-19), y segunda, pedir *por Jesús* (Rm 1,8; 1,25; 2 Cor 1,20; Heb 13,15; Hch 4,30), es decir, tomándole como mediador y abogado (1Tim 2,5; Heb 8,6; 9,15; 12,24).

«Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene» (Rm 8,26), y pedimos mal (Sant 4,3), pero Jesús nos comunica su Espíritu para que pidamos así en su nombre: «cuanto pidiéreis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo» (Jn 16,23-24). Pedimos en el nombre de Jesús cuando queremos que se haga en nosotros la voluntad del Padre, no la nuestra (Lc 22,42); y cuando pedimos con sencillez, como él nos enseñó a hacerlo: «orando, no seáis habladores como los gentiles, que piensan que serán escuchados por su mucho hablar; no os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes de que se las pidáis» (Mt 6,7-8; +32).

–Se hace mal a veces la oración de petición, se hace con exigencias, como queriendo doblegar la voluntad de Dios a la nuestra, con «amenazas» incluso. Así, pervertida, la oración de petición es muy dañosa: apega más a las criaturas, obstina en la propia voluntad, no consigue nada, genera dudas de fe, produce hastío y frustración, y conduce fácilmente al abandono de la misma oración.

–Pidiendo a Dios, abrimos en la humildad nuestro corazón a los dones que Él quiere darnos. El soberbio se autolimita en su precaria autosuficiencia; no pide, a no ser como último recurso, cuando todo intento ha fracasado y la necesidad apremia; y entonces pide mal, con exigencia, marcando plazos y modos. En cambio el humilde pide, pide siempre, pide todo, y en la proa de todo intento lleva siempre la oración de súplica. Y es que se hace como niño para entrar en el Reino, y los niños, cuando algo necesitan, lo primero que hacen es pedirlo. San Pablo nos da ejemplo: él pedía «sin cesar», «noche y día» (Col 1,9; 1Tes 3,10).

San Agustín, frente a los autosuficientes pelagianos, clarificó bien esta cuestión: «El hecho de que [el Señor] nos haya enseñado a orar, si pensamos que lo que Dios pretende con ello es llegar a conocer nuestra voluntad, puede sorprendernos. Pero no es eso lo que pretende, ya que él la conoce muy bien. Lo que quiere es que, mediante la oración [de petición], avivemos nuestro deseo, a fin de que estemos lo suficientemente abiertos para poder recibir lo que ha de darnos» (ML 33,499-500). «En la oración, pues, se realiza la conversión del corazón del hombre hacia Aquél que siempre está preparado para dar, si estuviéramos nosotros preparados a recibir lo que El nos daría» (34,1275). «Dios quiere dar, pero no da sino al que le pide, no sea que dé al que no recibe» (37,1324).

–Dios da sus dones cuando ve que los recibiremos como dones suyos, con humildad, y que no nos enorgulleceremos con ellos, alejándonos así de Él. Es la humildad, expresada y actualizada en la petición, la que nos dispone a recibir los dones que Dios quiere darnos. Por eso los humildes piden, y crecen rápidamente en la gracia, con gran sencillez y seguridad. Y es que «Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que a su tiempo os ensalce. Echad sobre Él todos vuestros cuidados, puesto que tiene providencia de vosotros» (1Pe 5,5-7).

–La oración de petición tiene una eficacia infalible. Es, sin duda, el medio principal para crecer en Cristo y para verse libre de todos los males, pues la petición orante va mucho más allá de nuestros méritos, se apoya inmediatamente en la gratuita bondad de Dios misericordioso. De ahí viene nuestra segura esperanza: «pedid y recibiréis» (Jn 16,24; +Mt 21,22; Is 65,24; Sal 144,19; Lc 11,9-13; 1Jn 5,14).

Dios responde siempre a nuestras peticiones, aunque no siempre según el tiempo y manera que deseáramos. Cristo oró «con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, y fue escuchado» (Heb 5,7). No fue escuchado mediante la supresión de la cruz redentora –



«aleja de mí este cáliz» (Mc 14,36)–; pero fue escuchado, sin embargo, de un modo mucho más sublime, en su resurrección –«pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó» (Hch 2,24)–.

–*Algunos piensan que la oración de petición es vana, pues nada influye en la Providencia divina, que es infalible e inmutable. Ahora bien, si consideran superflua la oración, puesto que la Providencia es inmutable, ¿para qué procuran ciertos bienes por el trabajo, si lo que ha de suceder vendrá infaliblemente, como ya determinado por la Providencia? Déjenlo todo en manos de Dios, y no oren ni laboren...*

Por el contrario, a los cristianos nos ha sido dada la doble norma de la oración y del trabajo, y sabemos que con una y con otro estamos colaborando con la Providencia divina, sin que por eso pretendamos cambiarla o sustituirla.

–Pidamos a Dios todo género de bienes, materiales o espirituales, el pan de cada día, la paz, la unidad, el perdón de los pecados, el alivio en la enfermedad (Sant 5,13-16), el acrecentamiento de nuestra fe (Mc 9,24). Pidamos por los amigos, por las autoridades civiles y religiosas (1Tim 2,2; Heb 13,17-18), por los pecadores (1Jn 5,16), por los enemigos y los que nos persiguen (Mt 5,44), en fin, «por todos los hombres» (1Tim 2,1). Pidamos al Señor que envíe obreros a su mies (Mt 9,38), y que nuestras peticiones ayuden siempre el trabajo misionero de los apóstoles (Rm 15,30s; 2Cor 1,11; Ef 6,19; Col 4,3; 1Tes 5,25; 2Tes 3,1-2).

Nuestras peticiones, con el crecimiento espiritual, se irán simplificando y universalizando. Y acabaremos pidiendo sólo lo que Dios quiere que le pidamos –como enseña San Juan de la Cruz–, en perfecta docilidad al Espíritu: «y así, las obras y ruegos de estas almas siempre tienen efecto» (3 Subida 2,9-10)–. En fin, pidamos el Don primero, del cual derivan todos los dones: pidamos el Espíritu Santo (Lc 11, 13).

–Pidamos unos por otros, haciendo oficio de intercesores, pues eso es propio de la condición sacerdotal cristiana (1Tim 2,1-2). Así oró Cristo tantas veces por nosotros (Jn 17,6-26), también en la cruz (Lc 23,34; +Hch 7,60). Así oraban los primeros cristianos en favor de Pedro encarcelado (12,5), o por Pablo y Bernabé, enviados a predicar (13,3; +14,23).

–Pidamos también a otros que rueguen por nosotros, que nos encomienden ante el Señor. De este modo estimulamos en nuestros hermanos la oración de intercesión, que es una de las formas de oración más recomendadas en el Nuevo Testamento, particularmente en las cartas de San Pablo. Y con ello no sólo recibimos la ayuda espiritual de nuestros hermanos, sino que los asociamos también a nuestra vida y a nuestras obras.

2. Israel suplicante

Todos los libros del Antiguo Testamento muestran, por obra del Espíritu Santo, una verdadera genialidad para la oración de súplica. Aquí me limitaré a recordar algunos de los textos más señalados.

El Éxodo

La liberación de Egipto es para Israel una experiencia histórica fundacional y decisiva:

«Los egipcios nos maltrataron y nos oprimieron y nos impusieron una dura esclavitud. Entonces *clamamos al Señor*, Dios de nuestros padres, y *el Señor escuchó nuestra voz*, miró nuestra opresión, nuestro trabajo y nuestra angustia. El Señor *nos sacó de Egipto* con mano fuerte y brazo extendido, en medio de gran terror, con signos y portentos. Y nos introdujo en este lugar, nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel» (Deut 26,6-9).

Ésa es la experiencia fundacional de la religiosidad judía. La salvación solo viene de Dios y a ella se abre el pueblo por la oración suplicante. Pero los peligros y penas nunca acaban en este mundo para el Pueblo de Dios. En efecto, conducido por Moisés al desierto, halla pronto en su éxodo innumerables dificultades, hambre y sed, extravíos, desánimo, ataques de otros pueblos, que



impugnan su paso. Pues bien, de todas estas calamidades sigue librándose principalmente por la oración. Ella es la que abre la historia de los hombres a la fuerza salvífica del Señor divino.

«Amalec vino a Rafidim para atacar a los hijos de Israel. Y Moisés dijo a Josué: "elige hombres y ataca mañana a Amalec. Yo estaré sobre lo alto de la colina con el cayado de Dios en la mano". Josué hizo lo que le había mandado Moisés, y atacó a Amalec. Subieron Aarón y Jur a la cima de la colina con Moisés. Y mientras Moisés tenía alzadas las manos [en oración suplicante] llevaba Israel la ventaja, pero cuando las bajaba, prevalecía Amalec.

«Moisés estaba cansado y sus manos le pesaban. Tomando, pues, una piedra, se la pusieron debajo de él para que se sentara, y al mismo tiempo Aarón y Jur sostenían sus manos, uno de un lado y otro del otro, y así no se le cansaron las manos hasta la puesta del sol. Y Josué derrotó a Amalec al filo de la espada. Yavé entonces dijo a Moisés: "pon eso por escrito para recuerdo"» (Éx 17,8-14).

Jeremías

En los reinados de Joaquím (608-597) y de Sedecías (598-587) cumple Jeremías su durísima misión profética, en la que Yavé le lleva a enfrentarse, como «muro de bronce» (Jer 1,18), contra un mar de vicios, idolatría e infidelidades a la Alianza.

Las apostasías de Israel son enormes, pero nadie las denuncia (Jer 2). Se avecinan, si no hay conversión, castigos terribles. Y el Señor llama con urgencia a penitencia, queriendo evitarlos: «Volved, hijos apóstatas» (3,14). Sin embargo, no es oído: «Mi pueblo está loco, me ha desconocido» (4,22). Y es que no encuentra el Señor quien llame a conversión. Por el contrario, *falsos profetas anuncian: «paz, tendréis paz»* (4,10). «Desde el profeta al sacerdote, todos se dieron a la mentira, diciendo "paz, paz", cuando no había paz. Serán confundidos porque hicieron abominaciones, y no se avergonzaron, porque no conocen siquiera la vergüenza» (8,10-12).

Enfrentándose a esta corriente suicida, desde lo más profundo de la miseria de su pueblo, Jeremías anuncia a Israel la destrucción del Templo y la deportación a Babilonia. Por ser fiel a su misión profética sufrirá insultos, cárcel y toda clase de oprobios, y vendrá a ser tenido como traidor a la patria. Pero él, también desde lo más profundo, alza al Señor el grito de su oración de súplica. Él predica al Pueblo de Dios lo que nadie le dice, y él levanta al Señor la súplica esperanzada que nadie hace:

«Mis ojos se deshacen en lágrimas, día y noche no cesan: por la terrible desgracia de la doncella de mi pueblo [Judá, «desposada» con Yavé], una herida de fuertes dolores. Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país.

«¿Por qué has rechazado del todo a Judá? ¿Tiene asco tu garganta de Sión? ¿Por qué nos has herido sin remedio? Se espera la paz, y no hay bienestar, al tiempo de la cura sucede la turbación.

«Señor, reconocemos nuestra impiedad, la culpa de nuestros padres, porque pecamos contra ti. No nos rechaces, por tu Nombre, no desprestigies tu trono glorioso. Recuerda y no rompas tu Alianza con nosotros» (14,17-21).

Este clamor tan dolorido no evitará a Israel el castigo medicinal del exilio que merece, pero sí conseguirá que estas calamidades sean para su salvación. Dice Yavé: «voy a expulsar de una vez a los moradores de esta tierra, para ponerlos en angustia y que así me encuentren» (10,18).

En tiempos de gran aflicción para Israel, Jeremías amó de verdad a su pueblo, y por buscar su bien en el nombre del Señor, hubo de sufrir mucho. Por eso el libro segundo de los Macabeos dice de él: «éste es el amador de sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa: Jeremías, profeta de Dios» (2Mac 15,14). Él es un modelo para los pastores y predicadores de todos los tiempos.

Ezequiel



Ni siquiera estando ya Israel en el destierro de Babilonia (587-538), se convierte de sus idolatrías e infidelidades. También entonces hay falsos profetas, según dice Yavé, «que engañan a mi pueblo diciéndole: "paz", no habiendo paz... Así engañan a mi pueblo, que se cree las mentiras» (13,10.19).

Pues bien, en el año quinto de este trágico cautiverio (590 a.C.) suscita Yavé al profeta Ezequiel, para que llame a penitencia al Israel cautivo, bajo pena de graves castigos (1-24). Pero una vez cumplido el anunciado castigo de Israel, profetiza Ezequiel contra las naciones que lo han oprimido (25-32), y anuncia después una maravillosa restauración obrada por la misericordia del Omnipotente (33-48).

Nótese que nadie denunciaba el pecado ni llamaba a conversión cuando, inspirado por Dios, lo hace Ezequiel, enfrentándose a todos. Y llegado el castigo, nadie en lo más profundo del abatimiento espera salvación; solo la espera Ezequiel, iluminado por Dios, y es él quien la anuncia con maravillosas imágenes.

«En aquellos días, la mano del Señor se posó sobre mí y, con su Espíritu, el Señor me sacó y me colocó en medio de un valle que estaba lleno de huesos... Y me dijo: Hijo de Adán, estos huesos son la entera casa de Israel, que dice: "Nuestros huesos están secos, *nuestra esperanza ha perecido, estamos destrozados*"... Por eso profetiza y diles: "Así dice el Señor: Yo mismo abriré vuestros sepulcros y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os traeré a la tierra de Israel... Os infundiré mi espíritu y viviréis. Os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago". Oráculo del Señor» (37,1.11-14).

No hay situación del pueblo de Dios, aunque sea pésima, que no pueda ser salvada por la misericordia del Omnipotente. La fe y la súplica abren la tierra a la gracia del cielo: «"¡Ven, Espíritu, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirán! Profeticé yo como se me mandaba y entró en ellos el espíritu y revivieron, y se pusieron en pie: un ejército en extremo grande» (37,9-10). Hoy, como ayer y como siempre, Dios es omnipotente y misericordioso, como lo era en tiempos de Ezequiel.

Daniel

Esta profecía refiere las aventuras de Daniel y de sus compañeros, cuando en el año 605 (a.C.) viven deportados en Babilonia. Eran muy apreciados por Nabucodonosor y su corte, pero cuando manda el rey erigir una enorme estatua de oro, a la que todos deben dar culto, bajo pena de ser arrojados a un horno de fuego, tres jóvenes judíos se resisten absolutamente a este gesto idolátrico y son arrojados a las llamas. La oración que sigue es un modelo sublime de súplica al Señor desde la aflicción más profunda. Merece la pena reproducir un amplio extracto de la misma:

«Azarías se puso a orar, y abriendo los labios en medio del fuego, dijo: Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, digno de alabanza y glorioso es tu nombre. Porque eres justo en cuanto has hecho con nosotros y todas tus obras son verdad, y rectos tus caminos, y justos todos tus juicios. Porque hemos pecado y cometido iniquidad, apartándonos de ti, y en todo hemos delinquido (...)

«Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia. Por Abraham, tu amigo; por Isaac, tu siervo; por Israel, tu consagrado; a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como la arena de las playas marinas.

«Pero ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. En este momento no tenemos príncipes, ni profetas, ni jefes; ni holocausto, ni incienso; ni un sitio donde ofrecerte primicias, para alcanzar misericordia.

«Por eso, acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde, como un holocausto de carnes y toros o una multitud de corderos cebados. Que éste sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados.



«Ahora te seguimos de todo corazón, te temeremos y buscaremos tu rostro; no nos defraudes, Señor. Tráтанos según tu piedad, según tu gran misericordia. Líbranos con tu poder maravilloso y da gloria a tu Nombre, Señor. Sean humillados los que nos maltratan, queden confundidos, pierdan el mando, sea triturado su poder, y sepan que tú, Señor, eres el Dios único, glorioso, en toda la tierra» (3,25-45).

Así se ve en la historia el pueblo de Dios tantas veces, a causa de sus infidelidades. Y ésa es la oración que siempre ha de alzar al Misericordioso. En esta ocasión concreta, el Señor escuchó el clamor de sus siervos y los libró de las llamas. Convirtió, además, el corazón de Nabucodonosor, que reconoció al Dios de estos jóvenes judíos tan fieles, y les dio cargos de autoridad en Babilonia.

Judit

El libro de Judit narra la angustia de Israel cuando la ciudad de Betulia –en lugar y época no identificados– se ve asediada por los asirios, y cómo el pueblo es liberado por el Señor, a través de la oración y la acción de Judit.

Viéndose rodeados los judíos y sin posible salvación humana, «todos los hijos de Israel clamaron con gran insistencia a Dios y se humillaron con gran fervor... Todos a una clamaron al Dios de Israel, pidiéndole con ardor que no entregase al saqueo a sus hijos, ni diese sus mujeres en botín, ni las ciudades de su heredad a la destrucción, ni el Templo a la profanación y el oprobio, regocijando a los gentiles» (Jdt 4,9.12).

Pero otros, más políticos, proponían: «será mejor que nos entreguemos a ellos, porque siquiera, siendo siervos suyos, viviremos» (7,27). Y otros, como Ocías, ponían, sí, en el Señor su confianza, pero una confianza limitada: «tened ánimo, hermanos; esperemos cinco días, en los que volverá sobre nosotros su misericordia el Señor, nuestro Dios, que no nos abandonará hasta el fin. Si pasados estos cinco días no nos viniera ningún auxilio, yo haré lo que pedís» (7,30-31).

Se alzó entonces Judit, una viuda muy piadosa, y dijo indignada a los jefes de Israel:

«¿Quiénes sois vosotros para tentar a Dios, los que estáis constituidos en lugar de Dios en medio de los hijos de los hombres?... De ningún modo, hermanos, irritéis al Señor, Dios nuestro; que si no quisiere ayudarnos en los cinco días, poder tiene para protegernos en el día que quisiere o para destruirnos en presencia de nuestros enemigos. No pretendáis hacer fuerza a los designios del Señor, Dios nuestro, que no es Dios como un hombre, que se mueve con amenazas, ni como un hijo del hombre que se rinde.

«Por tanto, esperando la salvación, *clamemos a Él que nos socorra*. Si fuese su beneplácito, oíría nuestra voz... Demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos pone a prueba, igual que a nuestros padres. Recordad cuanto hizo con Abraham, cómo probó a Isaac y qué cosas sucedieron a Jacob en Mesopotamia de Siria... Pues así como aquéllos no los pasó por el crisol sino para examinar su corazón, así también a nosotros nos azota, pero no para castigo, sino para amonestación de los que le servimos» (8,12-27).

Los jefes judíos aprueban las palabras de Judit, y ésta, antes de entrar en acción, se recoge para orar:

«Judit, postrándose rostro en tierra, echó ceniza sobre su cabeza y descubrió el cilicio que llevaba ceñido. Era justamente la hora en que se ofrecía en Jerusalén, en la casa de Dios, el incienso de la tarde, cuando Judit clamó al Señor con voz fuerte, diciendo:

«Señor, Dios de mi padre Simeón... Dios, Dios mío, escucha a esta pobre viuda. Tú, en efecto, ejecutas las hazañas, las antiguas, las siguientes, las de ahora, las que vendrán después... Mira que los asirios tienen un ejército poderoso, se engríen de sus caballos y jinetes... y no saben que tú eres el Señor, el que decide las batallas, cuyo nombre es Yavé. Quebranta su fuerza con tu poder... porque han resuelto violar tu Templo, profanar el tabernáculo donde se posa tu glorioso Nombre...



«Dame a mí, pobre viuda, fuerza para ejecutar lo que he premeditado. Hiere con la seducción de mis labios al siervo con el príncipe y al príncipe con el siervo, y quebranta su orgullo por mano de una mujer. Que no está tu poder en la muchedumbre ni en los valientes tu fuerza; antes eres tú el Dios de los humildes, el amparo de los pequeños, el defensor de los débiles, el refugio de los desamparados y el salvador de los que no tienen esperanza...

«Sí, sí, Dios de mis padres y Dios de la heredad de Israel, Señor de los cielos y de la tierra, Creador de las aguas, Rey de toda la creación; escucha mi plegaria y dame una palabra seductora, que cause heridas y lesiones en aquellos que han resuelto crueldades contra tu Alianza, contra tu santa casa, contra el monte de Sión, contra la casa que es posesión de tus hijos. Y haz que todo tu pueblo y cada una de sus tribus reconozca y sepa que tú eres el Dios de toda fortaleza y poder, y que no hay otro fuera de ti que proteja al linaje de Israel» (9,1-14).

El Señor escuchó el clamor de Judit, e hizo posible en su bondad que una viuda, por medio de una audaz estratagema en la que arriesgó gravemente su vida, pusiera en fuga al poderoso ejército enemigo, cuando la situación de Israel era angustiosa y todos estaban desesperados.

Los siete hermanos

Las crónicas bíblicas de los Macabeos refieren sucesos ocurridos entre los años 175 y 134 (a. Cto.), cuando el poder de los Seléucidas, con Antíoco IV Epifanes, trata de imponer en Israel la religión helénica y sus costumbres. No pocos judíos, infieles a la Alianza, ceden, renegando de sus tradiciones. Piensan que esa asimilación al poder mundano vigente es inevitable, y que el Señor no va a librarles de ella. Pero Matatías y sus hijos, entre los que destaca Judas, llamado el Macabeo, tienen fe en el Señor, tienen por tanto esperanza, y por eso se alzan en una guerra heroica.

En medio de «la abominación de la desolación» (1Mac 1,57), Matatías grita en la ciudad: «¡Todo el que sienta celo por la Ley y quiera mantener la Alianza, sígame!» Y huyeron él y sus hijos a los montes, abandonando cuanto tenían en la ciudad» (2,27-28).

La lucha, sin embargo, parece condenada al fracaso, pues los sublevados son muy pocos en comparación con las fuerzas opresoras del enemigo. Pero Judas Macabeo asegura: «Fácil cosa es entregar una muchedumbre en manos de unos pocos, que para el Dios del cielo no hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos. No está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra, sino que del cielo viene la fuerza» (3,18).

Esta fe de Judas anima a sus seguidores, que no confían en sus fuerzas, pero sí en la fuerza salvadora del Señor. Por eso acuden a la oración en situación tan desesperada: «Se reunieron en Masfa, frente a Jerusalén, y ayunaron aquel día, se vistieron de saco, pusieron ceniza sobre sus cabezas, rasgaron sus vestiduras, y abrieron el libro de la Ley, buscando en él lo que los gentiles preguntan a las imágenes de sus ídolos... Clamaron entonces [al Señor] a grandes voces, diciendo: "¿Qué hemos de hacer?... Tu Santuario está pisoteado y profanado; tus sacerdotes, en luto y humillación; y ahora los gentiles se han reunido contra nosotros para destruirnos... ¿Cómo podremos hacerles frente si tú no nos ayudas?" Tocarón las trompetas, y prorrumpieron en un gran clamor» (3,46-54). Pensaban: «mejor es morir combatiendo, que presenciar los males de nuestro pueblo y del Santuario. En todo caso, hágase la voluntad del cielo» (3,59-60).

El Señor oyó el gran clamor de este resto de fieles judíos, y a pesar de ser tan pocos, les concedió grandes victorias porque habían acudido a Él desde lo más profundo de su aflicción, poniendo en Él toda su confianza.

Los salmos

El libro de los Salmos, compuesto a lo largo de varios siglos, contiene 150 oraciones en forma de poemas. La redacción definitiva de su conjunto no parece anterior al año 300 (a.C.). Pues bien, en los salmos son frecuentes los clamores comunitarios que con acentos conmovedores se alzan al Señor desde lo más profundo de calamidades y peligros. Todos ellos siguen resonando hoy en la liturgia de la Iglesia. Son la voz de Cristo que, con su Esposa, clama al Padre misericordioso, pidiendo salvación de tantos males.



43. Oh Dios, nuestros padres nos lo han contado: la obra que realizaste en sus días... Despierta, Señor, ¿por qué duermes?...

59. Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas... Auxílianos contra el enemigo, que la ayuda del hombre es inútil...

73. ¿Por qué, oh Dios, nos tienes siempre abandonados?... Acuérdate de la comunidad que adquiriste desde antiguo... Dirige tus pasos a estas ruinas sin remedio... ¿Hasta cuándo nos va a afrentar el enemigo?... Levántate, oh Dios, defiende tu causa: no olvides las voces de tus enemigos, el tumulto creciente de los rebeldes contra ti...

78. Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad, han profanado tu santo templo, han reducido Jerusalén a ruinas... ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Vas a estar siempre enojado?... Que tu compasión nos alcance pronto, pues estamos agotados. Socórrenos, Dios salvador nuestro, por el honor de tu nombre... Te daremos gracias siempre, de generación en generación.

79. Despierta tu poder y ven a salvarnos. Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve... Ven a visitar tu Viña, la cepa que tu diestra plantó... La han talado y le han prendido fuego... Danos vida, para que invoquemos tu Nombre.

84. Restáuranos, Dios salvador nuestro, cesa en tu rencor contra nosotros... Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación...

88. ¿Hasta cuándo, Señor, estarás escondido, y arderá como un fuego tu cólera?... ¿Dónde está, Señor, tu antigua misericordia que por tu fidelidad juraste a David? Acuérdate, Señor, de la afrenta de tus siervos...

89. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación... ¡Cómo nos ha consumido tu cólera y nos ha trastornado tu indignación!... Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos... Baje a nosotros la bondad del Señor...

105. Hemos pecado con nuestros padres, hemos cometido maldades e iniquidades... Pero Él miró su angustia y escuchó sus gritos; recordando su pacto con ellos, se arrepintió con inmensa misericordia... Sálvanos, Señor Dios nuestro, reúnenos de entre los gentiles: daremos gracias a tu santo nombre, y alabarte será nuestra gloria...

Otros salmos hay que, alzándose igualmente al Señor desde la aflicción más profunda, son un clamor individual. La Iglesia los emplea igualmente, viendo en el salmista una personificación del Pueblo de Dios sufriente. Así, por ejemplo, el salmo 24, Ad te, Domine, levavi, con el que se abre el Año litúrgico en el primer domingo de Adviento: «A ti, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado, no triunfen de mí mis enemigos; pues los que esperan en ti no quedan defraudados»...

Israel, modelo perenne en la súplica

La oración suplicante de Israel sigue siendo hoy modelo perfecto para la Iglesia, que se ve en calamidades y aflicciones. Y así lo reconoce ella, pues continuamente emplea en su liturgia las grandes oraciones inspiradas por Dios a los judíos, como aquella de Daniel:

«Oye, Dios nuestro, la oración de tu siervo, escucha sus plegarias, y por amor de ti, Señor, haz brillar tu rostro sobre tu Templo devastado. Oye, Dios mío, y escucha. Abre los ojos y mira nuestras ruinas, mira la ciudad sobre la que se invoca tu Nombre, pues no por nuestras justicias te presentamos nuestras súplicas, sino por tus grandes misericordias. ¡Escucha, Señor! ¡Perdona, Señor! ¡Atiende, Señor y obra, no tardes, por amor de ti, Dios mío, ya que es invocado tu nombre sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!» (Dan 9, 17-19).

Las siete notas de la oración bíblica



En estos clamores angustiados que Israel eleva al Señor conviene destacar varios elementos preciosos, siete concretamente, que siempre la Iglesia ha de hacer suyos. Iré señalándolos uno a uno.

-1. Reconocimiento de la gravedad de los males

El Israel verdadero reconoce la gravedad de los males que padece. A veces sólomente es un resto fiel, el que alcanza a ver los males que el pueblo sufre. El «Israel carnal», en cambio, no los ve, por supuesto. Ya se comprende que los sacerdotes, los jefes, los falsos profetas, es decir, aquellos que han promovido o permitido las infidelidades de Israel, tienden, sin duda, a ignorar o a subestimar los males que oprimen al pueblo, y que son consecuencia de esas infidelidades. E igualmente ocurre dentro del pueblo: los más cómplices de esas mentiras y pecados son justamente los que minimizan las abominaciones generalizadas o los que ni siquiera las ven. Solo los que son fieles las ven y reconocen. Por eso dice el Señor a los ejecutores potentes de su providencia:

«Recorre la ciudad, atraviesa Jerusalén, y pon por señal una *tau* en la frente de los que gimen afligidos por las abominaciones que en ella se cometen». Éstos se verán libres del castigo exterminador merecido por los pecados. Pero los otros, los que son cómplices de tantos pecados y abominaciones, serán exterminados: «profanad el Templo, llenando sus atrios de cadáveres, y salid a matar por la ciudad» (Ez 9,4.7).

Los falsos profetas no reconocen las calamidades, materiales o espirituales, en que el pueblo se ve sumido o las amenazas inminentes de grandes aflicciones. Lejos de eso, ellos dicen: «vamos bien; paz, paz; no temáis; confiad en el Señor, que, caminando por donde vamos, no va a sobrevenir calamidad alguna».

Los profetas verdaderos, sin embargo, los únicos que hablan en el nombre de Dios, dirán todo lo contrario: «vamos mal; convertíos urgentemente. Terribles males vendrán sobre nosotros si seguimos siendo infieles a la Alianza; y grandes bienes nos concederá el Señor misericordioso si nos volvemos a Él». Ése es el mensaje habitual de los profetas verdaderos, en contraposición al de los falsos (por ejemplo, Isaías 3; Jeremías 7; Oseas 2; 8; 14; Joel 2). Ellos, en efecto, denuncian los pecados de su pueblo y le profetizan grandes calamidades; pero al mismo tiempo le prometen, si hay conversión, grandes misericordias de Dios. Éstos son, pues, los únicos que, señalando al pueblo el camino verdadero de la salvación, le aseguran esperanzas verdaderas si lo sigue y grandes males si lo desprecia. Así lo vemos en el profeta Miqueas, el Miqueas del libro I de los Reyes:

Cuatrocientos profetas falsos aseguran al rey de Israel que podrá vencer a los sirios. Solamente Miqueas sabe que eso es falso; pero por eso mismo el rey no quiere consultarle: «aún hay un hombre aquí por quien podemos preguntar a Yavé; pero yo le aborrezco, porque nunca me profetiza cosa buena, sino siempre malas. Es Miqueas». A éste le aconsejan sus amigos: «mira que todos los profetas unánimes profetizan bienes al rey; habla, pues, como ellos y anuncia bienes». Miqueas, sin embargo, mirando al bien de su pueblo, intenta disuadir al rey de su empresa, asegurándole que será derrotado. El rey lo manda encarcelar, castigado al «pan de la aflicción y al agua de la angustia». Va a la guerra, desoyendo su oráculo, y al atardecer está muerto (1Re 22).

Por eso, cuando hoy se habla de «profetas de calamidades» en un sentido despectivo, como si se tratara de profetas falsos, se contraría la tradición de la Biblia. En ésta, efectivamente, los falsos profetas anuncian prosperidad, mientras que los verdaderos anuncian calamidades, si no hay conversión, y grandes bienes, si la hay.

-2. Consecuencias justas

Israel confiesa que todas las calamidades proceden de sus propios pecados, y que, por tanto, son castigos de Dios totalmente justos y merecidos. «Eres justo, Señor, en cuanto has hecho con nosotros, porque hemos pecado y cometido iniquidad en todo, apartándonos de tus preceptos».

Israel, desde lo más profundo, clama al Señor, aplastado bajo el peso de sus propias culpas: «no tienen descanso mis huesos a causa de mis pecados; mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso



superior a mis fuerzas... No me abandones, Señor, Dios mío, no te quedes lejos; ven aprisa a socorrerme, Señor mío, mi salvación» (Sal 38).

No tiene salvación el pueblo que ignora sus propios males o que si los conoce, no quiere, sin embargo, reconocer los pecados que han sido su causa.

-3. Remedios medicinales

Israel reconoce que los castigos que sufre son saludables, regulados cuidadosamente por la Providencia divina. Más aún, declara que con ser tan terribles, aún mayores deberían ser, si estuvieran exactamente proporcionados a la gravedad de sus culpas. Por eso confiesa: el Señor «no nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestras culpas» (Sal 102,10). E incluso da gracias al Señor por esas penalidades: demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos pone a prueba, como puso a nuestros padres, para purificarnos en el sufrimiento, como en un crisol.

-4. Sin remedio humano

Israel se reconoce absolutamente impotente para recuperar por sus propias fuerzas la salud, la libertad, la prosperidad. Su abatimiento es total: no tiene ya maestros, ni soldados, ni guías, está hundido en la debilidad y la miseria. Los jefes son necios, cobardes y traidores, y «tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país».

En estas circunstancias ¿quién podrá traer la salvación al pueblo?... «Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?». Una vez más se ve solo y abandonado, pero no se desespera, pues eleva su esperanza al Señor: «El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 120,1-2).

-5. Dios puede salvar

Israel cree firmemente que Dios puede salvarle. Por enormes que sean sus miserias, mucho mayor es la misericordia del Señor. Todo está en su mano, es Él quien realiza las hazañas antiguas, pasadas y presentes. No se asusta ante los inmensos ejércitos del enemigo, y para realizar sus victorias le da lo mismo que sus fieles sean pocos o muchos. Siendo Él el creador del cielo y de la tierra, el que mantiene todo en el ser, Él es el único que puede traer salvación infalible a su pueblo, por pésimas que sean las calamidades en que se ve hundido. Ahora, eso sí: es preciso poner la confianza solamente en Él, y en nada ni en nadie más.

-6. Petición urgente a la Misericordia divina

Israel, creyendo en todo eso, clama, pide y suplica la misericordia de Dios. Con todo apremio y confianza: «levántate, Señor, extiende tu brazo poderoso, no tardes, acuérdate de nosotros, no nos desampares, no te olvides de que somos tu pueblo y tu heredad, de que fuiste Tú quien nos sacó de Egipto, de que hiciste grandes promesas a nuestros padres»...

Como hemos visto, la súplica es tan apremiante que se convierte a veces en reproche filial, en atrevida acusación: «¿Por qué tardas tanto? ¿Vas a estar siempre enojado? ¿Te has olvidado de nosotros? ¿Hasta cuándo, Señor?»...

-7. Para alabanza de la gloria de Dios

Israel clama y pide salvación al Señor alegando el honor de su Nombre. «No nos abandones, Señor, no permitas la destrucción de tu Templo, la humillación de tu pueblo, el desprestigio de tu Nombre santo. Ten piedad de nosotros y restáuranos. Te lo pedimos por tu honor, Señor, por la gloria de tu Nombre, que se ve humillado por nuestras miserias»...

De la salvación recibida brotará la alabanza: Sálvanos, Señor, y en adelante buscaremos tu rostro, seguiremos tus mandatos, seremos fieles a la Alianza, alabaremos tu nombre, te daremos gracias siempre...



Validez de la oración de Israel en la Iglesia de hoy

El Nuevo Testamento perfecciona muchos de los elementos religiosos instituidos por Dios en el Antiguo Testamento, y otras veces –como ocurre con los sacrificios de animales– los culmina. Pero la oración de Israel pervive en la oración de la Iglesia, perdura en ella siempre joven, y en ella alcanza la plenitud de su belleza y poder, perfeccionada por la efusión del Espíritu Santo: «Él me glorificará» (Jn 16,14).

Cuando las fuerzas humanas se ven desbordadas por los males presentes o amenazantes, la Iglesia ha de aprender del Israel antiguo la oración de súplica en la angustia. Así se deja enseñar por Dios, que nos habla en las antiguas Escrituras. La misma actitud espiritual de esas siete notas señaladas tiene que inspirar en el presente la oración de la Iglesia afligida.

Si una Iglesia local hoy, reconociendo las graves calamidades que le afligen, hace suyos esos clamores antiguos en todos sus elementos –en todos, en los siete señalados: no bastaría que lo hiciera en casi todos–, se verá ayudada por Dios y podrá superar sus miserias, por grandes que sean. Pero si no posee el espíritu de esa oración suplicante, o peor aún, si lo rechaza, se irá hundiendo en una debilidad creciente, que lleva hacia la muerte.

Por otra parte, por grandes que sean las calamidades que aflijan al pueblo de Dios, siempre habrá, bajo la moción de la gracia, una acción posible y necesaria, grande o quizá mínima –la entrega de cinco panes y dos peces (Mt 14,17)–. Y esta acción, potenciada internamente por la oración, será la que logre una virtualidad salvífica desbordante –sobra alimento en los canastos– (14,20).

3. Tres primeros siglos. «Ven, Señor Jesús»

La Iglesia católica, que en sus pruebas ha de aprender de Israel a orar con humildad y confianza, aún más ha de aprender de su propia tradición secular. En efecto, como dice el Vaticano II, la Iglesia ha de vivir siempre de la Biblia y de su propia Tradición: «ambas se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción» (DV 9).

Cristo

En la suprema aflicción del Huerto y de la Cruz, Jesús, «entrado en agonía, oraba con más insistencia, y su sudor vino a ser como gotas de sangre que caían sobre la tierra» (Lc 22,44). Así enseñó a su esposa, la Iglesia, a refugiarse siempre en la oración, cuando llega la hora de las tinieblas.

Sabe Jesús que envía sus discípulos al mundo «como ovejas entre lobos» (Mt 10,26), y que la misma persecución que Él sufrió la van a sufrir ellos siempre, en una u otra forma (Jn 15,18-21). Sabe también que ellos, por sí mismos, no tienen fuerzas para vencer al mundo, ni siquiera para soportar pacientemente su persecución. Sabe, pues, que los cristianos solamente podrán mantenerse fieles, venciendo a la carne, al demonio y al mundo, si se guardan en oración continua. Por eso tiene buen cuidado en enseñarles que «es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc 18,1). «Vigilad, pues, en todo tiempo y orad, para que evitéis todo esto que ha de venir y podáis comparecer ante el Hijo del hombre» (Lc 21,36).

Por otra parte, la oración continua ha de estar siempre viva en los cristianos porque «somos linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1Pe 2,9). Por eso, pues, «siempre y en todo lugar» hemos de dar «gracias a Dios Padre».

Sabe Cristo que los hijos de Dios en este mundo serán guardados siempre por el Padre celestial, que conoce bien sus necesidades (Mt 6,32). Pero también conoce que esta ayuda ha de ser incesantemente solicitada por ellos en la oración. Ahora bien, cuando los fieles claman desde lo más profundo de sus angustias históricas, «¿no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a Él día y noche, aun cuando los haga esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente» (Lc 18,7-8).

Los Apóstoles



Los Apóstoles «estaban de continuo en el templo bendiciendo a Dios» (Lc 24,53). Todos los fieles, con los apóstoles, perseveraban «en la unión, en la fracción del pan y en la oración» (Hch 2,42). Pero esta oración de alabanza incesante se hacía un grito unánime apremiante, un clamor, cuando la Iglesia pasaba por alguna angustia especialmente grave. Por ejemplo, sabemos que cuando Pedro es encerrado en la cárcel, «la Iglesia oraba instantemente por él» (Hch 12,5). El Señor escuchó a sus fieles y Pedro fue liberado por un ángel.

La vida de la Iglesia en este mundo ha de estar continuamente sostenida por la oración de los fieles, encabezada por sus pastores. No puede sobrevivir de otro modo. Todos los cristianos, revestidos de «la armadura de Dios», han de perseverar «en toda suerte de oraciones y plegarias, orando en todo tiempo con fervor, manteniéndose siempre en continuas súplicas por todos los santos» (Ef 6,13.18). No es posible la vida de la Iglesia en este mundo de otro modo.

San Pablo y la oración por la paz

Especialmente la paz, la paz cívica y eclesial, siempre ha sido pedida por la Iglesia con todo empeño. Ésa ha sido una tradición continua desde el tiempo de los Apóstoles. La oración por la paz –«la paz del Señor esté con vosotros»–, tan antigua y frecuente en la liturgia, es solicitada con especial acento por el apóstol San Pablo, bien consciente de que solo Dios puede dar al pueblo cristiano una vida en paz.

–Paz con Dios, de modo que «justificados por la fe, tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo» (Rm 5,1).

–Paz en la Iglesia:

«os exhorto yo, preso en el Señor, a que andeis de una manera digna de la vocación a la que fuisteis llamados, con toda humildad, mansedumbre y longanimidad, soportándoos unos a otros, solícitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz» (Ef 4,1-3). Y así «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Flp 4,7).

–Paz en el mundo presente. El milagro histórico de la paz, siendo el mundo como es –siempre partido en trozos contrapuestos, siempre lleno de guerras y deportaciones, divisiones, atropellos y violencias–, solo puede ser conseguido por la oración clamorosa, día y noche, de los fieles «pacificadores», que merecen ser llamados «hijos de Dios» (Mt 5,9).

Por eso dice el Apóstol: «Ante todo te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y por todas las autoridades, para que podamos disfrutar de paz y tranquilidad, y llevar una vida piadosa y honesta» (1Tim 2,1-2).

Recordemos que la paz es el patrimonio de los cristianos en este mundo. Es don de Dios, bajado de lo alto: «igloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres amados por Él!» (Lc 2,14). Es el don propio de Cristo: «la paz os dejo, mi paz os doy; pero no como la da el mundo» (Jn 14,27). El mundo, en efecto, no puede dar la paz; pero Cristo sí, porque es el Príncipe de la Paz (Is 9,6). Por eso la Iglesia en su liturgia siempre, especialmente en la Eucaristía, ha pedido a Dios la paz.

Apocalipsis

La vida de los cristianos en este mundo, hasta que Cristo vuelva con todo su irresistible poder, es una vida martirial, que no puede mantenerse si no alzan a Dios el clamor de una oración continua:

«Vi debajo del altar las almas de los que habían sido inmolados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que habían dado. Clamaban a grandes voces, diciendo: “¿hasta cuándo, Señor santo y verdadero, tardarás en hacer justicia y en vengar nuestra sangre en los que habitan la tierra?” Y a cada uno le fue dada una túnica blanca [color antiguo del martirio], y se les dijo que esperaran todavía un poco más, hasta que se completara el número de sus compañeros de servicio y hermanos, que iban a sufrir la misma muerte» (Ap 6,9-11).



La Iglesia en este mundo ha de alzar continuamente en la presencia de Dios uno y trino el incienso perfumado de la alabanza y de la acción de gracias (Ap 8,4), pero también la súplica por sí misma, tan perseguida, y por todo el mundo, tan necesitado de salvación por gracia.

A la luz del Apocalipsis, en efecto, entrar a vivir en la Iglesia es participar de ese clamor continuo, que de día y de noche Ella eleva a Dios. De esta manera de entender la vida cristiana en el mundo, los Santos Padres nos dan innumerables testimonios. De ellos recordaré a algunos.

San Clemente Romano

A fines del siglo I, el papa Clemente escribe una preciosa carta a los corintios. El tercer sucesor de Pedro se muestra dolorido tanto por las escisiones que existen entre los fieles de Corinto, como por la persecuciones que la Iglesia está sufriendo bajo Domiciano. Y en estas angustias, alza sus brazos orando a Dios con esta gran súplica llena de humildad, de serena confianza y del espíritu litúrgico de la Eucaristía:

«Te pedimos, Señor, que seas nuestro socorro y protector. Salva a aquellos de entre nosotros que están en tribulación, apiádate de los humildes, levanta a los que han caído [los *lapsi*, apóstatas en la persecución], muéstrate a los necesitados, cura a los enfermos, convierte a los extraviados de tu pueblo, sacia a los que tienen hambre, redime a nuestros cautivos [privados de libertad por ser cristianos], restablece a los que están débiles, alienta a los pusilánimes. Que todos los pueblos conozcan que Tú eres el único Dios, que Jesucristo es tu Siervo y que *nosotros somos tu pueblo y ovejas de tu rebaño* [Sal 78,13; 99,3]» (59,4).

«Misericordioso y compasivo, perdónanos nuestras injusticias, faltas, pecados y errores. No tengas en cuenta ningún pecado de tus siervos y siervas, sino purifícanos con la purificación de tu verdad y endereza nuestros pasos para que caminemos en santidad de corazón y hagamos lo que es bueno y grato en tu presencia y en presencia de nuestros jefes.

«Sí, Señor, muestra tu rostro sobre nosotros para concedernos los bienes de la paz, para que seamos protegidos por tu mano poderosa, para que tu excelso brazo nos libre de todo pecado, y para que nos protejas de todos los que nos odian injustamente. Da concordia y paz a nosotros y a todos los habitantes de la tierra, como se la diste a nuestros padres cuando te invocaron santamente en fe y en verdad.

«Que seamos obedientes a tu omnipotente y santo Nombre y a nuestros príncipes y jefes de la tierra. Tú, Señor, les diste el poder del reino por tu magnífica e indescriptible fuerza... Dales, Señor, salud, paz, concordia, firmeza para que atiendan sin falta al gobierno que les has dado... Tú, Señor, endereza su voluntad hacia lo bueno y agradable en tu presencia, para que ejerciendo piadosamente, con paz y mansedumbre, el poder que les has dado, alcancen de Ti misericordia.

«Tú eres el único capaz de hacer estas cosas e incluso bienes muy superiores entre nosotros. A ti te confesamos por medio de Jesucristo, el Sumo Sacerdote y protector de nuestras almas, por medio del cual sea dada a Ti la gloria y la magnificencia, ahora y de generación en generación, por los siglos de los siglos. Amén» (60,1-61,3).

San Policarpo

En el año 155, teniendo 86 años de edad, muere mártir San Policarpo, obispo de Esmirna. Poco antes de morir, según refiere el cronista de su martirio, «se retiró a una finca próxima a la ciudad, y allí pasaba el tiempo con unos pocos fieles, sin hacer otra cosa, día y noche, que orar por todos, y especialmente por las Iglesias esparcidas por toda la tierra. Cosa, por lo demás, que tenía siempre por costumbre» (Mart. Policarpo 5).

Este pastor fiel, que tanto oraba por su pueblo, exhortaba también a los demás a que hicieran lo mismo. Concretamente a los cristianos de Filipo, les exhorta: «*rogad por todos los santos* [los fieles cristianos]. Rogad también por los reyes y autoridades y príncipes, y *por los que os persiguen y aborrecen*, y por los enemigos de la cruz» (*Filip.* 12).



La Iglesia antigua, viéndose perseguida, sabe participar con paz de la Cruz de Cristo. Cumple la norma del Maestro, y «no se resiste al mal» (Mt 5,39). No odia a sus perseguidores, sino que ruega por ellos. No se rebela, no se querella ante los tribunales, no devuelve mal por mal, sino que vence el mal con la abundancia del bien (Rm 12,17-21; 1Tes 5,15), y todo lo supera con la fuerza invencible de la oración. En medio de situaciones tan terriblemente duras, la Iglesia de Cristo, manteniéndose en paz y alegre en la esperanza, vence al mundo con la cruz y la oración.

San Justino

De este espíritu nos da buena muestra el filósofo samaritano Justino, convertido a la fe cristiana. Mientras enseña en Roma, escribe varias obras en defensa de la fe cristiana, y muere mártir el año 163.

«Nosotros –escribe al emperador Antonino Pío– somos vuestros mejores auxiliares y aliados para el mantenimiento de la paz» (*I Apología* 12,1). «Nosotros, los que antes amábamos por encima de todo el dinero, ahora lo ponemos todo en común...; los que nos odiábamos y matábamos unos a otros, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos y *rogamos por nuestros enemigos*, y tratamos de persuadir a los que nos aborrecen injustamente, para que, viviendo conforme a las hermosas normas de Cristo, tengan buenas esperanzas de alcanzar junto con nosotros los mismos bienes que nosotros esperamos de Dios, soberano de todas las cosas» (14,2-3).

No hay entonces amargura en el corazón de la Iglesia, a pesar de verse tan perseguida, tan injustamente tratada por el mundo. Hay paz, hay cruz, hay esperanza de vencer al mundo por la persuasiva Palabra revelada, por la cruz, la misma cruz de Cristo, y por la incesante oración de súplica.

Orígenes

En medio de terribles persecuciones del mundo, los Padres antiguos exhortan siempre a vivir virtuosamente, en paz y con esperanza, orando por los enemigos y perseguidores, y guardando segura confianza en la victoria de Cristo, que vive y reina por todos los siglos. Así lo hace con profunda elocuencia Orígenes (+253), gran asceta y teólogo alejandrino, que sufre tormento en la persecución de Decio.

«Nosotros oramos *pidiendo que Jesús reine sobre nosotros y cesen las guerras en nuestra tierra*, cesen los asaltos de los deseos carnales, y cuando estas cosas se hayan calmado, repose cada uno bajo sus vides, higueras y olivos. Así, bajo el manto del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, descansará el alma que en sí misma recuperó la paz de la carne y del Espíritu. Al Dios eterno sea la gloria por los siglos. Amén» (*In Num.* Hom XXII,4).

«Nosotros oramos y pedimos, diciendo: Señor, estate vigilante para ayudarme, porque grande es la lucha y potentes los adversarios. Maligno es el enemigo, el enemigo invisible que nos combate por medio de estos enemigos visibles. Vigila, pues, en nuestra ayuda y socórrenos por tu santo Hijo nuestro Señor Jesucristo, por el que nos has redimido a todos, por el que te es dada la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (*In Ps.* 37, Hom II,9).

San Cipriano

Otro gran santo, capaz de enseñarnos a orar en paz desde lo más profundo de la adversidad, es Cipriano, el obispo de Cartago que muere mártir en la persecución de Valeriano (+258). En sus preciosas cartas de exhortación a los mártires hallamos todas las condiciones que, según vimos en Israel, ha de tener la oración del Pueblo de Dios cuando se ve hundido en las calamidades del mundo. Reproduciré aquí algunas frases de una larga carta a su clero de Cartago:

Oremos y ayunemos. «Aunque no ignoro, hermanos muy queridos, que el temor de Dios os induce a aplicaros a continuas oraciones y a insistentes súplicas, os amonesto asimismo a que aplaquéis a Dios y a que no sólo de palabra, sino también afligiéndoos con ayunos y toda clase de penitencias, logréis de Él con ruegos que reduzca su cólera.



Sufrimos un justo castigo. «Hay que comprender y reconocer que tormenta tan devastadora como la presente persecución, que ha desolado nuestro rebaño en tan gran parte y que aún sigue desolándolo, es efecto de nuestros pecados, porque no seguimos los caminos del Señor, ni observamos los mandamientos que nos dió para nuestra salvación.

«El Señor cumplió la voluntad del Padre, pero nosotros no hemos cumplido la voluntad de Dios, y nos hemos entregado al lucro de los bienes temporales, marchando por los caminos de la soberbia. Caimos en rivalidades y disensiones. Descuidamos la sencillez y la lealtad. Renunciamos de palabra, pero no de obra, al mundo, muy indulgente cada uno consigo mismo y severo con los demás.

«Por eso recibimos los azotes que merecemos... Ni los mismos confesores, que debieran servir de ejemplo para los demás, guardan la disciplina... y se jactan con hinchado descaro de haber confesado a Cristo... Con razón sufrimos estos males por nuestros pecados, pues ya nos lo previno el Señor, cuando dijo: "si sus hijos abandonan mi ley y no siguen mis mandamientos, si profanan mis preceptos y no guardan mis mandatos, castigaré con la vara sus pecados y a latigazos sus culpas" [Sal 88,31-33]...

Pidamos desde nuestra miseria la Misericordia divina. «Imploramos, pues, desde lo más íntimo de nuestro corazón la misericordia de Dios, porque también Él añadió estas palabras: "no les retiraré mi favor" [88,34]... Roguemos con insistencia y no dejemos de gemir con continuas plegarias... No cesemos en manera alguna de pedir y de esperar recibir con fe, y supliquemos al Señor con sinceridad y en unánime concordia, con gemidos y lágrimas a la vez, como conviene implorar a los que se encuentran entre los males de los que lloran y el resto de los que temen, entre la multitud de enfermos que yacen por el suelo [los lapsi, caídos] y los muy pocos que quedan en pie.

Atrevámonos a pedir a Dios con esperanza tantos bienes que nos faltan. «Pidamos que retorne pronto la paz, que venga pronto la ayuda a nuestros escondrijos y peligros, que se cumpla lo que el Señor se digna anunciar a sus siervos: la reintegración de la Iglesia, la seguridad de nuestra salud, la serenidad tras la tormenta, la luz tras las tinieblas, la dulce suavidad después de las borrascas y huracanes, los piadosos auxilios de su amor de Padre, las conocidas maravillas de su poder divino para embotar las blasfemias de los perseguidores. Que los caídos hagan penitencia, y que sea ensalzada la fidelidad inquebrantable de los que han perseverado» (Carta 11; 7 en ML).

Habiendo ya Cipriano confortado durante años a sus fieles en la persecución, vuelve finalmente a Cartago para morir como mártir en su propia sede episcopal. A él debemos los más hermosos textos escritos sobre el martirio y las oraciones más bellas escritas desde lo más profundo de las penas de la Iglesia en el mundo.

Pablo, mártir

Por último, sea un antiguo mártir de Cristo quien nos enseñe a orar en la tribulación de la Iglesia. La terrible persecución que a principios del siglo IV sufren los cristianos de Palestina, en tiempos de Diocleciano, cuando ya estaba por cerrarse la época de las persecuciones, es narrada por Eusebio de Cesarea. En el sexto año de esta persecución fue condenado a muerte «el tres veces bienaventurado Pablo». La oración que éste mártir alza a Dios poco antes de morir es un eco impresionante de la oratio fidelium que normalmente hacía la Iglesia de su tiempo en la Eucaristía.

«Poco antes de ser ejecutado, pidió al verdugo que estaba ya para cortarle la cabeza, un breve espacio de tiempo; y obtenido, *con clara y sonora voz suplicó a Dios* en primer lugar *por los de su propio pueblo*, pidiéndole se reconciliara con él y le concediera cuanto antes la libertad; luego pidió *por los judíos*, que se acercaran a Dios por medio de Jesucristo, y la misma gracia suplicó en su oración *para los samaritanos; para los gentiles*, que estaban en el error y desconocían a Dios, le suplicó les concediera vinieran a conocerle y abrazar la verdadera piedad, sin olvidar tampoco aquella muchedumbre que en aquel momento le rodeaba.

«Después de todo esto, ¡oh grande e inefable resignación! se puso a suplicar a Dios *por el mismo juez* que le había condenado a muerte, *por los supremos gobernantes y por el verdugo* que, de allí a un momento, le iba a cortar la cabeza, rogándole, con voz que podía oír éste y todos los presentes, no les imputara el pecado que con él cometían. Toda esta letanía la hizo en voz alta, y poco faltó para que no moviera a lástima y lágrimas a todos, por darse cuenta de que moría injustamente. En



fin, colocándose él mismo en la postura que es de norma, fue adornado con el divino martirio el quince del mes Panemo, que corresponde al ocho antes de las calendas de agosto [25 de julio]» (*Mártires de Palestina* 8).

Así oraba la Iglesia antigua en medio de sus terribles aflicciones.

4. La época de los grandes Padres

La conversión del Imperio romano

El Señor escuchó la súplica, llena de humildad y de confianza en la Providencia divina, de los innumerables mártires. Y el año 313 concedió a su Esposa la paz de Constantino. Como dice Angelo de Santi, «se había rezado durante tres siglos en apariencia inútilmente. Pero más tarde la oración fue escuchada, y se produjo tal triunfo de la Iglesia que nadie hubiera podido esperar como humanamente posible» (AdS 1916,3: 37).

En efecto, a partir del siglo IV se va produciendo la transformación cristiana del gran Imperio romano, y en la misma Iglesia se da un gran desarrollo público. Es entonces cuando se construyen iglesias y basílicas, se organiza la catequesis, va adquiriendo la liturgia formas esplendorosas, se inicia el monacato, y se celebran los primeros concilios ecuménicos, los más fundamentales de toda la historia de la Iglesia (Nicea, 325; I de Constantinopla, 381; Éfeso, 431, Calcedonia, 451).

Es una hora muy sorprendente, que en un primer momento es vivida con inmenso gozo y agradecimiento. Así lo refleja Lactancio (+ca.330):

«Celebremos con exultación el triunfo de Dios, cantemos con alabanzas la victoria del Señor, no cese nuestra oración ni de día ni de noche. Oremos con insistencia para que Dios confirme por los siglos la paz que nos fue dada hace diez años. Y tú especialmente, muy querido Donato, pide al Señor, para que mantenga propicio la paz sobre sus siervos, aleje de su pueblo todas las asechanzas e impugnaciones del demonio, y guarde en una quietud perpetua a su Iglesia floreciente» (*De mortibus persecutorum* 52; cfr. en tono semejante, Eusebio de Cesarea, +340, *Historia eclesiástica*, X).

Tiempos terribles de guerras, cismas y herejías

Con la paz de Constantino no terminan, sin embargo, las tribulaciones de la Iglesia en este mundo. Por una parte, con ocasión de la paz constantiniana, muchos cristianos antiguos se relajan y al mismo tiempo entra en la Iglesia un gran número de paganos. De este modo, como hace notar San Jerónimo (347-420), «después de convertidos los emperadores, la Iglesia ha crecido en poder y riquezas, pero ha disminuido en virtud» (*Vita Malchi* 1). El mundo, antes cerrado y hostil para los cristianos, ejerce ahora sobre ellos todo su terrible poder de seducción.

Por otra parte, en el mismo siglo IV y en los inmediatamente siguientes la Iglesia sufre grandes herejías. Los fieles no pueden vivir en paz la fe católica sin afirmarse en un combate incesante contra errores modernos o antiguos de gnósticos y arrianos, nestorianos y monofisitas, pelagianos, donatistas, subordinacionistas, modalistas, apolinaristas, priscilianistas, iconoclastas y tantos más herejes y cismáticos. Muchas de estas luchas doctrinales sobre fundamentales temas de la fe – misterio trinitario, divinidad de Cristo, necesidad de la gracia–, se ven a veces complicadas con graves conflictos políticos, y dan lugar a persecuciones, exilios, deposiciones arbitrarias, cárceles y aun muertes.

Y junto a eso, otra terrible calamidad inesperada: apenas convertida Roma a Cristo, se recrudecen más y más las incursiones de los bárbaros. La presión de estos pueblos, difícilmente contenida por las legiones romanas en los siglos II y III, va desbordando en el siglo IV las posibilidades defensivas del Imperio.

A la muerte de Teodosio (395), se divide el Imperio romano, Constantinopla encabeza el Oriente y Rávena el Occidente. Poco después los visigodos, encabezados por Alarico, saquean Roma (410). Esto produce una enorme conmoción en todo el mundo romano, pues la Urbe se había mantenido



inviolada durante ocho siglos. Por esos años los vándalos conquistan el norte de Africa –durante el asedio de Hipona, muere San Agustín (430)–, caen sobre Roma y la saquean terriblemente (455). Poco después, el Papa San León Magno (440-461) logra a duras penas detener a los hunos de Atila.

La Roma recién cristianizada, la gran Urbe cabeza de un imperio universal, se ha quedado en nada. El mismo Imperio occidental romano se extingue ya definitivamente el 476. Un siglo más tarde, los ostrogodos se apoderan de parte de Italia, Totila conquista Roma y deporta a sus habitantes (546).

Especialmente calamitosos son los tiempos que ha de vivir San Gregorio Magno (590-604). Con su inmenso prestigio personal, apenas logra detener a las puertas de Roma a Agiulfo y a su ejército lombardo. Pero por ese tiempo en Italia se producen las guerras entre lombardos y bizantinos. Italia queda partida en dos, lombardos arrianos, con capital en Pavía (650), y bizantinos católicos, con Ravena como capital, sujeta al Imperio de Bizancio. Tras guerras continuas, extraordinariamente crueles, los lombardos conquistan Ravena (751), y cortan así toda dependencia italiana de Bizancio. Sin embargo, pronto son vencidos por Carlomagno, que sujeta Italia al dominio carolingio (774-887), inaugurando por fin tiempos de más paz y unidad.

De nuevo, en la aflicción, el clamor suplicante de la Iglesia

En estos siglos tan duros, sobre todo de mediados del siglo IV a mediados del siglo VII, es precisamente cuando la liturgia de la Iglesia toma las formas fundamentales que perduran hasta hoy. La documentación litúrgica anterior a ese tiempo es muy escasa. Es ahora cuando se forman las colecciones litúrgicas más importantes.

Recordemos, por ejemplo, las *Constituciones de los Apóstoles*, que transmiten ritos anteriores, ya aludidos en la *Dídaque*, la *Traditio apostolica* de San Hipólito o la *Didascalia apostolorum*. Recordemos también los grandes *sacramentarios*, concretamente el *leoniano*, el *gelasiano* y el *gregoriano*, que deben sus nombres a los Papas que, con una intervención más o menos directa, influyeron en su composición: San León Magno (+461), Gelasio II (+496) y San Gregorio Magno (+604).

No es, pues, nada extraño que la oración litúrgica de la Iglesia en estos años tan dolorosos, pida al Salvador con una insistencia tan apremiante la unidad de la Iglesia, la paz civil, en fin, la salvación. El recuerdo de algunos Padres de aquella época podrá ayudarnos a captar el ánimo orante de la Iglesia antigua en la aflicción.

San Agustín: todo es providencial

El santo Obispo de Hipona conoce bien la caída del Imperio romano, y la amarga perplejidad que causa en algunos cristianos: «dicen de nuestro Cristo que él ha sido quien ha perdido a Roma» (Serm.105,12). «Ahí veis, dicen algunos, cómo Roma parece en los tiempos cristianos» (81,9). Son quejas durísimas.

«Muchos paganos nos objetan: ¿para qué vino Cristo y qué provecho ha traído al género humano? ¿Acaso desde que vino Cristo no van las cosas peor que antes de venir? Antes de su venida eran los hombres más felices que ahora... Han caído por tierra los teatros, los circos y los anfiteatros. Nada bueno ha traído Cristo. Solo calamidades ha traído Cristo... Y comienzas a explicarles a los que así objetan los bienes que ha traído Cristo y no entienden. Les declaras los frutos de la predicación del Evangelio, y no entienden nada de lo que les dices» (*Enarraciones salmos* 136,9).

Llegan a Hipona, en el 410, las descripciones escalofrantes del saqueo de Roma: estragos e incendios, saqueos y destrucciones, mutilaciones y exilios, tormentos y muertes. Ya al final de su vida (412-426), San Agustín escribe *La Ciudad de Dios*, una maravillosa teología de la historia, una profunda meditación sobre los planes misteriosos de la Providencia divina, llena siempre de sabiduría y de amor. La fe suscita la esperanza, y la oración guarda al pueblo cristiano en la paz, vaya la historia como vaya. Éste es, como veremos, el espíritu providencial que irradia la liturgia de la época.



San León Magno: la Roma eterna

Todavía, sin embargo, el Papa San León Magno (+461), canta con maravillosa elocuencia la gloria de la Roma cristiana:

Pedro y Pablo son, «¡oh Roma! los dos héroes que hicieron resplandecer a tus ojos el Evangelio de Cristo, y por ellos tú, que eras maestra del error, te convertiste en discípula de la verdad...; de modo que la supremacía que te viene de la religión divina, se extiende más allá de lo que jamás alcanzaste con tu dominación terrenal... Tú debes menos conquistas al arte de la guerra que súbditos te ha procurado la paz cristiana» (*Hom. 82, en la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo*).

La Iglesia, en efecto, trajo a Roma muchos bienes; pero también Roma, sin pretenderlo, suministró a la Iglesia bienes inmensos tanto por la universalidad de su Imperio como por las mismas persecuciones primeras:

«Para extender por todo el mundo los efectos de gracia tan inefable, la divina Providencia preparó el Imperio romano, que de tal modo extendió sus fronteras, que asoció a sí las gentes de todo el orbe. De este modo halló la predicación general fácil acceso a todos los pueblos unidos por el mismo régimen civil» (*ib*).

Pero también las persecuciones romanas fueron ayuda para la Iglesia: «En efecto, no se disminuye la Iglesia por las persecuciones, antes al contrario, se aumenta. El campo del Señor se viste siempre con una cosecha más rica. Cuando los granos que caen mueren, nacen multiplicados» (*ib*).

Esta visión providencial de la historia se refleja maravillosamente en las liturgias de la época, y concretamente en algunas oraciones del Sacramentario leoniano, como ésta:

«Tú, beatísimo Pedro, no temes venir a esta ciudad con tu compañero de gloria el apóstol Pablo...; te metes en esta selva de bestias feroces y caminas por este mar de turbulentos abismos con más tranquilidad que sobre el mar sosegado [+Mt 14,30]... Ahora, sin dudar del futuro progreso de tu obra, vienes a enarbolar sobre las murallas de Roma el trofeo de la cruz de Cristo, allí mismo donde los decretos del cielo te han preparado el honor del poder y la gloria de la pasión...» (*ib*).

La misma Iglesia que supo orar tanto y con tanta esperanza por los emperadores paganos, crueles perseguidores de Cristo, también ahora suplica por los príncipes cristianos. Ella sabe la importancia que la justicia y la paz cívica tienen para la vida del pueblo. Así, por ejemplo, en el Sacramentario gelasiano (III,62) hallamos oraciones como ésta:

«Oh Dios, que por la predicación evangélica del reino celestial has preparado al Imperio romano, da a tus siervos, nuestros príncipes, las armas celestiales, para que la paz de la Iglesia no se vea turbada por ninguna tempestad de guerra».

San Gregorio Magno: hacia la Europa cristiana

Siglo y medio después, la situación del mundo romano, desgarrado entre bizantinos y lombardos, es ya de ruina total. Al papa San Gregorio Magno (590-604) le toca officiar entonces los solemnes funerales por la antigua Roma formidable. La liturgia gregoriana, como veremos, abierta siempre a la salvación de Dios por una esperanza indestructible, muestra la huella de ese trágico momento histórico.

«Nuestro Señor –predica el papa Gregorio– quiere encontrarnos prontos a su llamada y nos muestra la miseria del mundo envejecido para que podamos librarnos del amor del mundo... “Un pueblo se levantará contra otro pueblo y un reino contra otro, y habrá terremotos, hambre, pestilencias, guerras”... Nos hemos visto ya heridos de muchos de estos males, y vivimos atemorizados ante la aproximación de los demás... El mundo está herido cada día por calamidades nuevas. Mirad qué pocos hemos quedado del antiguo pueblo. Nuevos males nos flagelan cada día y desventuras imprevistas nos abaten... El mundo se siente deprimido por la vejez y, al aumentar los dolores, camina a una muerte próxima» (*Hom. Evangelio I,1*).



«Tantos castigos no bastan a corregir nuestros pecados. Vemos a unos arrastrados a la esclavitud; a otros, mutilados; a otros, matados... Nos es fácil ver a qué bajo estado ha descendido aquella Roma que en otro tiempo era señora del mundo. Está hecha añicos repetidamente con inmenso dolor, despoblada de ciudadanos, asaltada por enemigos, hecha un montón de ruinas» (*Hom. sobre Ezequiel II,6*).

Según informa Juan el Diácono (*Vita Gregorii II,17*), es San Gregorio el que, expresando este espíritu suplicante de la Iglesia en la aflicción, introduce en el canon de la misa la petición por la paz que todavía rezamos:

...«ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos». Y parece ser que al mismo Papa Gregorio se debe también el embolismo que prolonga en la misa el Pater noster: «Líbranos, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros, y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios, y de tus santos apóstoles Pedro, Pablo, Andrés y de todos los santos, danos propicio la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, seamos siempre libres de pecado y libres de toda perturbación».

San Gregorio, es cierto, reza la oración fúnebre por la antigua Roma. Pero, al mismo tiempo, por gracia de Dios, es él quien alza la oración suplicante de la Iglesia, poderosa y bella, humilde y confiada, abriendo así para los discípulos de Cristo tiempos nuevos y nuevas esperanzas.

Es él, efectivamente, quien promueve con fuerza la vida de la Iglesia en Germania, Galia, Inglaterra, norte de Italia, norte de Africa, Oriente, Hispania. Es él quien con fuerzas divinas afirma el Primado romano, la unidad de la Iglesia, la unidad doctrinal y disciplinar canónica, la unidad de la liturgia y del canto religioso, que viene a establecerse en casi todo el Occidente ya en el siglo VIII, y en el XI también en España. Es él, sin duda, el autor principal de la Edad Media cristiana, la era de las catedrales, de las Sumas teológicas, la época de los monjes, cuando miles de monasterios dan forma a Europa, los siglos que van de San Benito (+547) a San Francisco de Asís (+1226), y que llega hasta el Renacimiento.

Pero veamos ya con algunos ejemplos concretos cómo ora en la aflicción la liturgia antigua de la Iglesia.

La oración de los fieles

La oratio fidelium, esa serie de súplicas e intercesiones que el diácono suscita en la asamblea eucarística y que el obispo o presbítero concluyen, es una de las formas más antiguas en la oración de la Iglesia suplicante. Las vemos ya, por ejemplo, en las muy antiguas y venerables Constituciones de los apóstoles, un documento de fines del siglo IV o principios del V, que recoge textos más antiguos. En ese documento litúrgico vemos ya la oración de los fieles tal como hoy se practica en la liturgia renovada, y concretamente, tal como se realiza el Viernes Santo, donde logra su forma más plena.

Las Constituciones describen cómo, terminadas las lecturas y la homilía, el diácono manda salir a oyentes (audientes) e infieles, y todos en pie, bajo su guía, rezan las preces (lib. VIII,2ss).

En primer lugar por los catecúmenos: «orad, catecúmenos, y vosotros fieles por ellos con toda devoción, diciendo *Kyrie eleison*». Todos, con las manos alzadas, y en primer lugar los niños, repiten cantando una y otra vez el *Kyrie*, pidiendo la misericordia del Señor. El diácono, seguidamente, y siempre en forma de letanía, va enumerando las gracias solicitadas para los catecúmenos, y es respondido por el mismo clamor cantado.

El pueblo entero, los hombres a un lado, las mujeres a otro, los niños delante o con sus padres, las vírgenes de la comunidad y las viudas en sus lugares propios, el clero en el presbiterio presidido por el Obispo, todos se entregan unánimes a estas oraciones, suplicando la gracia del Salvador con reiterados clamores y con profundas inclinaciones corporales, poniéndose de rodillas o incluso prosternándose rostro en tierra. De modo semejante, se pide a continuación por otras muchas intenciones fundamentales.



Suplica el diácono con la asamblea por quienes están afligidos por espíritus inmundos, pide por la paz, por la santa Iglesia católica y apostólica, extendida por todo el universo, «por nuestros enemigos y por todos aquellos que nos odian, oremos»... En fin, «por todos, para que el Señor nos conserve en su gracia, nos guarde hasta el fin y nos libre del mal y de todos los escándalos de cuantos obran la iniquidad y nos conduzca salvos a su reino celestial»... Y todos repiten: «Kyrie eleison. Sálvanos y confórtanos, Señor, por tu misericordia».

«Levantémonos», concluye el diácono, «y orando con intenso fervor, encomendémonos unos a otros al Dios vivo por su Cristo». El Obispo entonces concluye esta oratio fidelium, reuniendo en su oración collecta todas las súplicas precedentes:

«Oh Defensor poderoso, que sostienes a este pueblo tuyo, al que has redimido con tu preciosa sangre, sé su abogado, su ayuda y su promotor, su muralla fortísima, su trinchera y firme castillo, para que ninguno pueda perderse de tu mano, ya que no hay Dios alguno como tú, y en ti hemos puesto nuestra esperanza.

«Libra a tus hijos de toda enfermedad, de todo delito, de injurias y fraudes, del temor de los enemigos, de la flecha que vuela de día y de la insidia que se agita en las tinieblas, y concede a todos la vida eterna que hay en Cristo, tu Hijo y unigénito, Dios y Salvador nuestro, por el cual es a ti la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén».

Adelantada la Eucaristía, después de la consagración y la epiclesis, otra vez el Obispo alza su voz y sus manos en favor de la Iglesia y del mundo:

«También te pedimos, Señor, por el rey, por cuantos tienen autoridad y por todo el ejército, para que nuestra vida perdure en la paz, y transcurriendo en la quietud y la concordia todo el tiempo de nuestra vida, te demos gloria a Ti por Jesucristo, nuestra esperanza». Sigue pidiendo por todos los santos, vivos y difuntos, por los enfermos, «por aquellos que están en esclavitud, por los exilados y por los proscritos, también por cuantos nos odian y nos persiguen a causa de tu nombre, para que Tú les conduzcas al bien y aplaques su furor».

Las Constituciones apostólicas consignan también una oratio fidelium semejante para la oración litúrgica de la tarde (VIII,35) y de la mañana (VIII,37). Las Horas litúrgicas actuales han recuperado felizmente esta costumbre. Esta insistencia de la Iglesia primera en la intercesión orante de los fieles muestra claramente la conciencia antigua de que los cristianos tienen por misión salvar al mundo, sostenerlo en la gracia divina, guardándolo de todo mal.

Esta conciencia se expresa, por ejemplo, a comienzos del siglo III en el *Discurso a Diogneto*: «lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo... El alma está aprisionada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene el cuerpo unido; así son los cristianos: están presos en el mundo, como en una cárcel, pero son ellos los que mantienen la trabazón del mundo... Tal es el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él» (VI,1.7.10).

La Iglesia, luz en las tinieblas del mundo, sal que preserva a éste de la corrupción, continuamente ha de orar por el mundo. La oratio fidelium expresa, pues, uno de los aspectos más profundos de su misión. Y es indudable, como estamos viendo, que la Iglesia antigua muestra, por obra del Espíritu Santo, una verdadera genialidad para la oración de intercesión y de súplica. Una oración que, lógicamente, halla siempre nuevos acentos con ocasión de las grandes aflicciones eclesiales o civiles. En formas preferentemente litánicas, con voz clara y potente, serena y esperanzada, la Iglesia a través de los siglos invoca siempre por Cristo la misericordia del Omnipotente. Y estas peticiones litánicas son, sin duda, una de las formas preferidas de la piedad del pueblo, tanto en su oración privada como en la comunitaria.

Letanías de los santos

Siempre la Iglesia de la tierra, viéndose en graves angustias, ha implorado la ayuda de la Iglesia celestial, invocando a los santos con letanías conmovedoras. Con ocasión, por ejemplo, de las invasiones bárbaras, de los lombardos que asedian Sicilia, el Papa Gregorio Magno escribe a los obispos de esta región:



«¡Que no triunfen sobre nosotros a causa de nuestros pecados! Acudamos, pues, de todo corazón a los remedios que nos ofrece el Redentor, y si no podemos resistir a los enemigos con la fuerza, alejémosles de nosotros con las lágrimas. Por eso, muy queridos hermanos, os exhorto a que en la cuarta y sexta feria [miércoles y viernes, días penitenciales desde antiguo] ordenéis, sin excusa alguna, las *letanías*, e imploréis así la ayuda divina contra las incursiones de la crueldad de los bárbaros» (*Registrum* XI,51: ML 77,1170).

En Roma dispone Gregorio que se recen las letanías de los santos dos veces por semana, mientras duren las incursiones de los bárbaros (Juan Diácono, *Vita Gregorii* IV,53). Las letanías se rezan normalmente caminando los fieles en procesión, es decir, mientras acuden desde diversos lugares a una iglesia previamente indicada, donde el Obispo va a celebrar la misa. Ésas eran las estaciones, que en seguida evocaremos.

En el año primero de su pontificado, con ocasión de una peste, San Gregorio ordena unas solemnes letanías septiformes, en las que desde los siete barrios de Roma los fieles han de acudir en procesión para participar en la Eucaristía en la basílica de Santa María la Mayor. La convocatoria del Papa expresa a un tiempo su alma orante y refleja al mismo tiempo la mejor tradición suplicante de la Iglesia en las aflicción:

«El dolor abra la puerta a nuestra conversión y suavice la dureza de nuestro corazón mediante las penas que sufrimos. *Volvamos todos a la penitencia*, pues nos ha sido dado un tiempo de lágrimas. *Insistamos en la oración*, insistamos hasta la importunidad, seguros de que seremos escuchados. “Invócame en el día del peligro: yo te libraré y tú me darás gloria” [Sal 49,15]. *El mismo Dios que nos llama a la oración es el que quiere tener piedad de nosotros*.

«Por tanto, hermanos muy queridos, con el corazón contrito y con obras de santificación, mañana, desde el amanecer de la feria cuarta, reunámonos todos para la letanía septiforme, siguiendo el orden indicado. Ninguno se dispense, y todos juntos en la iglesia de la santa Madre de Dios, ya que juntos hemos pecado, juntos todos deploremos los males hechos, de modo que el Juez severo, que había pensado castigar nuestras culpas, nos quite la ya pronunciada sentencia de condena» (*Oratio ad plebem*, puesta el fin de las *Hom. Evang.* en ML 76,1311).

También actualmente las letanías de los santos en la Vigilia Pascual, en las Ordenaciones sagradas y en momentos de especial solemnidad o necesidad, mantienen un lugar importante en la liturgia católica. Y sigue siendo hoy ésta una de las formas de oración suplicante más apreciada por los fieles.

Las «estaciones»

Desde muy antiguo, en determinadas ocasiones, los cristianos son convocados por el Obispo en un lugar determinado (*statio*), con una especial finalidad litúrgica de petición. Ya Tertuliano (+220) hace notar que este término *statio* tiene su origen en el mundo militar: «*statio* es nombre tomado de la milicia; pues, en efecto, somos el ejército de Dios (*nam et militia Dei sumus*)» (*De oratione* 19).

Las estaciones eran, pues, semejantes a una parada militar, en la que se congregaba la Iglesia como un ejército suplicante. El pueblo cristiano estimaba mucho estas congregaciones de petición, y en el día señalado se juntaba para su celebración un verdadero ejército del Señor.

Pues bien, San Gregorio Magno, en tiempos calamitosos que ya hemos recordado, da un nuevo impulso en Roma a las estaciones, y probablemente organiza él mismo su forma litúrgica. De su tiempo proceden tres grandes estaciones, que han de celebrarse las tres semanas precedentes a la Cuaresma (cuadragesima): septuagésima en la basílica de San Lorenzo, sexagésima en la de San Pablo Extramuros, y quincuagésima en San Pedro del Vaticano. Las tres han estado vigentes en la Iglesia hasta la renovación de la liturgia después del Vaticano II. En las tres se suplicaba principalmente a Dios por la paz y por la liberación de los pecados, propios y ajenos, que habían atraído el azote de las invasiones y guerras.



En la *statio* el pueblo, en una o en varias procesiones simultáneas, se dirigía a la iglesia estacional cantando por el camino las letanías de los santos (*miserere nobis!, libera nos, Domine!*). Y merece la pena recordar que «en Occidente aparece por vez primera la cruz como insignia litúrgica en el ceremonial de las procesiones estacionales. Cada región o instituto tenía la suya. Al llegar la procesión a la iglesia estacional donde se celebraba el santo sacrificio, se ponían la cruz y las candelas junto al altar, y ése parece ser el origen de colocar la cruz y algunos cirios encendidos en el altar en que se celebra la santa misa» (Garrido-Pascual, *Curso de liturgia*, BAC 202, 1961, 198-199).

Septuagésima

A modo de ejemplo, veamos en resumen los textos bíblicos y litúrgicos que componen la estación de septuagésima en la celebración gregoriana, es decir, romana. El salmo de entrada que abre la celebración eucarística es el 17:

«Me envolvían las redes del abismo, me alcanzaban los lazos de la muerte. En el peligro invoqué al Señor, grité a mi Dios. Desde su templo él escuchó mi voz y mi grito llegó a sus oídos».

En seguida toda la asamblea pide con insistencia la misericordia de Dios: «Señor, ten piedad de nosotros. Cristo, ten piedad de nosotros». Esta súplica se repite una y otra vez, y así vox omnium Christum clamat, hasta que el pontífice hace la señal para terminar.

La epístola es de San Pablo (1Cor 9,24-27; 10,1-5), y en ella se recuerda la bondad de Dios, admirable y poderosa, que sacó a su Pueblo de la esclavitud de Egipto, le hizo pasar el Mar Rojo, y en el desierto le alimentó con un pan celestial y con agua sacada de la roca.

El salmo 9, otro clamor suplicante, es cantado seguidamente como gradual:

«Piedad, Señor, mira cómo me afligen mis enemigos, vuelvan al abismo los malvados, los pueblos que olvidan a Dios... Levántate, Señor, que el hombre no triunfe: sean juzgados los gentiles en tu presencia. Señor, infúndeles terror, y aprendan los pueblos que no son más que hombres».

Y como tracto se canta el salmo 129:

«Desde lo hondo (*de profundis*) a ti grito, Señor: Señor, escucha mi voz; estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica... Mi alma espera en el Señor, más que el centinela la aurora... Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa»...

En el Evangelio (Mt 20,1-16) se recuerda la bondad del Señor, que paga lo mismo a todos los operarios que han trabajado en la viña, también a los llamados a última hora.

El ofertorio se compone de versos del salmo 91:

«¡Qué magníficas son tus obras, Señor!... Tus enemigos, Señor, perecerán, pero a mí me das la fuerza de un búfalo... Mis ojos despreciarán a mis enemigos, mis oídos escucharán su derrota»...

Y en la comunión se canta el salmo 30:

«A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado... Ven aprisa a librarme, sé la roca de mi refugio... Piedad, Señor, que estoy en peligro... Mi vida se gasta en el dolor, mis años, en los gemidos... Pero yo confío en ti, Señor, te digo: "Tú eres mi Dios", en tu mano están mis azares... Amad al Señor, fieles suyos: el Señor guarda a sus leales y paga con creces a los soberbios. Sed fuertes y valientes de corazón los que esperáis en el Señor».

Sexagésima y quincuagésima reúnen de modo semejante lecturas, oraciones y salmos, en los que la oración de petición es predominante. Sólomente recordaré de la estación de quincuagésima en San Pedro estas nobles frases del prefacio:



«Con profunda devoción solicitamos de tu majestad, Señor, que mirando la débil condición terrena, no seamos castigados por tu ira a causa de nuestras maldades, sino que con tu inmensa clemencia seamos purificados, instruidos y consolados. Y ya que sin ti nada podemos hacer que te sea grato, esperamos solo de tu gracia que nos concedas vivir una vida santa».

Los Sacramentarios y la guerra

Siempre que la Iglesia se ha visto afligida por la brutalidad irracional de las guerras, que apenas el mundo puede evitar o terminar, se ha vuelto suplicante al único Salvador de los hombres y en Él ha puesto su esperanza. Por ejemplo, en el sacramentario leoniano (XVIII,6), compuesto, como ya vimos, en tiempos de terribles guerras y devastaciones, se contiene este precioso prefacio, lleno de dolor y lleno de humildad y confianza:

«Reconocemos, Señor Dios nuestro, sí, lo reconocemos, que a causa de nuestros pecados todo lo hecho por el trabajo de tus siervos se ve ahora derribado ante nuestros ojos por manos extrañas, y todo cuanto con nuestro sudor has hecho Tú crecer en los campos es desbaratado ahora por los enemigos.

«Postrados, pues, te pedimos suplicantes de todo corazón que nos concedas el perdón de los pecados pasados, y continuando tu acción misericordiosa, nos protejas de todo asalto de muerte. Así nunca dudaremos de que tu defensa nos asiste, si te dignas quitar de nosotros cuanto fue causa de ofenderte».

En el sacramentario gelasiano se hallan también múltiples oraciones para tiempos de guerra, a veces bellísimas, como ésta:

«Perdona, Señor, perdona a los que te suplican. Concede propicio la ayuda de tu misericordia, pues tú das en los mismos flagelos el remedio. Y que esta corrección tuya, Señor, no sea causa de penas mayores para los negligentes, sino paternal amonestación para los así corregidos» (III,33).

La idea de pecado-castigo-medicina está siempre presente en estas liturgias tempore belli. Es la misma convicción del apóstol Santiago: «alegráos profundamente cuando os veáis asediados por toda clase de pruebas. Sabed que vuestra fe, al ser probada, produce la paciencia. Y si la paciencia llega hasta el final, seréis perfectos e íntegros, sin falta alguna» (1,2-4).

Pervive la liturgia antigua en la liturgia actual

No quiero prolongar esta exploración en los antiguos libros litúrgicos. Basten los datos recordados para hacernos una idea de cómo era en los siglos IV-VII la oración litúrgica de la Iglesia con ocasión de grandes angustias y calamidades. Y hago notar de nuevo que es justamente en ese tiempo cuando cristalizan todas las líneas fundamentales de la liturgia católica latina, tal como ha llegado hasta el día de hoy.

El Misal Romano actual conserva no pocos de los textos bíblicos y de las oraciones que los sacramentarios antiguos incluían para tiempos angustiosos de guerra. Y lo hace especialmente en el Adviento y la Cuaresma.

El primer domingo de Adviento, por ejemplo, se inicia en el introito con el salmo 24: «A ti, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío; no quede yo defraudado; que no triunfen de mí mis enemigos, pues lo que esperan en ti no quedan defraudados». El mismo salmo abre la misa del miércoles de la I semana de Cuaresma: «Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas, pues los que esperan en ti no quedan defraudados. Salva, oh Dios, a Israel de todos sus peligros».

También seguimos rezando en la liturgia no pocas de aquellas antiguas oraciones por la paz. Algunas nos son muy conocidas, pues están colocadas en la Eucaristía, en el corazón mismo de la Iglesia, y se han guardado para siempre en el Canon Romano. Pero por eso mismo, porque son oraciones que rezamos cada día, merece la pena que nos fijemos bien en ellas.



Recordemos que al principio del Canon Romano se suplica: «Padre misericordioso, te pedimos ... por tu Iglesia santa y católica, para que *le concedas la paz*, la protejas, la congregues en la unidad y la gobiernes en el mundo entero». Después de invocar a la Virgen y a toda la Iglesia celestial, el Canon pide: «por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección». Y al presentar los dones: «*ordena en tu paz nuestros días*, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos». Notemos también que junto al Padre nuestro –en el que suplicamos a Dios «líbranos del mal»–, y como conclusión del mismo, recitamos diariamente: «líbranos de todos los males, Señor, y *concédenos la paz en nuestros días*», etc.

Una hermosa oración del celebrante, que se integra más tardíamente en el antiguo Canon romano, en el siglo XI, precede el rito de la paz:

«Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles, “la paz os dejo, mi paz os doy”, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra, *concédele la paz* y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos».

«–*La paz del Señor* esté siempre con vosotros. –Y con tu espíritu».

El beso fraterno sella este rito de la paz. Y finalmente, antes de la comunión, la triple invocación del Cordero de Dios –un eco que amplía la triple invocación del Gloria–, según informa Inocencio III (+1216; ML 117,908), fue modificada en un tiempo no conocido de grandes «adversidades y terrores» para la Iglesia, viniendo a decir hasta el día de hoy: «danos la paz».

Finalmente, la oración de los fieles, como ya hemos visto, muy especialmente cuando se desarrolla en su forma más plena, como en el oficio del Viernes Santo, mantiene perfectamente viva la oración suplicante de la Iglesia antigua.

En este valle de lágrimas

Pero a todo esto podríamos hacernos una pregunta. ¿Tiene sentido que en tiempos de paz sigamos orando una liturgia que nació en tiempos de terribles guerras? La respuesta es, sin duda, afirmativa; y por dos razones principales.

No olvidemos, en primer lugar, que esas mismas liturgias tienen un maravilloso vuelo doxológico de alabanza y acción de gracias, de gozo en la bondad de Dios y de esperanza en la vida eterna. Se trata en su conjunto de unas oraciones muy especialmente luminosas, alegres, esplendorosas. Yo aquí me he fijado en las súplicas brotadas de las situaciones angustiosas; pero el conjunto de la liturgia ambrosiana, leoniana, gelasiana, gregoriana, galicana, hispana, es admirablemente gozoso. Más aún, digámoslo sinceramente: expresan una alegría que difícilmente podríamos hallar en la Iglesia actual. Los tiempos cristianos teocéntricos son mucho más grandiosos, mucho más bellos y alegres que los antropocéntricos.

Y en segundo lugar, aunque hoy nosotros –al menos en ciertos países– no suframos las mismas pestes, epidemias o las invasiones de los bárbaros, padecemos sin duda otras pestes semejantes o más graves. Por otra parte hoy, y éste es un dato nuevo, por primera vez en la historia, llega diariamente a nuestro conocimiento, por medio de prensa, radio y televisión, cualquier guerra, epidemia o desastre que sucede en todo lugar de la tierra. Por último, también los salmos de angustia fueron compuestos en momentos concretos de aflicción extrema que ya pasaron, pero tanto Israel como la Iglesia los han mantenido siempre vigentes, teniendo sobradas razones para hacerlos suyos.

Muy duro, pues, han de tener el corazón aquellos cristianos de hoy que no se sientan gementes et flentes in hac lacrimarum valle. En efecto, los que se avergüenzan de la oración de la Madre Iglesia, y la consideran excesivamente afligida y triste, es porque tienen un corazón duro y frío –y por tanto necesariamente triste–, incapaz de compadecerse de tantos males ajenos.

Olvido y desprecio de Dios, alejamiento de la Eucaristía, desamor y crueldad, pecados y más pecados, injusticias, hambre y guerras, terrorismo, catástrofes naturales, epidemias, droga, sida, mentiras y violencias, falsificaciones del pasado y del presente, abortos, divorcios, eutanasia,



perversión de las leyes, degradación de la familia, de la enseñanza, de las modas, de la televisión, de los espectáculos, etc., hacen dolorosamente vigentes las oraciones litúrgicas de la Iglesia antigua. No nos produce hoy ninguna violencia el asumirlas.

Liturgia humilde, ávida de la gracia

Una segunda reflexión. La liturgia de los siglos que hemos evocado conmueve por su humildad. En ella está siempre viva la palabra de Cristo: «sin Mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Por eso pone toda su esperanza en la misericordia de Dios. Y por eso mismo, aunque la situación sea humanamente desesperada, la liturgia antigua guarda viva la esperanza, y la expresa alzando a Dios las súplicas más audaces, solo apoyada en la misericordia y en el poder del Salvador, que vive y reina sobre todos los reyes por los siglos de los siglos.

Recordemos que estas liturgias antiguas, partiendo de tradiciones anteriores, se han compuesto justamente cuando la Iglesia, contra pelagianos y semipelagianos, formula su admirable doctrina de la gracia, hoy tantas veces olvidada.

El *Indiculus*, por ejemplo, que en el año 500, enseña un conjunto de proposiciones antiguas, dice así: «Dios obra de tal modo sobre el libre albedrío en los corazones de los hombres que el santo pensamiento, el buen consejo y todo movimiento de buena voluntad procede de Dios, pues por Él podemos algún bien y "sin Él no podemos nada"... Consiguientemente, en todos nuestros actos, causas, pensamientos y movimientos hay que orar a nuestro Ayudador y protector» (Dz 135/244).

De esa doctrina, que es la de los Padres, como San Agustín, o de enseñanzas, por ejemplo, como las del II Concilio de Orange (529), brota una maravillosa liturgia suplicante. «Lex orandi, lex credendi». El Liber Ordinum, por ejemplo, el que la Iglesia visigótica usaba en España en el tiempo de San Leandro (+600), San Isidro (+636) o San Ildefonso (+667), en una misa acerca de los enemigos (missa de hostibus) formula esta conmovedora oración:

«Oh Señor, Dios del cielo y de la tierra, observa, te lo pedimos, la soberbia de nuestros enemigos y mira nuestra humildad. Contempla el rostro de tus santos y muestra que *Tú no abandonas a los que en ti confían y que humillas en cambio a los que presumen de sí mismos y se glorían de su propia fuerza*. Tú eres el Señor Dios nuestro, que desde el principio disipas las guerras, y el Señor es tu nombre. Extiende tu brazo, como en otro tiempo, y destruye con tu fuerza la fuerza de nuestros enemigos. Que en tu cólera se desvanezca la fuerza de ellos, para que tu casa permanezca en la santidad y todos los pueblos reconozcan que Tú eres Dios y que no hay otros dioses fuera de ti. Amén» (AdS 1917,1: 542).

Estas liturgias antiguas se manifiestan siempre muy conscientes de la impotencia del hombre, muy prontas a reconocer sinceramente las miserias del mundo presente y también las de la misma Iglesia actual; en fin, son muy realistas, y están muy verazmente situadas in hac lacrimarum valle. Por eso son liturgias tan humildes y tan suplicantes.

De estas antiguas oraciones, o al menos de su inspiración y modelo, proceden muchas de las oraciones litúrgicas actuales, conmovedoras en su humildad profundísima y en su total reconocimiento de la necesidad de la gracia. Éstas de la Cuaresma pueden servir de ejemplo:

«Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas» (III dom.). «Concédenos, Señor, la gracia de pensar y practicar siempre el bien, y pues sin ti no podemos ni existir ni ser buenos, haz que vivamos siempre según tu voluntad» (I juev.).

De rodillas, postrados ante el Señor

Una tercera reflexión. Siguiendo también en esto la tradición de Israel, la liturgia antigua asocia normalmente las actitudes corporales a las actitudes del espíritu. Y así guarda y expresa la unidad del ser humano, corporal y espiritual al mismo tiempo. Por eso el pueblo cristiano de Oriente y Occidente, enseñado por la Escritura sagrada, haorado siempre alzando las manos, en pie, de



rodillas, postrándose rostro en tierra, es decir, asumiendo una serie de posturas orantes formadas por la tradición y por la misma experiencia.

El salmista nos invita: «venid, postrémonos e inclinémonos, de rodillas ante el Señor, que nos ha hecho» (95,6); y nos aseguran que «en su presencia se postrarán las familias de los pueblos... Ante él se postrarán las cenizas de la tumba» (21,28.30). Nuestro Señor Jesucristo «de rodillas» (Lc 22,41), «rostro en tierra» (Mt 26,39), oraba al Padre en el Huerto. San Pedro, tras la pesca milagrosa, queda anonadado, y se postra ante el Señor (Lc 5,8). El amigo más íntimo de Jesús, el apóstol San Juan, al contemplar en Patmos al resucitado tan glorioso, «cae a sus pies como muerto» (Ap 1,17). San Pablo dice «dobla sus rodillas ante el Padre» (Ef 3,14); y quiere que «al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Flp 2,10; +1Cor 14,25).

Y lo mismo nos viene enseñado por la tradición católica. San Justino (+163) dice: «¿quién de vosotros ignora que la oración que mejor aplaca a Dios es la que se hace con gemido y lágrimas, con el cuerpo postrado en tierra o las rodillas dobladas?» (*Diálogo con Trifón* 90,5). Y Orígenes (+253): «cuando uno acuse suplicante los propios pecados a Dios, es necesario que doble las rodillas para que le sean perdonados y se vea vuelto a la salud» (*De oratione* 319).

En la tradición judía y cristiana, como también en otras culturas religiosas, es muy tradicional que el cuerpo participe externamente de las actitudes internas del espíritu. San Gregorio Magno, por ejemplo, dice a los congregados en la *estación* de San Pancracio: «vemos, muy queridos hermanos, qué inmensa muchedumbre os habéis congregado aquí para la solemnidad del mártir; y cómo os arrodilláis en tierra, y golpeáis vuestro pecho, y clamáis en voces de súplica y de alabanza, y bañáis vuestras mejillas con lágrimas» (*Hom. sobre Evangelios* I,27,7).

Por eso, siendo tan universal la enseñanza de la Biblia y de la Tradición, resulta hoy notable el celo extraño que algunos despliegan para evitar cuanto sea posible que el pueblo cristiano se arrodille al orar, sea en privado o en la liturgia. No es fácil ver qué van a ganar los cristianos abandonando esa tradición. Pero sí se conoce, en cambio, lo mucho que van a perder.

5. Edad Media. Clamores en la aflicción

La liturgia romana, a partir sobre todo de San Gregorio I el Magno (+604), se va extendiendo por todo el Occidente, de tal modo que ya en el siglo XI, bajo el Papa San Gregorio VII (+1085), la liturgia de Roma es prácticamente el rito latino único, con pocas excepciones, como las de Milán o Toledo.

Eso hace que a lo largo de la Edad Media la liturgia de la Iglesia para los tiempos de aflicción mantenga una continuidad substancial con las antiguas celebraciones. Sin embargo, la creatividad tan poderosa del Medievo, con su genialidad peculiar para «dar forma sensible a todas las realidades espirituales», que son invisibles, produce en la Iglesia no pocas formas relativamente nuevas de volverse al Salvador en la calamidad. Podemos comprobar esto con algunos ejemplos.

Clamor en la tribulación

En el siglo XII, o quizá antes, en tiempos de grandes calamidades, comienzan a practicarse en algunos lugares ciertas oraciones públicas con ritos especiales, como es el clamor in tribulatione. Según la gravedad del mal público, menor o mayor, la Iglesia local organizaba un clamor parvus o bien, en las calamidades peores, un clamor magnus. El padre Angelo de Santi explica el sentido del término:

«La palabra *clamor* en la Edad Media es un término jurídico que significa pública acusación, querrela o reclamación ante el tribunal y los jueces competentes. En las celebraciones litúrgicas significaba, pues, una llamada pública y solemne hecha a Dios contra los enemigos y más en particular contra los invasores y destructores de los bienes de la Iglesia» (*AdS* 1917,2: 51). En inglés, el término judicial *claim* guarda este sentido de reclamación.

«El término *clamor*, como palabra litúrgica, parece usarse por primera vez en la liturgia visigótica [hispana] de los siglos VI y VII, con ese sentido particular de oración que el pueblo grita. En el *Liber Ordinum* se describe un rito fúnebre en el que todos unánimes claman una y otra vez pidiendo



salvación para el difunto: "omnes una voce simul conclamant Deo *clamorem* ita: *Kyrie eleison* prolixè"» (ib. 56).

En un antiguo ritual, por ejemplo, de la iglesia de San Martín de Tours, escrito en el siglo XIII, se describen dos modos de clamores, el *parvus* y el *magnum*. Nos fijaremos aquí en el primero.

El clamor *parvus* está prescrito, por supuesto, en aquellas situaciones en las que la Iglesia no halla medio humano para superar una adversidad o, por ejemplo, para conseguir la enmienda de un malhechor. El rito consiste en que, después del *Pater noster* y antes del *Pax Domini*, el clero todo desciende de sus escaños en el coro y se postra con el rostro en el suelo. Y así también se postra ante el altar el sacerdote celebrante, teniendo en la mano la Hostia consagrada.

«El diácono entonces pronuncia el *clamor parvus*, la oración especial *Omnipotens sempiterne Deus qui solus respicis afflictiones hominum*, después de la cual todos cantaban el salmo *Ad te levavi* [24], que como salmo para tiempo de guerra es elegido frecuentemente por la liturgia en las públicas calamidades. Durante su canto, los monaguillos hacen sonar las campanas del coro. Seguían algunas preces y la oración colecta: *Hostium nostrum Domine, elide superbiam*, a la que todos respondían en voz alta *Amen*. Y continuaba la misa» (AdS ib. 51-52).

El clamor *magnum*, para situaciones extremadamente graves, es un rito aún más impresionante. Podemos ver un ejemplo de él, tal como se realizaba en el monasterio benedictino de Farfa, dedicado a la Virgen. Después del *Pater noster* de la misa solemne, los ministros cubren el suelo ante el altar con un amplio cilicio –tejido hirsuto de pelos, oscuro, que se usaba en los funerales–, y sobre él se coloca el crucifijo, el evangelario y las reliquias de los santos. Todo el clero se postra en tierra, y el celebrante, ante las especies eucarísticas consagradas y las reliquias de los santos, recita en alta voz el *In spiritu humilitatis*:

«En espíritu de humildad y con el ánimo contrito [Sal 50,19], Señor Jesús, Redentor del mundo, nos acercamos a tu santo altar, a tu sacratísimo Cuerpo y Sangre, y en tu presencia nos confesamos culpables de nuestros pecados, por los cuales somos justamente oprimidos.

«A ti, Señor, acudimos. Señor Jesús, postrados ante ti clamamos, pues hombres malos y soberbios, confiando en su fuerza, nos atacan por todas partes, invaden el lugar de este santuario y de otras iglesias a ti consagradas, obligan a vivir en el dolor, en el hambre, en la desnudez a tus pobres fieles; los matan con tormentos y espadas; nos roban, destrozan con violencia nuestros bienes, con los que hemos de vivir para tu servicio, y profanan cuanto las personas piadosas han dejado para su salvación en este lugar.

«Esta iglesia tuya, Señor, que en los tiempos pasados fundaste y ensalzaste para honor de la bienaventurada siempre Virgen María, decae en la tristeza. Y no hay quien la consuele y la libere si no eres tú, oh Dios nuestro. Levántate, pues, en nuestra ayuda, Señor Jesús; confórtanos y ven en nuestro auxilio; vence a los que nos combaten, humilla la soberbia de quienes persiguen a este lugar y a nosotros mismos.

«Tú sabes, Señor, quiénes son ellos. Sus nombres, cuerpos y corazones son conocidos por ti antes de que nacieran. Por eso, oh Dios, aplícales tu justicia con tu fuerza poderosa, haz que reconozcan la maldad de sus obras y líbranos por tu misericordia.

«No nos desprecies, Señor, cuando a ti clamamos en la aflicción, sino más bien, por la gloria de tu Nombre y por la misericordia con que fundaste y sublimaste este lugar en honor de tu Madre, ven a visitarnos en la paz, sacándonos de la angustia presente. Amén» (AdS ib. 54-55).

Señor, ten piedad

Estos ritos u otros similares eran bastante frecuentes y difundidos en la Edad Media, y su origen es muy antiguo. Ya San Gregorio de Tours (538-594) refiere celebraciones semejantes. Con esas oraciones y a través de esos símbolos tan elocuentes, en los tiempos más aflictivos, se quería suscitar en los fieles una gran compunción, para que así pudiesen pedir la misericordia del Salvador con mayor eficacia.



En estas horas de dolor y de gran calamidad, se retiraban de la iglesia todos los ornamentos que la embellecían, se cerraban los trípticos, se despojaba el altar y se velaban con telas de luto las imágenes.

No refieren los códices con qué términos participaba la asamblea en el impresionante rito litúrgico del clamor. Pero muy probablemente el pueblo exclamaba una y otra vez, decenas y decenas de veces, *Kyrie eleison*, pues ésta era la súplica tradicional, que ya consta en documentos de los primeros siglos.

Egeria, por ejemplo, peregrina gallega, describe en la crónica de su largo viaje (381-384) cómo se celebran las vigiliass en Jerusalén, y con qué fuerza claman una y otra vez los fieles el *Kyrie, eleyson*: «sus voces forman un eco interminable» (*Peregrinación* 24,5).

Preces en postración

Recordaré, por último, un rito semejante, que en los siglos XIII-XVI se usa, por ejemplo, ante el peligro de los turcos y para impulsar la reconquista de Jerusalén. En el misal de Salisbury se le da el bello nombre de preces in prostratione.

Veamos de éstas un ejemplo concreto. A pesar de las enérgicas decisiones del II concilio ecuménico de Lión (1274), los príncipes cristianos, enfrentados por discordias, no acaban nunca de ponerse de acuerdo y de unirse para defender la Cristiandad del peligro turco. El Papa Nicolás III (+1280), entonces, perdida toda esperanza terrenal, manda que la Iglesia ponga por la oración toda su esperanza en su único Salvador, Jesucristo.

Así pues, para acrecentar en todos esta actitud de ánimo humillado y suplicante, el Papa, en la bula Salutaria (1280), ordena que en todas las misas, después del Pax Domini y antes del Agnus Dei, postrados tanto el celebrante como los fieles, se recite el salmo 122, Vamos a la Casa del Señor, y después del triple *Kyrie eleison* y el Pater noster, se recen a coro estos versículos:

«-Salva, Señor, al rey. -Y escúchanos en el día en que te invocamos. -Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad. -Gobiérnalo y exáltalo para siempre. -Hágase la paz por tu poder. -Y haya abundancia en tu ciudad. -Señor, escucha mi oración. -Y mi clamor llegue hasta ti. -El Señor esté con vosotros. -Y con tu espíritu.

«Oremos. Oh Señor, concede, aplacado, a tus fieles la indulgencia y la paz, para que sean purificados de sus culpas y puedan servirte con la mente limpia. Amén».

El Papa concedía diez días de indulgencia a cuantos fieles participaran en este santo rito.

Procesiones de penitencia

Las antiquísimas estaciones, que ya he descrito, se iniciaban, como sabemos, con unas procesiones en las que se rezaban las letanías de los santos, pidiendo su intercesión en medio de la calamidad pública. Estas procesiones penitenciales se producen con mayor frecuencia y con una fisonomía nueva y propia a partir del siglo XV. Y también, como las preces in prostratione, son a veces impulsadas por los mismos Papas.

Calixto III (+1458), por ejemplo, con ocasión de las invasiones turcas en Hungría, escribe en 1456 una encíclica a todos los obispos de la Iglesia y, entre otras cosas, prescribe en ella que todos los primeros domingos de mes se hagan procesiones generales, a las que nadie debe faltar, ni siquiera las monjas de clausura. Éstas harán la procesión en su claustro, rezando los siete salmos penitenciales y las letanías de los santos.

No indica las oraciones y cantos que deben hacerse, pero sí prescribe que se celebre la misa y que, donde se pueda, haya predicación en la que se exhorte a la conversión y a la oración, así como a la paciencia en los sufrimientos. Hasta el Concilio Vaticano II, esta misa se hallaba en el misal de San Pío V, publicado en 1570 por orden del Concilio de Trento.

Ante la Eucaristía



Como hemos visto en algunos ritos medievales de súplica en las aflicciones, el clamor de la Iglesia se dirige a veces al Señor presente en la Eucaristía. De este modo quiere darse mayor fuerza y verismo a este recurso angustiado de la Iglesia al Salvador del mundo. Y esta conmovedora costumbre va a tener formas cada vez más explícitas a medida que el culto a Cristo en la Eucaristía se va desarrollando, es decir, a partir del siglo XIII sobre todo.

En esos siglos se producen en la Cristiandad situaciones verdaderamente angustiosas, en las que el poder de los turcos y sus conatos de invasión amenazan gravemente a las naciones cristianas, poniendo en juego el destino de Europa. La reacción de la Iglesia, como siempre, ante situaciones humanamente desesperadas, es la oración suplicante, y en esta ocasión una oración cada vez más orientada hacia el mismo Cristo, presente en la Eucaristía.

El Papa Pío II, por ejemplo, en un consistorio de 1463, convoca urgentemente a los príncipes cristianos en defensa de la Cristiandad frente a los turcos. Y a esa llamada a las armas une, con el máximo apremio, una convocatoria a la oración:

«Como Moisés oraba en la cima del monte, mientras los suyos luchaban contra los amalecitas, así nosotros, *puestos ante el mismo Señor nuestro Jesucristo, presente en la divina Eucaristía, imploraremos salud y victoria para nuestros soldados combatientes*» (*AdS ib.* 66).

Son precedentes devocionales que, en la época siguiente, cristalizarán, como veremos detenidamente, en la práctica preciosísima de las Cuarenta Horas.

El Rosario

Es perfectamente normal, más aún, es muy conforme a la gracia del Espíritu Santo que el pueblo cristiano, cuando se ve en las mayores angustias, se acoja al amparo de la Madre de Jesús y solicite su intercesión infalible, ya que por Cristo mismo le ha sido dada como Madre (Jn 19,27). Entre las oraciones a la Virgen que han tenido una difusión universal la más antigua es *Sub tuum præsidium*, hallada en un papiro del siglo III. Y ella pretende eso justamente, conseguir el amparo maternal de María:

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita».

Esta idea, esta excelente idea de acudir en los peligros al amparo de la Virgen Madre, ha sido figurada de muchos modos en el arte cristiano, representando a todo el pueblo –frailes, niños, obispos, reyes, madres de familia, ancianos, sacerdotes, religiosas– amparados todos bajo el manto de Nuestra Señora.

Y es el sentido principal de tantas otras oraciones que los desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, venimos dirigiendo hace siglos a la Virgen, que es dulzura y esperanza nuestra:

Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos... ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! (*Salve Regina*).

Ése es también el sentido de la única petición del Ave María, esa oración angélica que ofrece primero a la Virgen una flor de siete alabanzas, y que le pide después que ruegue por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte:

Siete alabanzas: Ave Maria - gratia plena - Dominus tecum - benedicta tu in mulieribus - et benedictus fructus ventris tui, Iesus - Sancta Maria - Mater Dei; y una súplica: *ora pro nobis, peccatoribus, nunc et in hora nostris morte*. Amen.

La historia de la Iglesia ha confirmado las palabras proféticas de la Virgen: «todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1,48). Partiendo del saludo del ángel a la Virgen (Lc 1,26-38), tanto en Oriente –el magnífico himno Akathistos, por ejemplo– como en Occidente, se han desarrollado en la Iglesia desde antiguo saluciones marianas, una y otra vez repetidas,



acompañadas a veces de inclinaciones, postraciones y genuflexiones, con variantes preciosas de forma litánica. Así fue formándose el Avemaría a lo largo de la Edad Media, hasta alcanzar su forma actual.

También en ese tiempo es cuando en ambientes benedictinos, cistercienses, cartujos, dominicos y otros, se va formando poco a poco el rosario en el modo en que hoy es rezado. Sobre todo desde el siglo XIII, viene a ser hasta hoy el Oficio divino del pueblo cristiano. Unas veces se trata del Salterio de María, que como el salterio bíblico se compone de 150 Avemarías, con el Gloria al final de cada diez. Otras veces es el Rosario de 50 Avemarías, en el que a veces se han intercalado cláusulas en cada Avemaría y más tarde misterios en cada decena. Innumerables Cofradías del Rosario, bajo la guía principal de los dominicos, han extendido esta oración por toda la Iglesia. Hoy es sin duda una de las oraciones más practicadas por los fieles católicos.

El Rosario hasta hoy

La oración medieval del Rosario, al paso de los siglos, ha venido a ser para innumerables cristianos clérigos, religiosos o laicos la principal oración suplicante de la Iglesia en sus pruebas. Este aspecto del Rosario, en el que la intercesión de María es reclamada con filial confianza, queda ya muy especialmente señalado en 1571, con ocasión de la victoria de Lepanto.

El 7 de octubre de 1571, en efecto, una coalición de fuerzas navales cristianas se enfrenta en el Mediterráneo con la flota de los turcos en una batalla decisiva y la vence. Esta victoria, inmediatamente, es atribuida a la intercesión de la Virgen obtenida por el rezo del rosario. El 7 de octubre era aquel año primer domingo de mes, el día especialmente destinado desde mucho tiempo antes a la reunión de las cofradías del rosario, que lo rezaban en procesiones de intercesión. Así entendió la victoria el Papa San Pío V, y muchos otros con él. En el Palacio de los Dogos, debajo de una representación de la batalla naval, el Senado veneciano decide poner esta inscripción: «ni fuerzas, ni armas, ni jefes: la Señora del Rosario es la que nos ha ayudado en la victoria».

Los Papas han apoyado siempre con máximo empeño el rezo del Rosario a María. La conmemoración de Nuestra Señora, la Virgen del Rosario, el 7 de octubre, tiene su origen en San Pío V, a petición del dignatario español Luis de Requesens, para conmemorar en su aniversario la victoria cristiana de Lepanto y para difundir así esta devoción mariana. León XIII, en los años 1883-1897, escribió nueve *exhortaciones apostólicas* sobre el rezo del Rosario.

Posteriormente, en 1917, en las apariciones de Fátima, la Madre de Cristo pide una y otra vez a los videntes y al pueblo cristiano que «continúen rezando el rosario todos los días en honor de Nuestra Señora del Rosario para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque solo Ella lo podrá obtener».

En este sentido se escriben tanto la exhortación apostólica de Pío XI, *Ingravescentibus malis* (1937), como la encíclica de Pío XII, *Ingruentium malorum* (1951). Proponen estos documentos pontificios el rezo del rosario como un medio providencial muy eficaz para vencer con la ayuda poderosísima de la Santa Madre de Dios todos los males presentes y amenazantes, los que hay en el mundo y también en la misma Iglesia. Y también Pablo VI, «en un momento de angustia e inseguridad», escribe la encíclica *Christi Matri*, de 1966, «para que se eleven oraciones a la bienaventurada Virgen del Rosario para implorar de Dios el bien sumo de la paz». Así lo recuerda él mismo en los preciosos números dedicados al Rosario en su exhortación apostólica *Marialis cultus* (1974; 42-55).

Juan Pablo II, en fin, considera «la oración del rosario, la oración popular por excelencia, que pertenece al patrimonio espiritual de todo el pueblo de Dios» (26-X-1997):

«¡Cuántas veces, a lo largo de la historia, la Iglesia ha recurrido a esta oración, *especialmente en los momentos de particular dificultad!* El santo rosario ha sido instrumento privilegiado para evitar el peligro de la guerra y obtener de Dios el don de la paz. La Virgen, al aparecerse en Fátima a los tres pastorcitos, ¿no pidió el rezo del rosario por la conversión de los pecadores y la paz en el mundo?»

«¿Cómo, pues, podría faltar la oración por la paz al término de un siglo que ha conocido guerras terribles y que, por desgracia, sigue experimentando violencias y conflictos? Ojalá que durante estos



años que nos preparan para el tercer Milenio cristiano el rosario de María nos ayude a implorar a Dios la reconciliación y la paz de toda la humanidad» (*ib.*).

Como el mismo Papa dice, rezando en San Pedro un Rosario Mundial ante la imagen de la Virgen de Fátima, acompañado de mil quinientos Obispos y de fieles de ciento cincuenta países, «no ha habido siglo ni pueblo en el que Ella no haya hecho notar su presencia, llevando a los fieles, especialmente a los pequeños y a los más pobres, luz, esperanza y consuelo» (7-X-2000).

El Angelus

El rezo del Angelus, otra oración a la Virgen, fue impulsado por los Papas para pedir ayuda al Salvador con ocasión de penalidades graves o de grandes peligros. Ésta oración, que procede del final de la Edad Media, se reza en varios momentos de cada día. El toque del Angelus por la tarde se generaliza desde la mitad del siglo XIII y ya es universal en el XIV. El Angelus de la mañana tiene una difusión más tardía, pero también viene a ser común en el siglo XIV. Y el Angelus del mediodía es impulsado por Calixto III con una bula de 1456. En esta bellísima oración, evocando el misterio salvador de la encarnación del Verbo, tres veces se pide a la Virgen que ruegue por nosotros, pecadores.

León X, después de conseguir entre todos los Estados cristianos una tregua que permite preparar una cruzada contra la amenaza de los turcos, ordena en una bula de 1518, *in virtute sanctæ obedientiæ*, que todas las iglesias del mundo celebren, bajo pena de excomunión, un conjunto de misas, procesiones y oraciones, y que cada día suenen las campanas de las iglesias para convocar al rezo del *Angelus* con esta intención (*AdS ib.* 67-68).

6. El Renacimiento. Las Cuarenta Horas

Las antiguas oraciones litúrgicas de la Iglesia para tiempos de calamidad, en sus formas principales, se mantienen en los siglos XVI y siguientes, y muchas de ellas continúan vigentes hasta nuestros días: rogativas, letanías de los santos, misas votivas en la guerra, por la paz, en las diversas necesidades y angustias del pueblo cristiano. Pero también surgen en los siglos XVI y siguientes nuevas prácticas suplicantes que merecen nuestra atención.

Viernes, tres de la tarde

En el Duomo, catedral de Milán, en 1532, se inicia la costumbre de que el pueblo, a toque de campana, se congregue cada viernes a las tres de la tarde para suplicar al Salvador, justamente en la hora de su muerte, por las necesidades públicas de la Iglesia y de la nación. Desde su inicio, esta santa práctica se hace muy popular, y reúne –según crónicas de la época– unas cinco mil personas, que oran «con la cabeza baja y los brazos abiertos».

Puede afirmarse casi con certeza que la iniciativa partió de los clérigos *barnabitas* y de las *angélicas*, grupos muy fervientes formados en Milán por San Antonio María Zaccaria (+1539), del que luego he de hablar más ampliamente (*AdS* 1917,3: 222-225). Pero ya dos siglos antes, en otras iglesias, se conocen antecedentes de esta costumbre.

En todo caso, es ahora, desde Milán, donde la oración del Viernes a las tres de la tarde va a tener una difusión muy amplia. En efecto, el Arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, en el II Concilio provincial de 1569, hace obligatoria en todas las iglesias esta práctica, que se difunde luego a otras provincias eclesiásticas y termina haciéndose casi universal.

Una importancia aún mayor va a tener para toda la Iglesia otra práctica piadosa y eucarística nacida por esos años en esos mismos grupos de Milán, la de las Cuarenta Horas.

Las Cuarenta Horas

La devoción de las Cuarenta Horas consiste en adorar a Cristo de modo ininterrumpido, día y noche, durante cuarenta horas, recordando el tiempo que permaneció muerto. Esta devoción,



partiendo de intuiciones y prácticas medievales y aún más antiguas, llega a su forma plena en Milán a principios del siglo XVI, cuando ese tiempo continuado de adoración se hace precisamente ante la Eucaristía.

«Esta práctica –escribe Costanzo Cargnoni– halla sus raíces profundas en la antigua costumbre cristiana de guardar abstinencia y ayuno prolongado durante los últimos días de la Semana Santa, recordando las horas en que “el cuerpo de Cristo reposó en el sepulcro” (San Agustín), y también en el uso litúrgico de adorar la Cruz, y más tarde al Crucificado. Muy pronto se añaden otras prácticas, como vigiliias de oración, a fines del siglo X, cuando a la veneración del sepulcro de Cristo se une la adoración del Santísimo Sacramento, expuesto en un altarcito especial. Consta, por ejemplo, que en Aquileya, hasta el siglo XII, se acostumbraba colocar junto a la imagen del Redentor crucificado, una custodia con el Santísimo Sacramento. Así hacen en Zara (Dalmacia), en 1214, los *Battuti* de la iglesia de San Silvestre, y allí los terciarios franciscanos continúan la costumbre en el siglo XIV. La tarde del Jueves Santo, después de una procesión, hasta mediodía del Sábado Santo, se adoraba el Cuerpo de Cristo, puesto en un ciborio cubierto de un velo, y expuesto sobre el altar como sobre un trono, recordando el sepulcro donde el Señor, según el cálculo de San Agustín, reposó precisamente cuarenta horas» (*Quarante-Heures, DSp* 1986, 2702-2703).

El Salvador, «cuarenta horas» muerto

Fijémonos, en primer lugar, en el significado de esas «Cuarenta Horas» de adoración y súplica. Ya San Agustín (+430) considera que «desde la muerte de Cristo hasta el amanecer de su resurrección hay cuarenta horas». Y después de dar sobre ello algunas razones más o menos fundadas, añade una que parece indiscutible: «Quizá alguien acertará a encontrar otras [razones] mejores que las que yo propongo, o al menos igualmente probables; pero nadie, por necio y menguado de alcances que sea, osará afirmar que estos números carecen de misterioso significado en la Escritura» (Ciudad de Dios IV,6,10; +De Trinitate 4,6).

En efecto, el viernes, a la hora de nona, a las 3 de la tarde, muere Cristo (Lc 23,44), y tres días después, al amanecer del domingo, hacia las 7 horas, resucita (Mt,28,1). Ha estado, pues, cuarenta horas muerto. Y este número, ciertamente, tiene una significación propia.

El número cuarenta, en la sagrada Escritura, puede significar sin más un largo período de tiempo, como cuando se dice que Saúl reinó cuarenta años (Hch 13,21), David cuarenta (1Cro 29,27) y Salomón cuarenta (2Cro 9,30). Pero en otras ocasiones «cuarenta» señala un tiempo largo de purificación o de abatimiento, previo a una gracia muy alta o una especial exaltación. Son cuarenta, por ejemplo, los días que dura la purificación enorme del Diluvio (Gén 7,12; 7,17). Cuarenta años dura para Israel la prueba del desierto, antes de entrar en la Tierra prometida (Dt 8,2; Núm 14,33-34; Hch 13,18). Cuarenta días y noches pasa Moisés solo en el Sinaí, en oración y ayuno, antes de recibir la Ley divina (Ex 24,18; 34,28). Cuarenta días y noches, con la fuerza del alimento misterioso que le da un ángel, camina Elías hasta el monte Horeb (1Re 19,8). Cuarenta días y noches permanece Jesús a solas en el desierto, antes de iniciar su misión pública en medio de Israel (Mc 1,13). *Cuarenta horas permanece muerto*. Y una vez resucitado, antes de ascender al cielo, se aparece a sus discípulos durante cuarenta días (Hch 1,3).

Antes nos recordaba Cargnoni los precedentes históricos de las Cuarenta Horas. Pero convendrá que conozcamos más detalladamente el desarrollo de esta preciosa devoción expiatoria, suplicante y eucarística. Me detendré bastante en el estudio de este tema no solo porque es al mismo tiempo precioso y poco conocido, sino también porque algunos estamos empeñados en su restauración. Si el Señor nos ha concedido conocer las Cuarenta Horas, estimarlas y desearlas, también nos concederá realizarlas en compañía de muchos hermanos.

Adoración de la Cruz

En realidad, ya desde muy antiguo, es sumamente venerado por los cristianos el tiempo que el Salvador del mundo permanece bajo la humillación de la muerte. Durante estas cuarenta horas tan sagradas, los cristianos de los primeros siglos ayunan, hacen penitencia, y se reúnen para velar, orando y cantando salmos. Quieren así asociarse a la Pasión redentora, pretenden participar más profundamente en la muerte del Señor, para que sea más perfecta en la liturgia de la Pascua la participación en su resurrección.



La peregrina Egeria, por ejemplo, narra en el siglo IV las celebraciones diurnas que en ese triduo santo se celebraban en Jerusalén, concretamente en la iglesia del Santo Sepulcro, y otras vigiliias nocturnas, que, como la de los viernes, eran voluntarias: «la gente que quiere y puede acostumbra a hacer la vigilia; los que no, se ausentan y vuelven a la madrugada. Los clérigos más fuertes o más jóvenes se quedan durante la noche vigilantes, recitando himnos y antifonas hasta el amanecer. Mucha gente lo pasa también en vela, unos desde la tarde, otros desde la medianoche, según pueden» (*Peregrinación* 37).

Escribe el padre Angelo de Santi: «Allí mismo [en la iglesia del Santo Sepulcro], quizá desde el tiempo de *la invención* [el hallazgo] *de la Santa Cruz* [en el siglo IV], tuvo principio el rito conmovedor de *la adoración de la Cruz*, que de allí se difundió a toda la Iglesia. La adoración de la Cruz en el Viernes Santo es atestiguada en Occidente, por ejemplo, por San Paulino de Nola (+431; *Ep.* 31: *ML* 61,329). De ahí se llega con el tiempo al rito de *la deposición de la Cruz* en ese día, para ser adorada, hasta el momento de la resurrección, en el que se alza de nuevo con alegría ante los fieles. En las primeras memorias de la liturgia papal en Roma se describe que el Pontífice *postraba* la Cruz, y que ésta, así humillada, era adorada en el *Sancta Santorum* del Laterano. Y refiere cómo él mismo la levantaba de nuevo al amanecer del día de Pascua.

Pues bien, «que los fieles se habituaron a orar más especialmente en aquellas cuarenta horas, junto al lugar donde reposaba la Cruz, parece tan natural y espontáneo que no hay casi necesidad de documentos para asegurar que así se hacía verdaderamente. Con el tiempo el lugar donde se pone la Cruz toma forma externa de sepulcro, en memoria de la tumba de Cristo, y las oraciones y salmos que allí se hacen van siendo referidas en los documentos como algo acostumbrado y practicado en varios lugares» (AdS 1917,2,469-471).

Adoración del Sepulcro

En natural transición, los fieles pasan de la adoración de la cruz durante cuarenta horas a la adoración del sepulcro, en ese mismo espacio de tiempo. En esta adoración la cruz, por supuesto, preside la representación del sepulcro. De este rito existen no pocas descripciones minuciosas en códices medievales.

Así San Dunstano, arzobispo de Canterbury (+988), en su *Regularis concordia*, prescribe: El Viernes santo, «al celebrar la deposición del cuerpo de nuestro Salvador, haciendo nuestra la costumbre, digna de imitación, de algunos religiosos», hemos de hacer así: «dispóngase una cierta imitación del sepulcro cubierto con un velo, bajo el cual ha de ponerse la cruz, que ya fue adorada, envuelta en una sábana». Y describe el rito: «custódiese en tal lugar la santa cruz con toda reverencia hasta la noche del domingo de resurrección. Durante la noche, sean destinados dos o tres o más hermanos, si la congregación es numerosa, para guardar fielmente las vigiliias, cantando salmos» (*ML* 137,493). Y en el amanecer de la Pascua la cruz sea retirada de ese lugar con toda solemnidad, para celebrar el rito litúrgico de la Resurrección.

De modo semejante, Juan Beleth, escritor del siglo XII, testigo fiel de las antiguas costumbres litúrgicas, refiere que el Viernes santo, después de la adoración de la cruz,

«se debe deponer el crucifijo en su lugar y hacer ante él incesantes oraciones, con preces y salmos, en las que han de tomar parte sucesivamente todo el clero, *hasta la hora de la mañana de la Pascua*, cuando el Señor resucita» (*Ration. div. off.* cp. 98: *cfr.* AdS 1917,2: 470).

Adoración de la Eucaristía

Las Cuarenta Horas renacentistas tienen muchos precedentes en la tradición piadosa anterior. Recordaré aquí solamente dos:

–Zara. Antes de 1214, en Zara, ciudad dálmata, durante los tres últimos días de la Semana Santa, una cofradía celebraba en la iglesia de San Silvestre, ante el sepulcro que contenía el Santísimo, una oratio quadraginta horarum. Y el éxito popular de esta devoción se muestra en que otra cofradía de la misma ciudad, en la iglesia de San Miguel, hace suya esa devoción, e incluso la practica también fuera de la Semana Santa.

En efecto, con ocasión de una peste, en 1304, esta cofradía celebra las Cuarenta Horas para conseguir de Dios que pase esa calamidad. «Quizá sea éste –escribe De Santi– el primer caso de



una oración de cuarenta horas celebrada como piadoso ejercicio propio, independiente de las funciones litúrgicas de la Pasión, en el que se mantiene la idea de *perseverar orando ante el Santísimo Sacramento por ese espacio de tiempo, en memoria de Jesús yacente en el sepulcro, dando además a esa oración un sentido netamente expiatorio*» (AdS 1917,2: 474). Los Terciarios franciscanos de Zara prolongan en 1439 esa misma devoción, y forman una Cofradía *in Coena Domini* de las cuarenta horas (Aniceto Chiappini, 376-378).

–Aquileya. Si hasta el siglo X se acostumbra adorar solamente la Cruz, ya en el XII, para mayor viveza, se presta adoración al Crucifijo. Y más aún, como observa De Santi, en la primera mitad quizá del siglo XV, «para mayor realismo todavía, en el rito de la basílica de Aquileya [cerca de Venecia], se colocan las sagradas especies eucarísticas sobre el costado mismo del Crucifijo, dentro de una caja preciosa (teca) envuelta en un velo delicado. Llega así a ser bastante común colocar en el sepulcro junto a la cruz también la Eucaristía, y a partir de fines del siglo XV, solo la Eucaristía.

«Puede decirse que casi todas las iglesias siguieron esa práctica durante siglos. Y esa hermosa costumbre todavía se conserva en muchas diócesis, especialmente en la Europa septentrional y en los antiguos dominios de Venecia, como también en el rito ambrosiano [de Milán]... ¿No es éste el remoto origen de la oración de las Cuarenta Horas? (AdS 1917,2: 471-472).

1527: el agustino Antonio Bellotto en el Santo Sepulcro de Milán

Nos acercamos ya a los orígenes más precisos de las Cuarenta Horas en su forma moderna plena. El saqueo de Roma bajo las tropas del emperador Carlos V se produce el 1 de mayo de 1527. Corren tiempos terribles en Italia, guerras extremadamente crueles, incendios, muertes, hambre. Cunde el espanto y la desolación. Muchas iglesias de la región suplican la misericordia de Dios con plegarias y procesiones penitenciales.

En Milán, Antonio Bellotto (+1528), agustino de gran celo apostólico, que ha formado asociaciones seglares para superar el paganismo renacentista, predicando en la iglesia del Santo Sepulcro, instituye en 1527 una cofradía, la *Scuola di Santo Sepulcro*, en la que hombres y mujeres se unen para la oración expiatoria y suplicante.

La basílica del Santo Sepulcro, sede de la *Scuola*, era y es en Milán sumamente venerable. Construida sobre la antigua iglesia de la Trinidad, a imitación de la del Santo Sepulcro en Jerusalén, había sido consagrada en 1100 por el Arzobispo de Milán, Anselmo di Buis, al regresar de una Cruzada en Tierra Santa.

Los hombres de la cofradía del Santo Sepulcro se reúnen cada día en el oratorio para rezar los siete salmos penitenciales, la letanía de los santos y otras oraciones, y se comprometen también a confesarse y comulgar en los domingos y fiestas, y a conservar siempre encendida la lámpara del Santísimo. Las mujeres se juntan en la iglesia los viernes para rezar unas oraciones comunes y para la comunión. Nótese que esta práctica de la comunión semanal era muy infrecuente en el siglo XVI.

La cofradía se obliga también a celebrar la oración de las Cuarenta Horas en el triduo de la Semana Santa, adorando al Cristo eucarístico puesto en el sepulcro, según el uso local de la liturgia ambrosiana, y otras tres veces, en Navidad, la Asunción y Pentecostés.

Puede afirmarse, pues, que la cuna de las Cuarenta Horas, en su forma plena, que pronto irradiará a toda la Iglesia, se halla en 1527 en la iglesia de la Santísima Trinidad y del Santo Sepulcro en Milán (AdS 1917,2: 475-479).

1529: el dominico Tomás Nieto en el Duomo de Milán

Italia sigue asolada por guerras, hambres y pestes. Y en 1529, predica en el Duomo de Milán un dominico español, el padre Tomás Nieto, que convoca a tres procesiones penitenciales en los días 16 al 18 de abril. La Iglesia en Milán, una vez más, busca la paz y la salvación en Cristo Salvador con oraciones y penitencias.



En la misa del viernes 16, en honor de la santa Cruz, fray Tomás pide la misericordia del Crucificado. En la del sábado 17, dedicada a la Virgen, invoca la compasión de la Madre de los cristianos. Y el 18, domingo, celebra la misa del Espíritu Santo. Son ya ese día unos cuarenta mil los fieles asistentes, y para encauzar el gran fervor popular, organiza una procesión penitencial con el Santísimo desde el Duomo hasta la iglesia de San Ambrosio y vuelta al Duomo. Gran novedad, pues hasta entonces no existía otra procesión con la Eucaristía que la del Corpus. Ese domingo predicó fray Tomás sobre la Eucaristía con muy grande fervor.

Poco después, en la octava del Corpus Christi, concretamente el domingo 20 de mayo, algunos hermanos de la Escuela del Santo Sepulcro sugieren a fray Tomás que se celebre en varias de las iglesias de Milán la oración de las Cuarenta Horas ante el Santísimo, como ellos la venían practicando en su iglesia. Fray Tomás aprueba la idea con entusiasmo y propone realizarla en todas las iglesias durante los tres últimos días de la octava del Corpus. La iniciativa tuvo una extraordinaria acogida.

Según la crónica de un comerciante de Milán, Gianmarco Burigozzo, muchos feligreses se pusieron de acuerdo para hacer «*oración durante cuarenta horas continuas*. Se organizaron para que cada vez hubiera tres o cuatro fieles, que permanecieran tres o cuatro horas; otro grupo después, otras tres o cuatro horas. Y así se organizaron para orar durante cuarenta horas. Cada uno permanecía su tiempo señalado, y lo más que estaban eran cinco horas» (AdS 1917,3: 41).

El dominico Tomás Nieto, sigue informando Burigozzo, sostenía los ánimos con frecuentes predicaciones. A aquellos fieles tan angustiados por las calamidades públicas que les rodeaban «les decía que Dios era el que lo sabe todo, que ha de ponerse toda la esperanza en la gracia de Dios, porque de Él únicamente se ha de esperar tanto la salud del alma como la del cuerpo. Y con otras consideraciones semejantes, llevaba a todos a Dios» (ib. 43).

1537: Paulo III aprueba las Cuarenta Horas milanesas

Después de unos pocos años de precaria paz, en 1537 surgen de nuevo graves revueltas en Milán por la sucesión del Duque Sforza (+1536), al mismo tiempo que el rey de Francia con su ejército atraviesa los Alpes y avanza hacia Milán. Más aún, toda la cristiandad sufre la separación cismática de Inglaterra y la amenaza renovada de las invasiones turcas. Son tiempos muy dolorosos.

Ante tantos males, los hermanos de la Escuela del Santo Sepulcro proponen y consiguen que las Cuarenta Horas se celebren incesantemente, en turnos sucesivos, en todas las iglesias de Milán. El Vicario arzobispal designa el orden, para que todas celebren por turno las Cuarenta Horas.

Esta devoción milanesa florece de tal modo que el Papa Paulo III aprueba con entusiasmo en un Breve de 1537 las Cuarenta Horas y concede indulgencias a quienes las practiquen. Es el primer documento pontificio sobre esta devoción, y será reiterado en documentos de otros Papas posteriores.

Declara el Paulo III que el Vicario arzobispal, «a petición de los ciudadanos de Milán, para aplacar la ira de Dios excitada contra los cristianos por sus delitos, y para desbaratar las armas y los ataques de los turcos contra los cristianos, ha establecido, entre otras obras piadosas, que *todos los fieles hagan oraciones y preces de día y de noche ante el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo*, de modo que en todas las iglesias de la ciudad, según el orden señalado por el mismo Vicario, esas oraciones y preces sean elevadas por los fieles *durante cuarenta horas continuas*, en celebraciones sucesivas, hasta que se realicen éstas en todas las iglesias de la ciudad» (AdS 1917,3: 234-235). Fue, por cierto, Monseñor Aquiles Ratti (1857-1939), el futuro Pío XI, en su estudio *Contribuzione alla storia eucaristica di Milano*, el primero en publicar este Breve de Paulo III (ib. 237).

El Papa atribuye la difusión de las Cuarenta Horas «a la petición de los ciudadanos de Milán». Y habría que recordar también, como sabemos, la iniciativa de la ferviente Escuela del Santo Sepulcro.

San Antonio Maria Zaccaria y los Barnabitas



Nacido en una familia noble de Cremona, el sacerdote Antonio Maria Zaccaria (1502-1539) forma en Milán la congregación de los Clérigos regulares de San Pablo, conocidos como barnabitas, por tener a su cargo la iglesia de San Bernabé. También funda una congregación femenina, que fue llamada de las angélicas, y diversas asociaciones para promover la santidad entre los laicos.

Los barnabitas, con gran pobreza y mortificación, se dedicaban a la predicación en iglesias, calles o plazas, a la catequesis, y al apostolado en todas partes. Fomentaban especialmente la devoción al Crucifijo y a la santísima Eucaristía. Por esos años, eran sin duda la mayor fuerza espiritual de Milán.

Pues bien, Zaccaria impulsa en 1534 la celebración solemne de las Cuarenta Horas, colocando el Santísimo en un trono sobre el altar. Por eso hoy muchos le consideran el fundador de esta santa devoción, y reconocen en los barnabitas sus principales difusores (E. Caspani, Antoine-Marie Zaccaria, en DSp I, 722).

José de Ferno y los Capuchinos

El capuchino José de Ferno (1485-1556), muy amigo de los barnabitas, ha de considerarse también como uno de los promotores primeros y más fervientes de las Cuarenta Horas. Destinado a Milán por la recién nacida orden capuchina, es un gran predicador popular que promueve con entusiasmo esta devoción oracional y eucarística. Él es, sin duda, su principal difusor en Milán y Pavía y en muchos lugares de Italia.

Su única obra impresa se titula precisamente *Metodo ossia istruzioni sul modo da tenersi per celebrare divotamente e con frutto l'orazione delle Quarantore* (Milán 1571).

El cronista Matías Bellintani (+1611), también capuchino y promotor de las Cuarenta Horas, cuenta que el padre José de Ferno las organizaba en *los tres primeros días de la Semana Santa*, en memoria de la Pasión del Señor y para preparar bien la celebración del Triduo pascual. Y refiere también que durante las Cuarenta Horas, el padre de Ferno predicaba un sermón cada hora, día y noche, sin apenas separarse nunca del altar, y permaneciendo los tres días en ayuno total.

Podemos recordar, a modo de ejemplo, la misión del padre de Ferno en la ciudad italiana del Burgo del Santo Sepulcro, en 1538. La ciudad padecía en ese momento graves discordias internas. Era preciso y urgente implorar de Dios la paz.

«Habiendo dado él orden de comenzar en el día de San Juan Bautista *la oración de las cuarenta horas, en honor de la muerte salvífica de Jesucristo, nuestro dulcísimo Salvador, que estuvo muerto según se cree cuarenta horas*, inspiró la divina Bondad –mientras se estaba haciendo esa oración– el modo de hacer una paz universal para toda la ciudad. Se propuso al Consejo general, y fue aceptado unánimemente por todos los consejeros, sin discrepancia de ninguno. Y antes de un mes se concluían y hacían las paces entre todos. Para dar gracias a Dios por un beneficio tan grande... el Consejo estableció que *en adelante todos los años*, en ese mismo tiempo y a perpetuidad... *se hiciera la dicha oración de las Cuarenta horas* con toda devoción para honor de Dios, salud de las almas y conservación de la paz en esa ciudad» (AdS 1918,1, 305-306).

El entusiasmo por las Cuarenta Horas suscitado por los capuchinos en el pueblo cristiano era tan grande que por esos años se introdujo en Brescia la costumbre de celebrarlas mensualmente, al principio de cada mes.

Y en Verona se formó en agosto de 1571 un *Colegio de 300 cofrades* que se comprometieron a celebrar solemnemente las Cuarenta Horas antes de cada domingo primero de mes. Uno de los favores pretendidos de la gracia de Dios era justamente la victoria contra los turcos, que se obtuvo en octubre de ese año, en la batalla de Lepanto. Más tarde, en 1577, se acostumbró en Verona *celebrar las Cuarenta Horas cuatro veces al año*.

A juicio del padre De Santi, «debe reconocerse a la Orden de los capuchinos el honor de haber sido los más solícitos, fervientes, eficaces y afortunados promotores de las Cuarenta Horas en la Iglesia de Dios» (1917,4: 420).



Pero también la Compañía de Jesús puso gran empeño en la difusión de las Cuarenta Horas. En Venecia, por ejemplo, en 1584, por iniciativa de los seglares que con ellos trataban, establecieron una Compañía de las 40 horas, con el modesto intento de reunirse cada año el triduo precedente al domingo de Sexagésima en oración continua durante cuarenta horas, día y noche, «para recordar la santa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y para conmemorar aquellas 40 horas que su sacratísimo Cuerpo permaneció en el sepulcro» (AdS 1918,1: 314-315).

San Felipe Neri y los oratorianos en Roma

El arraigo en Roma por esos años de las Cuarenta Horas se debe principalmente a San Felipe Neri (1515-1595) y a sus compañeros del Oratorio. Sabemos cómo éste se caracteriza por la instrucción, la oración, la alegría y el culto bien cuidado.

El Santo, efectivamente, dedica «una atención muy especial al *culto eucarístico*: la misa –de la que queda el recuerdo emocionante y asombroso de sus celebraciones en privado–; la comunión frecuente, aunque no diaria; la adoración del Santísimo Sacramento, sobre todo en la práctica de las Cuarenta Horas –el Oratorio fue uno de sus más eficaces promotores–» (Antonio Cistellini, *DSP* 1982: 11,860).

Cuando todavía era joven, San Felipe funda en Roma, en 1548, la Cofradía de la Santísima Trinidad de los Peregrinos, y en el libro de las Constituciones (XV) prescribe la celebración mensual de las Cuarenta Horas:

«Perseverando en la frecuentación de este Santísimo Sacramento, es preciso perseverar también en las santas oraciones... Y para mayor culto, devoción y fervor de esta santa oración... queda establecido que *cada mes*, por las necesidades de nuestros hermanos, se celebre solemnemente *una oración continua, al menos de tres días, en memoria de la pasión y sepultura de nuestro Señor Jesucristo*... Para tal oración debe tenerse un devoto oratorio en el cual, durante el tiempo de esa oración, se debe conservar la sacratísima Hostia de nuestro sacrificio: y así se adore a nuestro Señor Jesucristo y se haga memoria de su santísima pasión. Y en *los tres días antes de la Pascua* ha de hacerse esta santa oración con mayor solemnidad y devoción, comenzando en el jueves santo, después de la acostumbrada comunión» (AdS 1917,4, 515).

Bacci, en su Vida de San Felipe Neri, cuenta cómo el Santo, todavía muy joven, cuando se celebraban las Cuarenta Horas, hacía cada hora una breve exhortación:

«Después, mientras duraba la oración, Felipe normalmente no se retiraba nunca. Velaba toda la noche, e iba llamando a cada uno cuando le llegaba la hora asignada. Y cuando la hora concluía, avisaba a los que tenían que dejar paso a los siguientes. Con una campanilla, tocaba la señal, diciendo: "Ánimo, hermanos, ha terminado la hora; pero no ha terminado el tiempo de hacer el bien"» (ib. 516).

La Cofradía de la Oración y de la Muerte

También por esos años, otra hermandad romana, la Cofradía de la Muerte fundada en 1538, animada por un capuchino, comienza a partir de 1551 a impulsar la celebración de las Cuarenta Horas, hasta el punto de que los hermanos cofrades deciden celebrarla los terceros domingos de todos los meses (AdS 1917,4: 516).

En 1551, Julio III aprueba sus Estatutos, dándoles el nuevo nombre de *Cofradía de la Oración y de la Muerte*. Y Pío IV, en una Bula de 1560, aprueba y concede indulgencias a la Cofradía en referencia al uso de celebrar las Cuarenta Horas el penúltimo domingo de cada mes, y concede especiales indulgencias a los hermanos que velan precisamente en las horas de la primera o de la segunda noche.

San Carlos Borromeo en Milán da forma a las Cuarenta Horas

El santo Arzobispo de Milán, Carlos Borromeo (1538-1584), digno sucesor de San Ambrosio, tenía una especial devoción por la iglesia del Santo Sepulcro, situada en medio de la ciudad. Y reconocía



que en ella, mientras estaba «perdida la disciplina del clero y depravadas las costumbres del pueblo», se había mantenido siempre un núcleo de personas muy santas. No tenía, pues, nada de extraño que allí hubieran nacido las Cuarenta Horas en 1527. Pues bien, en esa iglesia fundó San Carlos a los Oblatos de San Ambrosio, hoy de San Carlos, y estableció su sede central.

El Arzobispo de Milán, por otra parte, sabía perfectamente que la oleada de males procedentes del paganismo renacentista y de la escisión protestante –netamente antieucarística–, no podía ser vencida sino por tres medios principales: la penitencia, la oración y la devoción a la Eucaristía.

A procurar la primera, es decir, la conversión de costumbres de clero, laicos y religiosos, dedicó con toda su alma sus empeños pastorales. Nunca le detuvo el temor a hacerse impopular, y de hecho se enfrentó en graves cuestiones con todos los estamentos de la Iglesia local.

Solo un ejemplo. Aplicar la reforma tridentina a una buena parte de los religiosos, que ni de lejos cumplían su regla, era tarea sumamente arriesgada; pero, aunque llegó a sufrir por ello algún atentado con arma de fuego, no por eso desistió: y «de los noventa conventos de religiosos existentes en la Diócesis tuvieron que ser suprimidos veinte, y algunos de los que quedaron estuvieron al principio en abierta rebeldía. Dos de las tías de Carlos –hermanas del Papa Pío IV– fueron de las que más protestaron» (Margaret Yeo, *San Carlos Borromeo*, Castilla, Madrid 1962,195).

En segundo lugar, por lo que se refiere a la oración, San Carlos era extremadamente orante, y sabía bien que males tan graves de la Iglesia y del mundo solo por la oración podían ser superados. Y más concretamente, y en tercer lugar, por medio de la devoción eucarística.

«Borromeo oraba, recitaba su breviario siempre de rodillas sobre el suelo desnudo, la cabeza descubierta, sin ningún apoyo, pronunciando las palabras con voz clara y destacando las sílabas. Antes de celebrar la misa se preparaba largo tiempo y habitualmente se confesaba... Su devoción profunda a la Eucaristía se manifestaba especialmente en las adoraciones de las Cuarenta Horas, en la institución de cofradías del Santísimo Sacramento, en la exposición y procesión de tres domingos cada mes en todas las parroquias, en la celebración solemne del Corpus Christi y de su octava, en fin, en sus ordenanzas para que el sagrario se mantuviera decente y adornado. Personalmente, pasaba muchas horas, de día o de noche, arrodillado ante el sagrario, tanto como su vida activa se lo permitía, insensible al frío o al calor» (Carlo Castiglione, *DSp* I,698).

Todos estos rasgos del santo Arzobispo de Milán nos hacen comprender bien por qué quiso Dios que fuera San Carlos el configurador principal de las Cuarenta Horas, y el que con su inmenso prestigio más influyó en su difusión a toda la Iglesia católica.

Celebrado el IV Concilio provincial de Milán, publica San Carlos en 1577 una *Avvertenza per l'Oratio delle Quaranta Hore*. Esta devoción, que en la Diócesis ya tenía medio siglo de vida y que había cobrado un gran arraigo en la vida eclesial, no siempre estaba libre de excesos, y necesitaba ciertamente ser regulada.

En efecto, San Carlos dispone en sus *Avvertencias* que la capilla donde se exponga el Santísimo sea adornada con sumo esmero, dejándose en penumbra, sin más luces que las puestas en honor de la Eucaristía, «para acompañar así el sentido de esta Oración y estimular más la devoción». Durante las Cuarenta Horas ha de haber siempre adoradores, día y noche, los hombres separados de las mujeres; pero éstas no deben asistir de noche. Recomienda el santo Arzobispo que se deje a la vista unas oraciones apropiadas a esa devoción, en las que se aluda a las aflicciones que se sufren en el presente. Y también aconseja que de vez en cuando se haga alguna breve exhortación, pero no en forma de sermón.

Por otra parte, el Santísimo «ha de colocarse sobre el altar mayor, con un velo de seda que cubra la custodia, suficientemente amplio como para que llegue en dos alas a las dos esquinas del altar, la del Evangelio y la de la Epístola». En el VI Concilio provincial de 1583, permite el Arzobispo exponer el Santísimo sin velo durante las Cuarenta Horas, costumbre que se iba generalizando ya en esos años.



San Carlos ha de considerarse, sin duda, el organizador eclesial de las Cuarenta Horas, pues sus determinaciones –muchas tomadas de las costumbres piadosas ya en uso– fueron ejemplo para otras Iglesias locales y, como veremos, a través de las normas de Roma, también para la Iglesia universal.

Él entendía muy bien la naturaleza profunda de esta santa devoción, tan conforme a su propia devoción personal. En una *Ordinazione* de 1582, recomendando a los párrocos instruir a los fieles en el sentido de las Cuarenta Horas, les decía:

«Hacedles ver qué útil y fructuosa es esta oración, qué necesaria es para las actuales necesidades nuestras y de la santa Iglesia, tan duramente impugnada desde todos los lados, y cómo *esta oración de las Cuarenta Horas procede ya de la antigüedad, cuando los fieles velaban de noche haciendo oración y cantando salmos, especialmente cuando hacían memoria de la Pasión de Nuestro Señor, y precisamente durante cuarenta horas, como cuarenta horas pasó Él en el sepulcro*» (*AdS* 1917, 4,508).

San Carlos Borromeo y la Hora Santa

Como no siempre es posible celebrar las Cuarenta Horas en su forma plena, por eso, desde su inicio, se van estableciendo con el mismo espíritu otras costumbres más fáciles de adorar al Señor en la Eucaristía. Se acostumbra, por ejemplo, exponer el Santísimo a lo largo de un día o de dos; o bien cinco horas, siete o nueve. Los capuchinos, concretamente, difundieron mucho la adoración de cinco horas en relación devota a las Cinco Llagas de Cristo.

Entre todas estas costumbres, la Hora santa es la que estaba llamada a adquirir más arraigo en la vida de las parroquias. En Milán, bajo la orientación igualmente de San Carlos, se establece para ocasiones especiales esta oración de una hora, a la que todas las iglesias de la diócesis han de unirse, cada una de ellas a la hora que se le asigne, de tal modo que en una u otra iglesia, de día y de noche, siempre hubiera fieles orando ante el Santísimo Sacramento.

Sobre todo con ocasión de graves males o peligros, los fieles eran convocados a esta forma de oración, a la que se le daba el nombre de «oración incesante», *oratio sine intermissione*, en referencia a la exhortación de Cristo (Lc 18,1; 21,36; 24,53; Hch 12,5). San Carlos, para motivar con fuerza esta oración extraordinaria, en Carta pastoral de 1573, aduce expresamente estas urgentes razones: apoyar en sus guerras al Rey católico, suplicar por la Iglesia respecto de infieles, herejes y malos cristianos, procurar el bien público de la sociedad, pedir por la reforma de costumbres del pueblo, y aplacar a Dios, ofendido por tantos pecados.

También aquí, en la regulación de estas Horas santas, se manifiesta el genio práctico y litúrgico del gran San Carlos.

Reunido el pueblo en la iglesia ante el Santísimo, en primer lugar se le ha de recordar las urgentes razones por las que allí se congrega ante el Salvador. En seguida se cantan los salmos penitenciales *Miserere mei Deus* y *Exaudi te Domine*, con otras preces y oraciones litúrgicas. Después se guarda un rato largo de oración silenciosa, meditativa o vocal, según la devoción de cada uno. Para concluir la Hora santa, se reza el *O sacrum convivium*, la oración *Deus qui nobis*, se da la Bendición con el Santísimo y se hace finalmente la reserva (*AdS ib.* 513). De San Carlos, pues, viene la costumbre de orar en las exposiciones del Santísimo Sacramento estas dos oraciones, que, entre otras, siguen siendo ofrecidas por el vigente *Ritual del culto a la Eucaristía fuera de la Misa* (n.99 y 194) junto a otras posibles (195-223):

O sacrum convivium, antífona: «Oh sagrado banquete, en que el que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura».

Deus qui nobis, oración: «Oh Dios, que en este sacramento admirable, nos dejaste el memorial de tu Pasión; te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención. Tú, que vives y reinas».



Grande fue, grande es San Carlos: iruega por nosotros!

1592: Clemente VIII y la encíclica *Graves et diuturnæ*

El Papa Clemente VIII, en la encíclica *Graves et diuturnæ* de 1592, considera «las graves y continuas calamidades que crecen más y más cada día en la república cristiana, como castigos de los pecados». Recuerda la guerra civil terrible que padece Francia, cómo aumenta el incendio de la herejía en torno a la Iglesia, acosada de un lado por los turcos y de otro por los herejes. Y concluye:

«es a todos manifiesto que *es vana cualquier obra humana para superar males tan graves*, y que son vanos los trabajos e impotentes las fuerzas, si no se ven ayudadas por *el auxilio divino de la gracia celeste*. Ahora bien, para conseguir esta gracia es imprescindible acudir a *la oración...*, que cuando está hecha con un corazón contrito y un espíritu humillado, llega al cielo, suaviza la ira divina, aparta las plagas y los azotes, e implora la abundancia de la misericordia divina. Por eso los Santos Padres le llaman *la llave del cielo*, porque cuando la oración asciende, desciende la misericordia de Dios, y esto sucede tanto más fácil y abundantemente cuanto mayor es la asamblea de fieles y personas de bien que, unidas por el vínculo de una misma caridad, ofrecen oraciones continuas» (*AdS 1917,4: 518*).

El Papa, pues, poniendo en práctica ese diagnóstico humilde y verdadero, acude al tratamiento proporcionado, y ordena que se establezca públicamente en Roma «la oración incesante (*sine intermissione*)», celebrando por su orden «la piadosa y saludable oración de las cuarenta horas» en las basílicas patriarcales... y en todas las iglesias... de modo que «día y noche, en todos los lugares y a lo largo de todo el año se alce al Señor, sin interrupción alguna, el incienso de la oración».

Merece la pena reproducir, aunque sea en extracto, la oración que en ese documento hace Clemente VIII para dar el espíritu de esta preciosa devoción. Es un eco fiel de las más hermosas oraciones de la Biblia y de la antigua tradición de la Iglesia:

«Todos somos pobres y tenemos necesidad de la gracia de Dios. El Autor y el donador de todos los bienes es Dios: sin Él ningún bien podemos obtener, ningún mal podemos evitar. Por eso *pedid*, pues, y *recibiréis*; *llamad* y *se os abrirá*.

«Orad por la santa Iglesia católica, para que disipados los errores, se propague en todo el mundo la verdad de la única fe.

«Orad por los pecadores, para que se conviertan y no sean envueltos en las olas del pecado, sino que se salven con la tabla de la penitencia.

«Orad por la paz y la unidad de los reyes y de los cristianos.

«Orad por el angustiado reino de Francia, para que Aquél que domina sobre todos los reinos y a cuya voluntad nada puede resistirse, vuelva aquel reino cristianísimo y tan benemérito a la antigua piedad y a la perdida tranquilidad.

«Orad para que la diestra de Dios omnipotente venza a los terribles enemigos de la fe, los turcos, que encendidos de furor y de audacia no cesan en su amenaza de esclavizar y arruinar a todos los cristianos.

«Orad, en fin, por Nos mismo, para que Dios sostenga nuestra debilidad y no sucumbamos bajo tanto peso, sino que nos conceda aprovechar al pueblo Suyo con la palabra y el ejemplo, cumpliendo la obra de nuestro ministerio, de modo que con el pueblo que nos ha sido confiado, sin mérito alguno de nuestra parte, podamos alcanzar la vida eterna, purificados por la Sangre del Cordero inmaculado, que ofrecemos y presentamos a Dios Padre en el altar, seamos guardados en la presencia de su Cristo y perdonados de nuestros pecados, con la intercesión de nuestra abogada la Santísima Virgen Madre de Dios y la de todos los santos que reinan con Cristo» (*ib. 519*).

1592: Instrucción sobre las Cuarenta Horas



En la misma fecha, se publica una Instrucción para hacer la Oración continua de las XXXX horas. Muchas de sus normas vienen a confirmar las dispuestas por San Carlos Borromeo unos quince años antes en Milán. Recordaré algunas de ellas, abreviándolas:

2.- El Párroco haga una distribución de todas las casas de la parroquia, de modo que nunca falten asistentes en la Oración. 3.- Las mujeres asistirán solo de día, hasta la puesta del sol. 5.- El altar mayor, sobre el que ha de exponerse el Santísimo Sacramento en la custodia, sea adornado lo más solemnemente posible... Para que destaque más el Santísimo iluminado, déjese el resto en penumbra, para que dé mayor devoción... Sobre el altar póngase un escabel de madera, bien forrado de seda, y un corporal, bajo el Santísimo. Un velo grande cubra la custodia, y sus extremos lleguen a las dos esquinas del altar, como dos alas. 10.- Los cofrades del Santísimo Sacramento se intercambiarán de hora en hora, o como se pueda, y procuren estar siempre de rodillas, para dar buen ejemplo a los otros que vengan a la Oración. 11.- Un reloj de arena señale el fin de la hora. 13.- Dos horas antes del momento de comenzar esta santa Oración, suenen las campanas con tres toques de fiesta para convocar a todos a la Procesión, que debe hacerse una hora antes de que termine la Oración en la iglesia antecedente. 20.- Regresada la Procesión, póngase el Santísimo Sacramento en el altar mayor. 21.- Incensado el Santísimo tres veces por el sacerdote arrodillado, cántense las Letanías, récense los versos, responsorios y oraciones impresas, como al comienzo de la Oración. 22.- En el altar donde está expuesto el Santísimo Sacramento no se celebre misa, y no se haga colecta en la iglesia. 23.- Terminadas las Cuarenta Horas, suenen las campanas como antes para convocar de nuevo la Procesión. 24.- Rezadas las Letanías y oraciones, e incensado el Santísimo, desvelado éste, se dé con él la Bendición al pueblo. 25.- Procúrese hacer algún sermón breve, en los momentos en que la asistencia es más numerosa, para estimular la oración de los orantes. 26.- Mientras en una iglesia de la ciudad se celebre esta Oración, no se haga en otra iglesia, al menos sin licencia. 29.- Durante la noche, la iglesia ha de estar cerrada, y se abra solo uno a uno a los orantes (AdS 1918,4: 293-295).

7. Difusión de las Cuarenta Horas

Apoyo continuo de los Papas

A la Encíclica e Instrucción citadas ya de Clemente VIII se remitieron otros documentos pontificios posteriores en los que los Papas seguían recomendando encarecidamente las Cuarenta Horas. Así, por ejemplo, Paulo V, en el breve Cum felicis recordationis de 1606, y Urbano VIII, en la encíclica Aeternus rerum Conditor de 1623, en la que impone a todas las iglesias del mundo la celebración de las Cuarenta Horas (Chiappini 378).

La Sagrada Congregación de los Obispos, en 1657, recuerda que si no hay *continuidad, día y noche*, en las Cuarenta Horas, no se ganan sus indulgencias. Pero más tarde, en 1724 y en 1746, se suavizan algo estas exigencias, cuando por «gravísimas razones» no sea posible hacer la adoración cuarenta horas en forma continua.

Por otra parte, la Congregación de los Ritos en 1661 decreta que *las Cuarenta Horas han de suspenderse durante el Triduo Pascual* (AdS 1918,4: 292). Tampoco hoy permite la Iglesia que se dé culto público a la Eucaristía a partir de la noche del Jueves santo.

Difusión en la Iglesia

La oración eucarística de las Cuarenta Horas se extendió rápidamente desde Milán, en 1537, y otras ciudades italianas, a París en 1574, a Lyon en 1576, a Roma en 1592, a Annemasse y a Thonon en 1597-1598, por iniciativa de San Francisco de Sales; a Bruselas en 1624. Los Frailes Menores, por encargo de Urbano VIII, mediante un Breve de 1624, las difunden en España (Chiappini 378).

Esta devoción se extiende también a Hispanoamérica, a los Países Bajos, Alemania, Polonia y a todas las naciones cristianas. En los Estados Unidos, las Cuarenta Horas, introducidas a mediados del siglo XIX por el obispo Neumann, fueron establecidas para toda la nación en el Concilio plenario de Baltimore, en 1875 (Cargnoni 2722).



Las Cuarenta Horas en Roma

En la difusión universal de las Cuarenta Horas tuvo una importancia decisiva el hecho providencial de que Dios quiso que arraigase esta devoción muy especialmente en Roma, como hemos visto, ya desde los años de San Felipe Neri. Las iglesias de Roma, durante siglos, fueron muy fieles a la continuidad, día y noche, de esta adoración. Y en este sentido fue siempre Roma espejo perfecto y universal del culto de las Cuarenta Horas.

Piazza, en su *Opere pie di Roma* (1709²), describe cómo en Roma durante todo el año, en una u otra iglesia, se celebraban incesantemente las Cuarenta Horas, «con tal orden y norma, que puede sin duda servir de norma a toda la Cristiandad, por la devoción de los fieles, el ornato acostumbrado, la majestad del culto divino, la asistencia de los sagrados ministros, la frecuencia continua del pueblo, la magnificencia de las luces, el sagrado silencio y la larga oración de los asistentes, de modo que todo el año, no hay hora del día o de la noche en que no se vean en las iglesias personas de toda condición... Cardenales, Prelados, Príncipes, damas, caballeros, nobles, campesinos, artesanos, comerciantes, cargadores, pobres miserables, que quitan horas a sus trabajos en las horas del día o de la noche, para dedicarse a alabar, bendecir y agradecer con actos de humildísima devoción al Señor y Dios, a su permanente y generoso Benefactor, que se hace especialmente presente en los sagrados templos... Es ésta la devoción más famosa y frecuentada de Roma... Es la Obra más gloriosa y ejemplar de Roma, siempre continuada por la Misericordia especial del Señor» (AdS 1919,2: 124-125).

Un sacerdote del Vicariato romano señalaba para cada día del año –a partir del domingo primero de Adviento, en dos giros de seis meses–, la iglesia en la que había de celebrarse incesantemente las Cuarenta Horas.

La iglesia señalada permanecía abierta hasta bien entrada la noche, hacia las veinte horas, y después, a puerta cerrada, permanecía expuesto el Santísimo Sacramento, sin que nunca faltasen adoradores, previamente comprometidos para ello, hasta las cinco de la mañana, hora en que de nuevo se abría el templo.

En Carnaval

Las Cuarenta Horas, en la segunda mitad del XVI, se celebran en algunos lugares antes de iniciarse la Cuaresma, con un sentido de reparación por los pecados cometidos en esos días de Carnaval y como preparación inmediata al penitente tiempo cuaresmal (AdS 1918,2: 22). Recordemos en esto que las tres estaciones de San Gregorio Magno, suplicantes y penitenciales, también tenían lugar antes de comenzar la Cuaresma.

Esta celebración de las Cuarenta Horas durante el Carnaval, con una motivación netamente reparadora, fue costumbre promovida especialmente por la Compañía de Jesús siguiendo, según parece, indicaciones hechas por San Ignacio en su lecho de muerte. Esta santa práctica venía a ser así como un eco del «contra-carnaval» promovido por Savonarola en Florencia (+1497) y continuado por los dominicos que seguían su inspiración.

La *Compagnia dei Sacconi* (de los encapuchados) de Viterbo, fundada en 1636 por Santa Jacinta de Mariscotti (+1640), tenía por fin ayudar a bien morir a los fieles. Y en sus Estatutos, compuestos por los mismos cofrades, añadió la Santa algunos ejercicios obligatorios para los últimos días de Carnaval –procesiones, visitas a iglesias, etc.–, y entre ellos también las Cuarenta Horas.

La oración expiatoria en el Carnaval, efectivamente, es practicada en no pocos ambientes espirituales. De E. Glotin (384) recojo varios de los datos que siguen:

El dolor de Jesús por los desórdenes del Carnaval y el deseo de prodigarle precisamente en esos días una ternura silenciosa aparece ya en Santa Catalina de Siena (+1380; martes, último día del Carnaval, 1367) y en Santa Gertrudis de Helfta (+1301, *Legatus* 2,14). Santa Catalina de Ricci (+1589) entra en éxtasis durante el Carnaval de 1548, como transformada en el Cristo coronado de espinas, «para aplacar a Dios hacia los pecadores, que acostumbran ofenderle en esos días» (G. M. di Agresti, *Sainte Catherine de Ricci*, Toulouse 1971, 198-99; cfr. 153-54. 212). Santa Margarita



María de Alacoque (+1690), que solía entrar en agonía durante los tres días precedentes a la Cuaresma, escucha a Jesús «en tiempo de Carnaval», que «bajo apariencia de *Ecce Homo*», le dice: «¿no habrá alguien que tenga piedad de mí?» (*Vie et oeuvres* t.2, p.116, n.108; *Lettres* 61 y 97, *ib.* p. 348 y 427-28). *Cfr. etiam* Claudio La Colombière +1682, *Oeuvres complètes*, t.3, Grenoble 1901, p.146-47). San Pablo de la Cruz (+1775) establece su fiesta especial de la Pasión en la semana de Carnaval. Y lo mismo hace el fundador de los Sacerdotes del Sagrado Corazón, León Gustavo Dehon (+1925), en su oficio de la reparación.

Todo esto nos hace pensar en la necesidad actual de las Cuarenta Horas, ya que hoy en muchos lugares de la Iglesia se vive siempre en Carnaval.

Formas espectaculares

En Roma, especialmente, el modo de celebrar las Cuarenta Horas, en algunas iglesias principales, toma en ocasiones formas muy espectaculares (Cargnoni 2721-2722).

La *Congregazione del Caravita*, por ejemplo, en 1619 introduce decorados teatrales. Y hacia 1700 estas costumbres alcanzan, sobre todo en Roma, altos niveles de aparatosidad. El ábside queda adornado como el escenario de un teatro, con decorados a veces enormes, en los que se representan escenas del Antiguo o del Nuevo Testamento, y que son diseñados por los principales artistas de la época. Y el Santísimo, sobre un trono elevado, luce rodeado de innumerables flores y cirios. «Actualmente –escribía De Santi en 1918– la autoridad eclesiástica hubiera frenado severamente manifestaciones semejantes. Pero entonces transigía con el espíritu de la época, y regulaba estos usos, pero sin sombra alguna de desaprobación» (1918,2: 25).

Adviértase, sin embargo, que estas exposiciones extraordinarias del Santísimo se producen en modos muy diferentes de las maneras sencillas y devotas acostumbradas en parroquias o conventos de Roma o de otros lugares de la cristiandad. En todo caso, es cierto que la espectacularidad barroca de las Cuarenta Horas, concretamente bajo el influjo de jesuitas y capuchinos, se aleja no poco en cierta época de la austeridad original que las había caracterizado, mientras se atienden, por ejemplo, a la *Avvertenza* de San Carlos Borromeo (1577).

En los años del barroco más pujante, pinturas alegóricas, música, caracterización de virtudes, vicios y personajes, con un estilo similar al de los autos sacramentales, configuran a veces las Cuarenta Horas en sus formas más solemnes. Y hay en esto, como se puede comprender, grandeza de la buena y de la mala.

En ocasiones, incluso, el culto de las Cuarenta Horas deja su huella estable tanto en los retablos como en construcciones decorativas especiales. Así, por ejemplo, en Verolanueva (Brescia), o en el ingenioso mecanismo que hace surgir un *manifestador* en el retablo del monasterio de Santa Clara, en Medina de Pomar (Burgos).

En todo caso, no deja de ser curioso que nuestro tiempo, apreciador entusiasta de la inculturación de la liturgia en el genio tradicional de los diferentes pueblos, rechace a veces con tanta dureza estas manifestaciones históricas de la devoción eucarística. No es justo. Nosotros no debemos negar a los cristianos barrocos el derecho a expresar su religiosidad en formas barrocas. Lo que no significa, por supuesto, que debamos hoy hacerlas nuestras. No olvidemos aquello que solía decir Eugenio d'Ors: «cuando una persona enfática habla con énfasis, habla con naturalidad».

Por lo demás, si aquellos cristianos del barroco contemplaran ciertas expresiones actuales del arte cristiano, las estimarían probablemente como «la abominación de la desolación en el lugar sagrado», tal como fue anunciada por el profeta Daniel (9,27; 11,31; Mt 24,15; Mc 13,14).

1705: Clemente XI, *Instrucción clementina*

Una institución pastoral de tal arraigo e importancia en Roma requería, ciertamente, una regulación cuidadosa que evitase todo abuso, por ejemplo, toda excesiva espectacularidad teatral, y que guardara una cierta uniformidad. De ahí que Clemente XI (+1721) decidiera ordenar y renovar las normas precedentes.



El Cardenal Carpegna, encargado de estudiar el asunto, parece ignorar la instrucción de Clemente VIII (1592), y se atiene sobre todo a la de Paulo V (1606), que es a su juicio fundamento de todas las ordenaciones posteriores. También se apoya en la *Instruzione* de Inocencio XI (1681), que, entre otras cosas, prohíbe toda clase de predicación durante las Cuarenta Horas (*AdS* 1919,2: 112-116ss).

Es en 1705 cuando se publica esta *Instructio pro expositione SS. Sacramenti in forma XL horarum*. La Instrucción clementina, así llamada, se limita a recoger y ordenar las instrucciones de la tradición precedente. Y aunque sus normas solo tienen valor de precepto en Roma, han de considerarse fuera de ella como una orientación, según lo precisó en 1749 la Congregación de Ritos (*AdS* 1918,2: 22). De hecho, fue aceptada en todo el mundo. En 1736 fue revisada y ampliada por orden de Clemente XII (ib. 21).

Escritos espirituales sobre las Cuarenta Horas

La devoción de las Cuarenta Horas, pronto regulada por normas pastorales, da origen también muy pronto a libros espirituales que pretenden ayudar a celebrarlas. Solo para los interesados en estas cuestiones daré aquí una breve reseña bibliográfica.

El capuchino José de Ferno (+1556) dejó una única obra impresa: *Metodo ossia istruzioni sul modo da tenersi per celebrare divotamente e con frutto l'orazione delle Quarantore* (Milán 1571) (*DSP* 8,1340).

Paul Bellintani, llamado de capuchino Matías de Salo (+1611), escribe un *Trattato della Santa Oratione delle 40 Hore*, Brescia 1583, opúsculo de cincuenta páginas en el que estudia el origen de esta devoción, de la que fue uno de los primeros y mayores promotores (*DSP* 1,1355-1356).

Lucas Pinelli, S. J. (+1607) escribe *Quarante esercizi spirituali per l'orazione delle Quaranta Ore*, Nápoles 1605 (*DSP* 12,1773).

Zacarías de Milán, capuchino (+1675), publica *Sermoni divoti ed affectuosi per l'orazione delle Quarant'hore sopra i Treni di Geremia, colle istruzioni necessarie per celebrarla*, Milán 1653 (*DSP* 16,1586; +*DSP* 12, 2716-2717).

Angel María Marchesini de Vicence, O. M. C. (+1690) publica varios libros de sermones suyos destinados a ayudar la adoración del Santísimo en las Cuarenta Horas: *La tromba ninivita*, Basano, Remondini 1676; *L'Araldo evangelico*, Venecia, Poletti 1686; *Il Cornucopia eucaristico*, Vicenza, Berno 1688 (*DSP* 1,568).

San Benito José Labre

Como ya hemos visto, a partir del Renacimiento, fueron muchos los santos que colaboraron notablemente a la difusión de esta gran Oración eucarística. No es posible recordarlos a todos, pero sí merece aquí un especial recuerdo San Benito José Labre (1748-1783). Este extraño y fascinante santo nace en Boulogna, Francia, y es el mayor de quince hijos de un librero acomodado. Desde chico muestra una singular inclinación a leer la Biblia y la vida de los santos, y a entregarse a la oración, la penitencia y la ayuda de los pobres.

Después de varios intentos de ingresar en la Cartuja o en la Trapa, hacia los veinte años comienza una vida de mendigo itinerante, peregrino constante de un santuario a otro, que durará hasta su muerte. Habla muy poco, como si fuera un cartujo en el camino, y solo dice alguna palabra espiritual cuando interiormente se siente movido a ello por Dios. Como es de prever, dada su vida mendicante, pasa a veces por penalidades inmensas, fríos, hambres y también agresiones, cuando es tomado por ladrón o por vagabundo peligroso.

Llegado a Roma, arraiga allí y prosigue el mismo género de vida hasta su muerte. Desde 1777 su devoción preferida consiste en asistir a las Cuarenta Horas en la iglesia en donde se estuvieran celebrando. Donde quiera que en Roma se celebraran, allí estaba Benito José los tres días, adorando



el Santísimo Sacramento en un recogimiento total. Y la gente, que le tenía por santo, solía llamarle «el santo de las cuarenta horas».

Recordemos, en fin, dos grandes impulsos eclesiales que la devoción de las Cuarenta Horas recibió en Hispanoamérica y en la Iglesia universal.

1899: Concilio Plenario de América Latina

En 1899, bajo el Papa León XIII, se celebra en Roma el Concilio Plenario de América Latina. Este Concilio, de gran trascendencia histórica, presta notable atención al culto que ha de darse a Cristo en la Eucaristía, y concretamente en la forma peculiar de las Cuarenta Horas. Merece la pena que recordemos algunas de las conclusiones conciliares del capítulo II:

362. ... veneremos tan gran Sacramento con todas nuestras fuerzas y con privada y pública adoración, y propaguemos cuanto esté de nuestra parte su santísimo culto.

363. Por tanto, todos los pastores de almas y todos los sacerdotes... exhortarán a los fieles con ardiente celo y los animarán a visitar y adorar a nuestro amantísimo Dueño y Salvador, con toda la frecuencia posible.

364. No cesen los sacerdotes de confirmar con las obras lo que predicán sobre el augustísimo Sacramento. Hagan, pues, que los fieles los vean en humilde adoración ante el tabernáculo, y llegar a él con gran reverencia, haciendo las genuflexiones con mucha reverencia, y promoviendo con incansable afán el decoro de la casa de Dios.

365. Fúndense o restablézcanse en todas las parroquias las hermandades del Santísimo Sacramento... En las principales poblaciones procúrese introducir y conservar el uso de la adoración perpetua, por lo menos de día, del Santísimo Sacramento.

367. La exposición privada del Santísimo Sacramento, o sea del copón dentro del tabernáculo, dejando abierta la puerta, puede hacerse lícitamente por motivo justo y racional, sin necesidad de pedir licencia al Ordinario. La pública, es decir con la Hostia grande en la custodia, colocada solemnemente sobre el trono, no puede hacerse sin licencia del Obispo...

368. *La oración de las Cuarenta Horas, al menos en las iglesias parroquiales y regulares, con licencia del Ordinario y en días prefijados, se hará con gran devoción y esplendor.* Deseamos también que este utilísimo ejercicio se extienda, si fuere posible, a donde esté legítimamente el Sagrado Depósito, previa licencia del Obispo. Donde, por especiales circunstancias de los lugares y las iglesias, no pueda verificarse esta solemne Oración, procuren los Obispos que a lo menos en determinados días se exponga solemnemente el Santísimo Sacramento por algunas horas seguidas.

371. El tabernáculo en donde se deposita la Santísima Eucaristía debe estar limpio, artísticamente construido, bien adornado, y cubierto decentemente con un *conopeo* a guisa de tienda de campaña... Ha de estar bien cerrado y con seguridad...

372. ... Delante del Santísimo Sacramento varias lámparas, o cuando menos una, deben arder perpetuamente día y noche...

373. ... No debe colocarse la luz artificiosamente detrás de la custodia para que, hiriendo directamente la Hostia Sagrada, la haga parecer resplandeciente.

1917: Código de Derecho Canónico

El Código de la Iglesia, promulgado en 1917 bajo el Papa Benedicto XV, dispone que

«en todas las iglesias parroquiales y demás donde habitualmente se reserva el Santísimo Sacramento, debe tenerse todos los años, con la mayor solemnidad posible, el ejercicio de las Cuarenta Horas en los días señalados, con el consentimiento del Ordinario local. Y si en algún lugar, por circunstancias especiales, no se puede hacer sin grave incomodidad ni con la reverencia debida



a tan augusto Sacramento, procure dicho Ordinario que al menos en ciertos días, por espacio de algunas horas seguidas, se exponga el Santísimo Sacramento en la forma más solemne» (c. 1275).

Allí donde las Cuarenta Horas se celebran solemnemente en su forma exacta, ha de celebrarse la misa votiva del Santísimo Sacramento el día en que se expone y el día en que se reserva. Y la misa del día intermedio ha de ser la misa por la paz.

La obligación de celebrar las Cuarenta Horas en todas las iglesias no puede ser suspendida por los Ordinarios locales. A ellos les corresponde solamente fijar con su autoridad los días y horas en que la adoración ha de celebrarse en cada iglesia, sea ésta parroquial o perteneciente a religiosos o cofradías.

Conviene que la adoración de las Cuarenta Horas se realice en cada iglesia en el altar mayor (S. Congr. Ritos, 21-IV-1873, n. 3293). En el altar donde está expuesto el Santísimo no puede celebrarse misa, ni tampoco se puede distribuir la comunión (Id., 17-IV-1919) (R. Naz 1113-1114).

Importancia decisiva de las Cuarenta Horas en la devoción a la Eucaristía fuera de la Misa

La historia que acabamos de recordar nos lleva a concluir que la práctica de las Cuarenta Horas es la causa principal de la difusión maravillosa que la devoción a la Eucaristía, fuera de la misa, tiene a partir del siglo XVI, y esto no solo en Milán y en el resto de Italia, sino también en Francia, España e Hispanoamérica y en mayor o menor medida en toda la Iglesia.

«Quien conozca un poco la historia de la liturgia sabe bien qué difícil es hallar en los siglos precedentes una veneración tan grande hacia la sagrada Eucaristía. La Iglesia siempre ha rodeado de majestad solemne y de adoración profunda la celebración de los sagrados misterios, y ha glorificado la institución de la Eucaristía con la fiesta del *Corpus Domini*, llevando en procesión triunfal la sagrada Hostia.

«Pero aparte de la oración de cuarenta horas, que casi en todas partes se hacía en el último triduo de la Semana Santa –cuando el Santísimo se ponía en el *sepulcro* en memoria de la sepultura de Jesús–, es muy difícil citar un solo caso en que los fieles se recogieran en oración ante el silencio del tabernáculo, donde, en la sacristía o metido en el muro, junto al altar, se conservaban las Hostias consagradas para la comunión de los enfermos. Se acompañaba también, es cierto, con gran piedad al Santísimo cuando era llevado a algún enfermo, y a ese fin se instituyeron al final del siglo XV las cofradías del Santísimo.

«Pero en modo alguno se conocía ni la exposición, ni la bendición, ni las visitas, ni otras prácticas de adoración privada o pública, que con inmenso fruto espiritual se introdujeron más tarde. *Ese ponerse los fieles ante el Santísimo durante la prolongada oración de las Cuarenta Horas es lo que dio verdaderamente el primer impulso a las nuevas manifestaciones de devoción popular a la Eucaristía*, y la Iglesia siempre aprobó y bendijo esa práctica» (AdS 1917,4: 511).

8. La Adoración Nocturna

Las Cuarenta Horas interrumpidas

El Padre de Santi, en su libro *L'Orazione delle Quarant'ore nei tempi di calamità e di guerra*, recuerda que en Milán ya San Carlos Borromeo autoriza a reservar la Eucaristía en las Cuarenta Horas si en algún tiempo, concretamente por la noche, faltan adoradores (333-334). De hecho, pasados los primeros fervores por esta devoción, muy pronto esta excepción se hace norma cada vez más general en las diversas iglesias.

Roma, sin embargo, mantiene siempre la continuidad estricta de la adoración durante cuarenta horas. Y tanto los Papas como la Sagrada Congregación de las Indulgencias, durante un tiempo, mantienen la exigencia de esa continuidad, al menos si se pretende ganar la indulgencia plenaria asignada a ese precioso culto. En favor de la oración sin intermisión, día y noche, son alegadas las razones aducidas en los documentos pontificios antes citados, especialmente los de Clemente VIII. En efecto, la gravedad de los males presentes exige una oración larga y penitencial; cuarenta días



oró y ayunó Cristo en el desierto; y cuarenta horas permaneció muerto en el sepulcro. Sin embargo, poco a poco la autoridad de la Iglesia va considerando conveniente ceder en esta exigencia.

Urbano VIII, tan entusiasta de las Cuarenta Horas, concede en 1640 a los capuchinos misioneros en el Piamonte la posibilidad de interrumpirlas de noche cuando lo estimen necesario o conveniente. Lo mismo hacen, con unas u otras condiciones, Inocencio XI (1686), Inocencio XIII (1722), la Sagrada Congregación de las Indulgencias (1724), Clemente XII (1737) y Benedicto XIV (1748). Es, pues, posible ganar la indulgencia plenaria en las Cuarenta Horas aunque éstas, «por gravísimas razones», hayan de ser interrumpidas por la noche (*ib.* 335-340).

San Pío X confirma estas concesiones en 1914, pero al mismo tiempo expresa con enérgicas palabras su deseo de que, siempre que sea posible, las Cuarenta Horas sean de adoración ininterrumpida de Cristo, día y noche, pues Él estuvo cuarenta horas muerto para nuestra salvación (Acta Apostolicæ Sedis 1914,74).

Las Cuarenta Horas permanecen continuas en Roma

Nunca las iglesias de Roma se acogieron a las citadas licencias de excepción, y en la diócesis principal de la Iglesia se mantuvo siempre la continuidad estricta de las Cuarenta Horas, según su forma primitiva. De noche no faltaban adoradores, pues en cada iglesia estaban designados los adoradores que se comprometían a participar en ese culto.

Eso sí, la Instrucción clementina (1705), suavizando normas anteriores, dispone que es bastante que en cada hora haya velando dos sacerdotes y dos fieles, aunque no excluye, por supuesto, la compañía de otros adoradores (AdS 1918,2: 29).

Conviene recordar que «a mediados del siglo XVII, un excelente sacerdote secular de Foligno, don Giulio Natalino, penitenciario de San Lorenzo in Damaso, para atraer a estas horas nocturnas un mayor número de adoradores, introdujo un conjunto de lecturas, consideraciones espirituales, exhortaciones, oraciones vocales y mentales, también con cánticos y laudes sagrados. De este modo, las horas pasaban pronto con gran fruto espiritual de los adoradores, que en ocasiones se juntaban hasta doscientos o más. Pero después de la muerte del Natalino, sucedida en Foligno en 1678, las vigiliat fueron languideciendo, quedando reducidas al acostumbrado número escaso de adoradores designados» (*ib.* 30).

1810: La Adoración Nocturna en Roma

Las Cuarenta Horas siguen, pues, celebrándose en Roma de día y de noche, aunque no reúnan las muchedumbres de sus primeras celebraciones. Y no se interrumpen ni siquiera en los días terribles en que Napoleón se apodera de la Urbe. La ciudad permanece desolada. El Papa Pío VII, desde julio de 1809, está prisionero en Francia, y con él importantes figuras católicas, eclesiásticas y laicas.

Ese mismo año se enciende en la fría oscuridad de Roma una nueva luz de esperanza. «En febrero de aquel año tristísimo –refiere De Santi–, el sacerdote Giacomo Sinibaldi, canónigo coadjutor de Santa María in Via Lata, tuvo la santa inspiración de invitar a sus colegas a la vigilia nocturna de su propia iglesia, durante la exposición de las Cuarenta Horas.

«Agradó tanto la idea, que se quiso repetir la adoración en la noche del Jueves santo, y después, en un sitio y otro, en varias iglesias donde se celebraban las Cuarenta Horas, se agregaron a Sinibaldi en la iniciativa de esta nueva obra, en primer lugar el canónigo Bonomi de la misma colegiata, después el marqués Giovanni Patrizi Montoro y el caballero Lorenzo de'Principi Giustiniani y otros ilustres personajes.

«Y fue tan grande el número de los voluntarios inscritos en la lista de los adoradores [nocturnos] y tan firme su convicción de apoyar tal empeño, que el 21 de noviembre de 1810, reunidos los promotores de la Obra en el Palazzo Giustiniani, establecieron hacerla general y perpetua, de modo que durante el curso del año, *todas las noches, sin interrupción alguna, en la iglesia donde se estuviera celebrando por turno las Cuarenta Horas, se asignaran dos grupos de adscritos*, compuesto cada uno por un sacerdote y tres laicos, con el compromiso de mantener la adoración, el primer grupo desde las 22 horas hasta la 1'30 de la noche, y el segundo hasta las 5 de la mañana.

«Pío VII, vuelto triunfalmente a Roma, aprobó con un rescripto del 6 de agosto de 1814 la Pía Unión de la Adoración Nocturna, concediéndole grandes indulgencias y privilegios, que fueron ampliados por los Pontífices siguientes. Así León XII, en Breve del 23 de abril de 1824, erigió la Pía



Unión como Archicofradía, con facultad de agregarse otras Uniones semejantes, haciéndoles participar de las mismas indulgencias.

«Con el tiempo, aunque la Obra se difundió notablemente, se fue limitando únicamente a la adoración nocturna del Santísimo Sacramento, independientemente de las Cuarenta Horas. Así pues, ya no es continua, durante todas las noches, sino que se celebra en días fijos en una iglesia u oratorio prefijado. En algunos sitios se han dispuesto albergues anexos, donde puede alojarse un cierto número de adoradores que, antes o después de su propio turno, pueden retirarse a descansar» (ib. 30-31).

1848: La Adoración Nocturna de París

Si en Roma nace la Adoración Nocturna en tiempos de pública calamidad, estando el Papa prisionero, como una reacción orante, suplicante y expiatoria, igualmente la Adoración Nocturna va a nacer en París en momentos de graves calamidades públicas. En 1848, en la Revolución de febrero, obreros, estudiantes y la Guardia Nacional se amotinan, fuerzan la abdicación del rey y proclaman la república, en un ambiente de violencias, barricadas y fuertes enfrentamientos sociales.

La Providencia divina, como siempre, suscita entonces medicinas adecuadas a enfermedades tan graves. Varias obras eucarísticas van cobrando fuerza en París desde hace unos años, en buena parte ayudadas y promovidas por el Vicario general, Monseñor de la Bouillerie.

En 1847 la gracia de Cristo había convertido, durante una celebración eucarística en una iglesia de París, a un pianista famoso, el judío-alemán Hermann Cohen. Y de acuerdo con su director Mons.de la Bouillerie, reúne en su casa a una veintena de fieles en noviembre de 1848,

«con la intención –dice el acta de la primera sesión– de fundar una asociación que tendrá por objeto la exposición y *Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento*, la reparación de los ultrajes de que es objeto, y para atraer sobre Francia las bendiciones de Dios y apartar de ella los males que le amenazan» (C. Sylvain, *Herman Cohen, apóstol de la Eucaristía*, Fundación GRATIS DATE, Pamplona 1998,34).

Por esas fechas la revolución, triunfante en Roma, obliga al Papa Pío IX a refugiarse en Gaeta, puerto al sur de Roma. Esta desgracia anima al nuevo grupo de adoradores de París encabezados por Cohen a iniciar cuanto antes sus vigiliias nocturnas de súplica y de expiación. Y el 6 de diciembre de 1848, en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias, celebran su primera vigilia de Adoración Nocturna. La segunda y tercera noches de vela fueron los días 20 y 21 del mismo mes, «con ocasión de las rogativas de Cuarenta Horas ordenadas por el arzobispo de París a intención del Sumo Pontífice» (ib.).

Poco después, en noviembre de 1850, el arzobispo de París establece las Cuarenta Horas en todas las iglesias de su gran diócesis, que han de celebrarlas en una sucesión ininterrumpida, pero no al modo continuo, día y noche, propio del uso de Roma y de la Instrucción clementina, sino solo de la mañana a la noche. Será la Adoración Nocturna, recién nacida, la que haga continua, día y noche, esta oración suplicante y expiatoria.

Los miembros de la Adoración Nocturna «consiguen continuar la oración de las Cuarenta Horas también durante la noche en aquellas iglesias en las que se celebraban, y en aquel mismo año de 1850 los hermanos, ya muy numerosos, celebran sus santas vigiliias en cuarenta y cuatro iglesias de la ciudad y en cinco parroquias de los suburbios». Gracias a esto, «en 1870 la adoración perpetua se celebraba así en 76 parroquias; 59 de ellas no aportaron ninguna ayuda [a la oración nocturna], 12 cubrieron una sola noche, 2 se encargaron de dos, y solo 3 iglesias se responsabilizaron de todas las noches. Así las cosas, de 228 noches de adoración, 203 fueron cubiertas por la pía Unión [de la Adoración Nocturna] y solo 25 corrieron a cargo de los feligreses parroquiales» (A. de Santi, *L'Orazione...* 353-354).

Estos datos históricos nos confirman que la Adoración Nocturna, la de París, la que había de extenderse hasta hoy a más de treinta naciones, está desde su nacimiento, como la de Roma, en



relación a las Cuarenta Horas, haciendo posible la celebración de esta grandiosa celebración eucarística.

La tradición devocional de las Cuarenta Horas

La historia hasta aquí recordada nos permite comprobar que la oración continua de las Cuarenta Horas durante los últimos cinco siglos, con precedentes mucho más antiguos, ha tenido en la vida de la Iglesia una extraordinaria importancia, y que siempre ha estado marcadamente orientada a conseguir del Salvador la paz y la superación de grandes males.

Ahora bien, la Iglesia es una historia, una tradición histórica que no se debe ignorar, que no se debe interrumpir, sino que ha de desarrollarse fielmente bajo la guía del Espíritu Santo. Y no se debe ignorar ni interrumpir esa historia de gracias porque Dios quiere seguir dando a su Iglesia los dones que ya le ha dado, en este caso, la maravillosa adoración continua de las Cuarenta Horas. Recordemos que «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rm 11,29).

De hecho, siguen celebrándose las Cuarenta Horas en no pocos lugares de la Iglesia, en fechas tradicionales o a veces con ocasión de los Congresos Eucarísticos. Según mis noticias, poco exactas, obtenidas sobre todo por Internet, se celebran en Roma, en Asís y en muchas diócesis italianas, normalmente en la catedral, con horarios diurnos y en fechas del año muy diversas (Caggiano, antes del miércoles de ceniza; Olgiate, primera semana de cuaresma; Augusta, Brescia, Troina, de lunes a miércoles santo; Chioggia, antes de Pentecostés; Salento, antes del Corpus; Milán, primera semana de noviembre; Bolonia, segunda semana de septiembre). A lo largo de todo el año se celebran también en Madrid, en Barcelona, en Valencia (los tres últimos días del año en la catedral) y en otros lugares de España; en Wrocław y en varias diócesis de Polonia. También en bastantes iglesias de México, de Estados Unidos y de otros lugares de la Iglesia.

El Señor quiere las Cuarenta Horas

La pervivencia actual de las Cuarenta Horas, la gravedad de los males presentes en el mundo y en la Iglesia, y sobre todo la fidelidad del Señor a sus propios dones, son tres razones que nos llevan a creer que nuestro Señor Jesucristo por el Espíritu Santo quiere seguir promoviendo en su santa Iglesia esta preciosa devoción orante y eucarística, tan recomendada por los Papas y los santos, y tan estimada por muchas generaciones de fieles.

Durante cuarenta horas continuas, tenemos ahí, en la custodia, sobre el altar, a Cristo en la eucaristía. Los fieles adoramos su divina Presencia ofreciéndole el homenaje de nuestra humilde presencia. Y lo hacemos justamente durante aquellas cuarenta horas en que para nuestra salvación permaneció Jesús bajo la muerte. En esas horas silenciosas, entrando más y más en Su intimidad amistosa, le adoramos reconociéndole como Salvador único de los hombres. Y en esas cuarenta horas, tan conmovedoramente evocadoras de su pasión, de sus angustias, de su espantosa soledad, de su sangre, de su muerte, nosotros, los miembros de su propio Cuerpo, que nos vemos en medio de graves tormentas del mundo y de la Iglesia, le suplicamos con certísima esperanza: «¡Maestro! ¿no te importa que nos ahogemos?» (Mc 4,39). «¡Sálvanos, Señor, que nos hundimos!» (Mt 8,25).

La Adoración Nocturna debe restaurar las Cuarenta Horas

La historia eclesial que hemos recordado nos ha mostrado cómo la Adoración Nocturna nace de las Cuarenta Horas. Y esa misma historia, por la que nos habla Dios, parece decirnos hoy claramente que es la Adoración Nocturna –aunque no ella sola, por supuesto– la Obra más directamente llamada a fomentar de nuevo las Cuarenta Horas en las iglesias católicas. Todos los fieles cristianos, sin duda, están invitados a participar de este clamor magnus de oración eucarística. Pero, las Obras católicas eucarísticas, y sobre todo la Adoración Nocturna, parecen estar especialmente llamadas por Dios para una restauración que, más que solo conveniente, habría que calificar de urgente.

En 1918 el padre Angelo de Santi hacía unas consideraciones que hoy son, así lo creo, aún más oportunas y urgentes que entonces. Las resumo:



«Sería cosa sumamente provechosa que... *los miembros de la Adoración Nocturna... pusieran todo su empeño en restaurar las Cuarenta Horas en su forma primitiva*, si no siempre y en todas partes, al menos cuando y donde esto sea posible.

«Es cierto que la Iglesia ha extendido también el tesoro de sus gracias a esta nueva forma más fácil de oración [mensual nocturna], pero le falta a ésta algo que es esencial, la *continuidad en la memoria de las cuarenta horas que Jesús permaneció en el sepulcro...*

«Es cierto que requerirá un cierto aumento sensible de sacrificio. Pero no ha de olvidarse que la oración de las Cuarenta Horas es una oración expiatoria por naturaleza propia, y que cuanto mayor sea la penalidad al celebrarla como conviene, tanto mayor será su eficacia para conseguir la misericordia de Dios y la terminación de los males que tanto nos afligen hoy» (AdS 1918,2: 31-32).

9. La devoción al Corazón de Jesús

Gran devoción y culto

La devoción y el culto al sagrado Corazón de Jesús, aunque tiene precedentes muy antiguos, halla su forma plena con ocasión de las revelaciones privadas recibidas por Santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), religiosa de la Visitación. Esta espiritualidad ha sido bendecida con frecuencia por los Papas con el mayor aprecio, como síntesis perfecta de toda la espiritualidad cristiana.

En 1856 el Papa Pío IX instaura para toda la Iglesia la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón. León XIII consagra el género humano al Corazón de Jesús, y prepara el acto en su encíclica *Annum Sacrum* (1899). En el Magisterio apostólico sobre este tema conviene recordar especialmente a Pío XI en las encíclicas *Miserentissimus Redemptor* (1928) y *Caritate Christi compulsi* (1932); a Pío XII en las encíclicas *Summi Pontificatus* (1939) y *Haurietis aquas* (1956); a Pablo VI en su carta apostólica *Investigabiles divitias* (1965) y a Juan Pablo II en el mensaje con ocasión del centenario de la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús (1999).

La devoción al Corazón de Jesús es una escuela perfecta de vida espiritual cristiana, y por lo mismo sintetiza armoniosamente todos los valores de la vida en Cristo –Amor divino, Trinidad, Cruz, Eucaristía, espíritu reparador de expiación, actitud sacerdotal y sacrificial, amor a la Iglesia, etc.–. Aquí, para seguir con nuestro tema, he de fijarme sobre todo en el valor de esta devoción como eficazísima reacción orante de los cristianos y de la Iglesia ante los males del mundo actual.

Cristo debe reinar universalmente

Sobre la dimensión suplicante de la devoción al Corazón de Jesús, como remedio adecuado para todos los males, recordaré especialmente las preciosas enseñanzas de Pío XI. En el año 1925, en la encíclica *Quas primas*, al instituir la fiesta litúrgica en honor a Jesucristo Rey, afirma con gran fuerza persuasiva que todo el bien de los hombres viene de la obediencia a Cristo Rey, único Salvador del mundo:

«Es, pues, necesario que Cristo reine en *la inteligencia* del hombre, que, con perfecto acatamiento, ha de asentir firme y constantemente a las verdades reveladas y a la doctrina de Cristo. Es necesario que reine en *la voluntad*, que ha de obedecer a las leyes y preceptos divinos. Es necesario que reine en *el corazón*, que posponiendo los afectos naturales, ha de amar a Dios sobre todas las cosas. Es necesario que reine en *el cuerpo* y en sus miembros, que, como instrumentos, deben servir para la interna santificación del alma» (34). Más aún, Pío XI enseña «también a *las naciones* que el deber de adorar públicamente y obedecer a Jesucristo no solo obliga a los particulares, sino también a los magistrados y gobernantes» (33).

Consecuentemente, si en esa obediencia libre y amorosa a Cristo está el bien de la humanidad, todos los males del tiempo presente habrán de explicarse principalmente como rechazo a Cristo Rey, como soberbia humana que se resiste a Su soberana autoridad benéfica.



«Como en el siglo precedente y en el nuestro –dice el mismo Papa en la *Miserentissimus Redemptor*–, por las maquinaciones de los impíos, se llegó a despreciar el imperio de Cristo nuestro Señor y a declarar públicamente la guerra a la Iglesia, con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, y hasta hubo asambleas que gritaban: “no queremos que reine sobre nosotros” (Lc 19,14), por esta *consagración* [al Corazón de Cristo] a la que aludíamos [la realizada por León XIII en 1899], la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús irrumpía unánime oponiendo con toda fuerza, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: “es necesario que Cristo reine (1Cor 15,25). Venga Su reino”» (4).

Súplica y expiación

Pues bien, en medio de esta guerra dramática, Pío XI, como los Papas que le preceden o que le siguen, ve en el amor al Corazón de Cristo el remedio de todos los males y la fuente de todos los bienes para el mundo y para la Iglesia. Y ve también con especial claridad que «en el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús tiene la primacía y la parte principal el espíritu de expiación y reparación» (ib. 9).

Y «cuánta sea, especialmente en nuestros tiempos, la necesidad de esta expiación y reparación no se le ocultará a quien vea y contemple este mundo “bajo el poder del maligno” (1Jn 5,19)». Los males actuales, en efecto, como proceden de rechazar a Dios y a su Cristo, son abrumadores y parecen anunciar el final anunciado de la historia (*ib.* 12; +*Haurietis aquas* 33).

Por eso Pío XI, a las prácticas tradicionales de la devoción al Corazón de Cristo –la consagración de personas, familias y naciones, el ejercicio de los Primeros Viernes, el rezo de las Letanías del Corazón de Jesús, el Apostolado de la Oración, etc.–, añade una solemne oración anual de reparación:

A ese fin dispone que «cada año en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, en todos los templos del mundo, se rece solemnemente el acto de reparación al Sacratísimo Corazón de Jesús, cuya oración se transcribe al final de esta carta» (*Miserentissimus* 14). La recuerdo en extracto:

«Dulcísimo Jesús, cuya caridad derramada sobre los hombres se paga tan ingratamente con el olvido, el desdén y el desprecio... imploramos ante todo tu misericordia para nosotros, dispuestos a reparar con voluntaria expiación no solo los pecados que cometimos nosotros mismos, sino también los de aquellos que, perdidos y alejados del camino de la salud, rehúsan seguirte como pastor y guía...

«Como reparación del honor divino conculcado, te presentamos, acompañándola con las expiaciones de tu Madre la Virgen, de todos los santos y de los fieles piadosos, aquella satisfacción que tú mismo ofreciste un día en la cruz al Padre, y que renuevas todos los días en los altares. Te prometemos con todo el corazón compensar en cuanto esté de nuestra parte, y con el auxilio de tu gracia, los pecados cometidos por nosotros y por los demás»...

En estas oraciones de la Iglesia al Corazón de Jesús, en estas súplicas tan humildes, tan confiadas en el poder del Salvador compasivo y misericordioso, se expresan una vez más, bajo la inspiración del Espíritu Santo, los antiguos clamores bíblicos y tradicionales que el Pueblo de Dios ha alzado siempre al Señor en los tiempos de mayor aflicción.

Corazón de Jesús y adoración eucarística

Pablo VI, en su carta apostólica *Investigabiles divitias* (1965), escrita en el bicentenario de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón (1765), centra especialmente su atención en el vínculo profundo que une la devoción a la Eucaristía y el amor al Corazón de Jesús. Esto, en efecto, ha sido así siempre, y concretamente así es en las mismas revelaciones que Santa Margarita María tiene acerca del Sagrado Corazón, que se producen estando ella en el coro, adorando el Santísimo Sacramento (27-XII-1673, fiesta del apóstol San Juan).

Lo mismo ocurre, según ella misma narra, en la tercera revelación principal, recibida en 1674: «Una vez entre otras que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme



retirada en mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo, mi amado Dueño, se presentó ante mí todo resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y despidiendo de su sagrada humanidad rayos de luz de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno encendido. Y habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, vivo manantial de tales llamas.

«Me explicó entonces las inexplicables maravillas de su puro amor y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quienes no recibía sino ingraticudes» (J. M. Saenz de Tejada, *Vida y obras principales de Santa Margarita M^a de Alacoque*, Cor Iesu, Madrid 1977, 23-24).

De hecho, como ya vimos en el nacimiento de la Adoración Nocturna en París, los devotos del Corazón de Jesús han estado siempre entre los más fieles adoradores de Cristo en la Eucaristía. No es, pues, una casualidad que la adoración perpetua muchas veces se dé precisamente en basílicas dedicadas al Sagrado Corazón, como las de Paray-le-Monial, Montmartre en París o Tibidabo en Barcelona. Estos templos, como tantos templos expiatorios, son lugares privilegiados de adoración, de súplica y de reparación. Son, pues, centros directamente dedicados a obtener la Misericordia divina sobre las miserias del mundo.

Por eso, volviendo al tema de las Cuarenta Horas, si todos los cristianos están llamados en tiempos de aflicción a unirse en la oración y en la expiación, si todos han de pedir salvación a Cristo, único Salvador de los hombres, presente en la Eucaristía, es indudable que aquellos fieles especialmente devotos del Corazón de Jesús, con aquellos otros –muchas veces los mismos– especialmente dedicados a adorarle en la Eucaristía, como los miembros de la Adoración Nocturna, son los más llamados a restaurar las Cuarenta Horas en la vida cultural del pueblo cristiano.

El Rosario de la Misericordia divina

Durante los años 1931-1938, nuestro Señor Jesucristo se apareció a la religiosa polaca Santa Faustina Kowalska (1905-1938), encargándole difundir la devoción a la Misericordia divina. En cierto modo pueden considerarse estas apariciones y mensajes como una continuación de los sucesos de gracia ocurridos en Paray-le-Monial a Santa Margarita María de Alacoque.

Sor Faustina, en efecto, contempla a Jesús en la forma tradicional del Sagrado Corazón, de cuyo pecho salen unos rayos de luz. «Estos dos haces –le explica Jesús– representan la sangre y el agua». Y él mismo le enseña unas oraciones para que con ellas se solicite la Misericordia divina sobre los males del mundo. «La humanidad no encontrará paz –le dice– mientras no se dirija con confianza a la misericordia divina».

En la Novena de la Misericordia, que ha de iniciarse el Viernes Santo, el Señor le dice: «Cada día traerás a mi Corazón a un grupo diferente de almas y las introducirás en la inmensidad de mi Misericordia». Todos sucesivamente, a lo largo de los nueve días, han de ser sumergidos en ese Amor misericordioso: pecadores, sacerdotes y religiosos, almas fieles, los incrédulos, los hermanos separados, los humildes y los niños, los que veneran la Misericordia divina, las almas del Purgatorio, los tibios.

En el Rosario de la Misericordia enseña Jesús a Sor Faustina esta hermosa oración, que en este peculiar rosario sustituye al Padrenuestro:

«Padre Eterno, yo te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de tu amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación por nuestros pecados y los del mundo entero».

Y en el lugar de cada Avemaría, se reza diez veces:

«Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero».

En estas oraciones tan sencillas y profundas, tan centradas en la fuerza redentora de la Pasión de Cristo, los fieles aprenden a ejercitar su condición sacerdotal, y ofrecen al Padre el Crucificado, solicitando por su sangre la salvación del mundo. Son, pues, oraciones perfectas que la Iglesia bendice, muy apropiadas para pedir a Dios en tiempos de pruebas la gracia y la paz.



Con ocasión de la canonización de Sor Faustina, el Papa Juan Pablo II dispuso que en adelante el segundo domingo de Pascua se conozca con el nombre de domingo de la Misericordia divina (30-IV-2000).

El Corazón Inmaculado de María

En 1917, pocos años antes de las revelaciones recibidas por Santa Faustina, se aparece en Fátima la santísima Virgen María a Lucía y a los hoy beatos Jacinta y Francisco, tres niños portugueses analfabetos, y a través de ellos entrega a la Iglesia un mensaje tan sencillo como grave. El pecado en el mundo ha crecido de un modo intolerable. Es necesario y es posible combatirlo por medio de la oración y la penitencia. Concretamente, hay que rezar el Rosario todos los días, y es al mismo tiempo necesario consagrar al Corazón Inmaculado de María todas las naciones.

Innumerables fieles, encabezados por todos los Papas del siglo XX, han dado crédito a ese mensaje de la Virgen. De nuevo, esta vez con especial referencia a la Madre de Cristo, busca la Iglesia la paz y la salvación en la gracia de Dios, en el Salvador único de los hombres. Una vez más la Iglesia acude a la oración y a la penitencia para superar situaciones de máxima aflicción. Recordemos que un estudio realizado con ocasión del Gran Jubileo del año 2000 informaba que de los cuarenta millones de mártires en la historia de la Iglesia, casi veintisiete son mártires del siglo XX...

En medio de ese siglo, Pío XII, atendiendo a la voluntad de la Virgen de Fátima, consagra el género humano a su Corazón Inmaculado en 1942:

«En tu Corazón Inmaculado confiamos en esta hora trágica de la historia humana. Te entregamos y consagramos no solo la santa Iglesia, Cuerpo místico de tu Jesús, que pena y sangra en tantas partes, de tantos modos atribulada, sino también a todo el mundo, dilacerado por discordias profundas, abrasado en incendios de odio, víctima de sus propias iniquidades... Como la Iglesia y todo el género humano fueron consagrados al Corazón de tu Jesús [en 1899], así desde hoy *te sean perpetuamente consagrados también a ti y a tu Corazón Inmaculado*, Madre nuestra y Reina del mundo, para que tu amor y ayuda apresuren el triunfo del Reino de Dios» (31-X-1942).

Juan Pablo II confirma en Fátima esa misma consagración cuarenta años más tarde:

«"Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios". Abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor este mundo humano nuestro que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos. "Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios. No desoigas las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades". Corazón Inmaculado de María, ayúdanos a vencer la amenaza del mal» (13-V-1982).

Final

«No tenéis porque no pedís; o si pedís, no recibís, porque pedís mal» (Sant 4,2-3).

No tenéis porque no pedís

El soberbio está encerrado en su miserable autosuficiencia, y por eso se ve abrumado de males, porque no pide. No pide a no ser como último recurso, para no caer en la desesperación, cuando todo recurso humano es ya imposible o extremadamente difícil.

El humilde pide, pide siempre y en todo lugar, pide «sin cesar», «noche y día» (Col 1,9; 1Tes 3,10). Pide lo que no tiene, porque está convencido de que el que pide al Señor, recibe; y pide incluso lo que ya tiene, para que Él lo guarde, purifique y acreciente, pues sabe bien que cuanto tiene es don de Dios, y que sin Él «no podemos nada» (Jn 15,5).

Cuantas miserias inmensas de ciertas Iglesias locales se explican hoy principalmente porque les falta la humildad necesaria para volverse al Señor en una actitud profundamente suplicante.

Pedís y no recibís, porque pedís mal



Al terminar de estudiar la oración bíblica en tiempos de aflicción, señalaba yo siete notas que le son esenciales y que han de estar siempre vivas en las súplicas de la Iglesia. Si alguna de ellas falta, no se alza al Señor la oración de petición o ésta se desvirtúa y se hace inútil. Los males entonces permanecen y, por supuesto, van creciendo al paso de los años. Son, pues, precisas las siete notas.

-1. Reconocer la gravedad de los males presentes, tanto en el mundo como en la Iglesia, es completamente necesario para que la súplica se alce a Dios y se eleve con fuerza y perseverancia. Ahora bien, los males de este mundo solamente muestran su gravedad terrible a quienes conocen su origen diabólico y su condición pecaminosa.

Como enseña el Vaticano II, «a través de toda la historia humana existe *una dura batalla* contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final (Cfr. Mt 24,13; 13,24-30 y 36-43)» (ib. 37b; cfr. 13b).

Solo cuando el pueblo cristiano reconoce en los males que le afligen el poder del Maligno y del pecado clama a Dios, solo entonces pide salvación con toda su alma. Y la obtiene.

Cuando San Pablo hace un elenco impresionante de los males del mundo pagano de su tiempo – odios, injusticias, perversiones sexuales, dureza de corazón, impiedad, etc.–, los hace derivar todos del pecado fundamental: la irreligiosidad, el olvido y la negación de Dios (Rm 1,18-32). Aquellos males enumerados vienen a ser los mismos males del mundo actual, los que, por ejemplo, describe Juan Pablo II al comienzo de su exhortación apostólica *Reconciliatio et pœnitentia* (1984). Sólo Dios puede librar a los hombres de males tan vinculados al pecado y al influjo del Diablo.

Pero hoy prevalecen en muchos ámbitos civiles y eclesiales no pocas apreciaciones falsas de la realidad presente, en las que se devalúa grandemente la inmensidad de los males del mundo, trivializándola. Aquellos que con sus pecados de acción o de omisión han sido principales causantes en el mundo y en la Iglesia de estos males son los más empeñados en ignorar esos males o en darles interpretaciones positivas.

Unos alegan que «siempre ha habido males semejantes», «no hay que ser pesimistas», «hay luces y sombras, como siempre», «lo que es malo en un aspecto, es bueno en otro», «estamos mal, pero cualquier tiempo pasado fue peor», etc. Otros, que viven una engañosa prosperidad, y ni pasan hambre, ni son adictos a la droga, ni padecen el sida, ni se ven directamente amenazados por el terrorismo, como a ellos estos males u otros semejantes no les afectan, los ven con una fría distancia. En el fondo, les traen si cuidado, y por supuesto no se sienten en absoluto llamados a intervenir ni por la acción ni por la oración. Por lo demás, aquellos pecados y males que son más espirituales: negación de Dios, odios, amor a las riquezas, etc., todavía les importan menos.

Unos y otros ignoran la raíz diabólica de los males. No saben que «el mundo entero está puesto bajo el poder del Maligno» (1Jn 5,19; +Ap 13,1-8); más aún, no lo creen, lo niegan. No alcanzan tampoco a ver el pecado como causa espantosa de tantos males materiales y espirituales, y por eso mismo quedan trivializados todos los males del mundo y de la Iglesia.

Ésta es la ceguera que produce la pérdida del sentido de pecado. «¿No vive el hombre contemporáneo –dice Juan Pablo II– bajo la amenaza de un eclipse de la conciencia?... Muchas señales indican que en nuestro tiempo existe ese eclipse... Oscurecido el sentido de Dios, se pierde el sentido del pecado... Pío XII pudo declarar en una ocasión que “el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado” (26-X-1946)» (Reconciliatio 18). Ahora bien, cuando se ignora el pecado en los males del mundo, no puede surgir ni la oración suplicante ni la acción realmente benéfica. Muy otro es el espíritu cristiano:

Señor, ten piedad de nosotros. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad. Nos vemos abrumados por el pecado del mundo y también bajo el peso de nuestras propias culpas. Ten piedad de nosotros. Los hombres te ignoran y desprecian. Muchos cristianos viven alejados de ti, de la oración, de tu Palabra, de la Eucaristía, del sacramento de tu perdón. Hacen mal uso del matrimonio, apenas tienen hijos, no siguen tus llamadas a dejarlo todo y seguirte. Teólogos y sacerdotes vagan sin sentido por el país. Retrocede el Evangelio en el mundo, disminuye en la Iglesia la fuerza difusora de tu Reino...



-2. Cuando se consideran los males presentes como justa consecuencia de tantos pecados propios y ajenos se da la condición imprescindible para que el pueblo cristiano venza los males del mundo, iniciando él mismo el camino de la conversión, de la acción combativa y constructiva, y de la continua oración suplicante. De otro modo, los males se sufren con un cierto resentimiento contra Dios, que permite tantas atrocidades en este mundo.

Eres justo, Señor Dios nuestro, y todos los males que padecemos en el mundo y en la Iglesia nos los hemos merecido sobradamente. Ésa es la verdad, Señor. Nos hemos ganado los males que ahora nos devoran y nos aplastan, porque hemos abandonado tus mandatos y hemos pecado en todo.

-3. Los males presentes son terribles, pero han de ser vistos como remedios medicinales, pues ésa es su verdad. Esos males abrumadores no han de amargar a los fieles, y menos aún han de paralizarles o desanimarles. En absoluto. Son pruebas providenciales, en las que los cristianos, con abundantes auxilios de la gracia divina –adecuados a la gravedad de las situaciones–, han de realizar actos muy intensos de esperanza, de abnegación, de caridad, creciendo así ante los ojos de Dios y de los hombres tanto en la acción como en la oración.

Tú, Señor misericordioso, haces concurrir todas las cosas, también los males presentes, para el bien de los que te aman. Tú nos purificas en el mismo fuego que ha sido encendido por nuestros propios pecados. No nos tratas como merecen nuestras culpas, sino que transformas nuestros males en Cruz purificadora, humillante, expiatoria, estimulante, por la que nos unimos al misterio de la Redención, colaborando a la salvación propia y a la del mundo.

-4. Son situaciones de mal completamente insuperables para las fuerzas humanas. Todas las esperanzas puestas en el hombre, en ciertos hombres, en métodos, leyes y comisiones, en organizaciones, ideologías o sistemas políticos –sean éstos del signo que fueren–, todas las ilusiones de los falsos profetas optimistas –«paz, va a haber paz»–, son falsas esperanzas, que han de ser denunciadas. Y al mismo tiempo ha de afirmarse la verdadera esperanza, la que está puesta en el Salvador de los hombres.

En un artículo publicado con una sinceridad conmovedora por un Obispo español se dice bajo el título *Orar por el cese del terrorismo de ETA*: «Unas líneas invitando a orar. Sí. A orar. Porque confieso que muchas veces, conjuntamente con mis hermanos obispos o individualmente, he condenado el terrorismo de ETA. Y algo he aludido alguna vez ante mis fieles a la necesidad de orar y algo he orado más de una vez.

«Pero confieso que no lo he hecho con el acento y la insistencia con que debiera hacerlo. Confiado, quizá, en que por la dinámica policial y la dinámica de los mismos partidos políticos podría alcanzarse la paz en libertad. Hoy estoy convencido de que no. De que son tantas las pasiones, tanta la irracionalidad, tanto el enquistamiento fanático y tantas las complicidades que se han generado con el fenómeno de este terrorismo, que creo que *nos hace falta una ayuda especial que solo de lo Alto podemos esperar*. De ahí que con estas palabras quiera invitar a mis diocesanos a orar por el cese del terrorismo de ETA».

En las grandes calamidades no se alza realmente la oración suplicante mientras se espera salvación de policías y políticos, de técnicos y organismos, de cualquier instancia que sea meramente humana. Cualquier esperanza es falsa, aunque a veces tenga una formulación piadosa –«el Señor es misericordioso y pondrá fin a estos males»–, si no incluye una fuerte llamada a la conversión y sobre todo a la oración de súplica.

Hay que afirmar con toda claridad que mientras los hombres no quieran que Cristo reine sobre ellos, y mientras no estén dispuestos a pedirle salvación por gracia, sus males no tendrán remedio alguno, sino que ciertamente irán de mal en peor. Sin Jesucristo, que es El Camino, no hay salvación, sino mil caminos diversos y contradictorios, que solo coinciden en que todos llevan a la humanidad a su perdición.

No creemos ya, Señor, en los falsos profetas que nos anuncian paz y prosperidad aunque no haya oración, ni tampoco conversión personal y rectificación de caminos colectivos. Estamos ya desesperados de nosotros mismos y de toda salvación humana. No ponemos ya, Señor, nuestra



esperanza sino solamente en ti, en tu bondad y tu gracia. Maldito el hombre que en el hombre pone su confianza y de él espera salvación (Jer 17,5). Solo en ti, Jesús, buscamos la superación de tantos males. Solo tu Nombre nos ha sido dado bajo los cielos como fuerza real de salvación (Hch 4,12).

-5. Hay que creer firmemente que el Señor puede y quiere salvarnos, y que los males del mundo y de la Iglesia son nada ante Su fuerza sanante y acrecentadora. Ésa es la convicción de fe que potencia en nosotros siempre y en toda circunstancia tanto el ora como el labora.

Tú, Salvador del mundo, has venido a buscar a los enfermos y pecadores, no a los sanos y justos. Has sido, pues, enviado precisamente a *nosotros*, enfermos y pecadores. A Ti, por ser Primogénito de toda criatura y por ser el Redentor del mundo, se te ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Tú, Jesús, el Salvador del mundo, conoces bien todas nuestras innumerables y vergonzosas miserias. Pero no te asustas ni te escandalizas de ellas, pues sabes bien que puedes y quieres salvarnos.

-6. Pedimos urgentemente la Misericordia divina sobre las indecibles miserias del mundo y de la Iglesia, y la pedimos con absoluta esperanza. El abismo de nuestra miseria está llamando, reclamando y atrayendo el abismo de la Misericordia divina.

Sabemos, Señor, con toda certeza que si pedimos, recibiremos. Sabemos que si nos concedes la gracia de pedirte, ésa es ya segura señal de que nos concederás lo que te estamos pidiendo. Estamos seguros de que la esperanza puesta en Ti y solo en Ti no puede verse defraudada. Sabemos todo esto por fe y por experiencia. Errábamos perdidos en un desierto terrible, pero gritamos al Señor en nuestra angustia y Él nos guió por un camino derecho. Yacíamos encadenados en la oscuridad, pero cuando clamamos al Señor, él nos sacó de las tinieblas y rompió nuestras cadenas. Estábamos enfermos por nuestras maldades, te llamamos al borde de la muerte, y por tu palabra nos curaste (*cf.* Sal 106). Tu Misericordia salvadora, Señor, es infinitamente más grande que nuestras abismales miserias.

-7. Buscamos ante todo que la gloria de Dios brille en el mundo y en la Iglesia. Que su Bondad inmensa no sea ocultada por nuestras innumerables maldades. Que su Luz radiante, embellecedora de todo lo que mantiene en la existencia, no quede apagada por las tinieblas de nuestras culpas.

No permitas, Señor, que tu Casa sea arruinada, que tu Esposa se vea avergonzada ante las naciones, que tu Gloria quede oscurecida, negada e ignorada. Extiende tu brazo poderoso, confunde a los soberbios, exalta a los humildes, revela la majestad de tu poder. Que todos sepan que eres el Señor. Que todos conozcan que eres el Misericordioso. Que todos los pueblos te alaben, Señor, que todos los pueblos canten tu gloria y se postren en la presencia de tu Ungido, Rey del universo.

Toda la Iglesia ora incesantemente a Dios

Cuando en la Iglesia primera de Jerusalén ocurre la gran desgracia de que toman preso su obispo, el apóstol Pedro, «toda la Iglesia ora incesantemente a Dios por él» (Hch 12,5). En efecto, a las siete notas internas que deben caracterizar siempre la oración suplicante conviene añadir dos notas más, externas, si se quiere, pero muy importantes:

-Toda la Iglesia ora pidiendo al Señor que le libre de un gran mal. Es verdad que puede bastar, ciertamente, la oración de «diez justos» para conseguir que Dios evitara la destrucción de la ciudad (Gén 18,32); incluso Jesús promete: «si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos» (Mt 18,19). Muchos cristianos rezan en la Iglesia solos o en pequeñas comunidades, y Dios les oye. Pero también es verdad, sin duda, que el Señor quiere, y así lo enseña la tradición católica, que los pastores, en las graves aflicciones de la Iglesia, no se contenten con la oración de dos o tres que se juntan en el nombre de Jesús (18,20), sino que promuevan con el mayor empeño el clamor poderosísimo de «toda la Iglesia».

-Con insistencia, incesantemente, con perseverancia. Los primeros cristianos, reuniéndose con frecuencia, «perseveraban en la oración» (Hch 2,41-42). «Toda la Iglesia ora a Dios sin cesar»,



no en una mera reunión esporádica de vez en cuando, un poco como para cumplir con lo obligado, sino con una apasionada y esperanzada obstinación. Recordemos que esta perseverancia es claramente enseñada por Cristo como condición necesaria de la oración de petición.

Las tentaciones y peligros son continuos, y por eso «es preciso orar *en todo tiempo* y no desfallecer» (Lc 18,1; +21,34-36; Mt 26,41). En la súplica *incesante* perseveran las vírgenes prudentes (25,1-13), la viuda que reclama su derecho (Lc 18,1-8), aquél que de noche importunaba a su amigo (11,5-13).

«Toda la Iglesia ora insistentemente a Dios» un día y otro y otro... El pueblo cristiano, convocado por sus pastores –como en la *statio* gregoriana–, se congrega ante Dios como un ejército suplicante. Y no se reúne con el fin de hacer un solo ataque, para volverse después todos a casa con la conciencia del deber cumplido, sino para mantener un combate orante tan largo como sea preciso, un día y otro día, hasta alcanzar del Señor la victoria.

Acerquémonos, pues, al trono divino de la gracia

«Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y obtener la gracia en el auxilio oportuno» (Heb 4,16). Elevemos en nuestro tiempo, prolongando la oración eclesial de siempre, un clamor *magnus* a Jesús, «verdadero Salvador del mundo» (Jn 4,42), «al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo» (2Cor 1,2), al Espíritu Santo, nuestro Abogado, Consolador y Defensor (Jn 16,4). Y acudamos todos bajo el dulce amparo de la gloriosa Madre de Dios.

Acerquémonos, sí, al trono de la gracia por las misas votivas, la oración de los fieles, las rogativas, las letanías de los santos, la adoración eucarística, las consagraciones al Corazón de Jesús y al de María, las Cuarenta Horas, el Rosario, las novenas a los santos, las peregrinaciones y procesiones penitenciales, los primeros Viernes de mes, el Rosario de la Misericordia y tantos otros ejercicios litúrgicos o devocionales consagrados por la tradición cristiana, según Dios le mueva a cada uno.

Entonces todos los males serán vencidos y pasarán. Todos los bienes serán guardados y crecerán. Y la Iglesia Esposa cantará a su Esposo:

«Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante; el Señor es mi fuerza y mi escudo: en él confió mi corazón; me socorrió, y mi corazón se alegra y le canta agradecido» (Sal 27,6-9).